

NAGÜIB
MAHFUZ

Miramar

لدرسة

Naguib Mahfuz

Miramar

Traducción y prólogo de
Isabel Hervásjávega



Libros Tauro

Título de la edición original: *Mirámhr*
Traducción del árabe: Isabel Hervás Jávega,
cedida por Ediciones Destino, S. A.
Diseño: Winfried Batirle
Fotografías de YA sobrecubierta: © Corbis

ÍNDICE

Mahfuz, el inagister del alma rota de Egipto,
por Isabel Hervás

7

Ámer Wagdi

Hosni Alam

93

Mansur Bahi

'39

Sarhán Albuheiri

»95

Ámer Wagdi

251

Prólogo



Mahfuz, el *magister* del alma rota de Egipto

El Egipto de 1967, año en el que se publica *Miramar*, es un país convulso, agotado, empobrecido, pero sobre todo, desilusionado. Demasiadas guerras perdidas, demasiadas revoluciones frustradas y frustrantes, demasiadas reformas económicas y demasiadas promesas de cambios políticos que se habían ido quedando -unas y otros- en la cuneta de los olvidos... Pero aún no había llegado lo peor: el gran desastre militar y emocional que para el conjunto del mundo árabe supuso la derrota frente a Israel en la guerra de los Seis Días. Realmente, Egipto -y por extensión, los árabes- llevaban, llevan, demasiado tiempo sufriendo decepción tras decepción, fueran éstas a manos de los poderes extranjeros, de los autóctonos, o de ambos en flagrante y sibilina connivencia.

Se podría trazar una línea histórica a partir del momento en el que Napoleón Bonaparte llega al país del Nilo en 1798, cuando Egipto -como cualquiera de las naciones actuales de dicha zona del mundo- no es más que uno de los territorios del inmenso e indiscriminado Imperio turco-otomano que siesteaba adormecido desde mediados del siglo xvi. No duró mucho Bonaparte por aquellos pagos, porque en 1801 desembarcan tropas anglo-turcas en Alejandría para recuperar el poder teórico los segundos y para hacerse con un prolongado dominio enmascarado los primeros, ya que, de hecho, los británicos no dejarían el país de manera efectiva hasta más de

siglo y medio más tarde. En cualquier caso, son estos primeros contactos con el mundo occidental lo que hace que los egipcios empiecen a tomar conciencia de su *otroridad* como nación y como pueblo frente a la lejana autoridad otomana, que nada hace por ellos excepto esquilmarlos de sus disminuidas riquezas. Así, ya desde comienzos del xix crece entre el empobrecido campesinado un sentimiento nacionalista guiado por el lema de «Egipto para los egipcios», aunque no serían ellos los que tomarían la iniciativa en la revuelta más seria de este siglo -la revolución urabí, en 1880-, sino la clase media urbana, principalmente compuesta por intelectuales y militares. Finalmente, el levantamiento popular fue atajado de la forma más expeditiva por el jedive Muhammad Taufiq: lanzó un llamamiento de ayuda al siempre «servicial» Imperio británico, que bombardea Alejandría en 1882, derrota al ejército egipcio y ocupa el territorio ininterrumpidamente hasta 1954. Inglaterra establece en primer lugar una encubierta forma de dominio -llamada por ellos mismos *valed protectorate*- que interfiere y controla cada vez más los asuntos internos, tanto políticos como económicos y financieros a través de explotaciones comerciales de los productos egipcios, de la banca, etcétera. Es en estos años cuando se fundan los primeros partidos políticos, el Partido Nacionalista y el Partido del Pueblo. Ambos tienen por objetivo el logro de un sistema constitucional y una asamblea por un lado, y por el otro expulsar a los ingleses del territorio nacional. Pero nada consiguieron, es más, en 1915 -en el fragor de la Primera Guerra Mundial- Inglaterra declara abiertamente a Egipto como Protectorado británico para asegurarse el control del territorio y de las materias primas egipcias, sobre todo el algodón. Pasada la conflagración, aparece en escena una nueva fuerza política que con el tiempo se

transformaría en partido: el *Wafd*, término que en árabe significa «delegación», pues de eso mismo se trataba, de una comisión de tres hombres encabezados por su líder, Saad Zaglul, que el 13 de noviembre de 1918 se presentan ante el Alto Comisario Británico y le piden poder asistir a la Conferencia de Paz de París para exponer allí sus demandas de independencia. No sólo se les niega el permiso, sino que los tres fueron deportados a Malta, lo que provoca en 1919 el estallido de una de las revueltas más significativas y trascendentales del Egipto contemporáneo. Finalmente los líderes del Wafd son repatriados y consiguen ir a París, pero allí nadie los escucha, de manera que a su regreso a Egipto el Wafd se constituye en un partido político cuya misión principal es conseguir la independencia, que ingleses y Wafd negocian durante años sin resultado. Por ello, en 1922 los británicos, hartos, emiten una declaración unilateral de pseudo independencia al tiempo que instituyen la monarquía -favorable a sus propios intereses, por supuesto- en la figura del jedive Fuad, al que mediante la Constitución que ellos mismos redactan se le otorgan poderes casi omnímodos en el ejercicio del gobierno. Semejante desenlace no es en absoluto lo que el Wafd espera y desea, por lo que el escenario político del país continúa siendo aún inestable y precario, en vista de lo cual en 1936 Inglaterra renegocia con el Wafd la independencia y, esta vez ya sí, ambas partes firman un tratado. En cualquier caso, sigue sin ser lo que el Wafd ambiciona-la independencia total-, pues las tropas británicas continúan establecidas en zonas geoestratégicas egipcias, especialmente la del canal de Suez. La Segunda Guerra Mundial no hace sino aumentar el descontento egipcio debido a la sensación generalizada de explotación e injusticia por parte de los dominadores extranjeros. La situación se hace insostenible, y

en 1951 un gobierno wafdistas abroga unilateralmente el tratado de 1936 y declara la independencia definitiva de Egipto, aunque el último soldado inglés no abandonaría el territorio nacional hasta 1954.

Sin embargo, esta osada acción del Wafd llegó demasiado tarde con respecto a lo que eran las expectativas de cambio económico, político y social de las clases más desfavorecidas, las mismas que siglo y medio antes habían empezado a despertar del letargo al que el dominio turco las había acostumbrado, aquéllas que habían comenzado a reclamar «Egipto para los egipcios». Para estas masas populares la reestructuración de un Estado obsoleto e inútil, por un lado, y las reformas económicas y la redistribución de las riquezas del país, por el otro, eran inseparables de las demandas que los partidos burgueses hacían de independencia nacional. A lo largo de todo el siglo xix y el xx habían contado con destacados pensadores reformistas y hasta revolucionarios (por ejemplo, en 1928 se fundó el partido de los Hermanos Musulmanes), pero no fue hasta la llegada de Gamal Abdelnasser al poder en 1954 cuando las reclamaciones históricas de las masas desfavorecidas comenzaron a ser tenidas en cuenta: Nasser implantó un Estado de corte socialista, nacionalizó los recursos del país, en 1960 emprendió la reforma agraria, nacionalizó la banca extranjera y egipcia, etcétera. Al mismo tiempo, el dirigente egipcio se erige en el máximo adalid de los intereses nacionalistas no ya egipcios, sino de los del mundo árabe en su conjunto, y así toma una serie de decisiones que lo llevan a enemistarse no ya con la potencia extranjera por antonomasia, EEUU -que por aquella época era, junto con la URSS, la que mantenía el dominio económico y geopolítico en esta estratégica zona petrolífera-, sino con las autoridades de los

restantes y colindantes países árabes, que empiezan a ver en este extraordinario personaje un ejemplo disoluto para sus oprimidos pueblos: éstos lo adoran por sus abiertos enfrentamientos a los designios e intereses de las potencias occidentales, representadas en Oriente Medio, según el sentir popular, por Israel. Pero Násér no deja de ser un personaje lleno de claroscuros, y para los propios egipcios aquélla supuso una época de represión política -disolvió todos los partidos-, censura ideológica y corrupción institucional. Y todo ello queda reflejado como trasfondo de la trama argumental de la novela que nos ocupa, *Miramar*, magnífico muestrario de distintos representantes de las diversas capas sociales del Egipto naserista, plasmados en un periodo de no más de tres meses, pero con toda la historia reciente de Egipto a cuestas, lo que -entremezclado con sus circunstancias y vivencias particulares- otorga una profunda dimensión social y psicológica a los siete caracteres principales que deambulan por el relato.

Y es que Naguib Mahfuz es un experto en el arte de componer ficciones de mundos posibles, en definitiva, un *magister*, no sólo para el entorno literario arábico, sino para la literatura universal en general. Pero si en occidente queremos vislumbrar la grandiosa magnitud de Mahfuz como fabulador y narrador, es necesario conocer cuál fue el puerto desde el que inició su viaje literario. El género narrativo existía, evidentemente, en las letras árabes, pero no así la novela tal y como se la conoce aquí desde el Renacimiento: ésta es una forma literaria importada de Europa que llegó al mundo árabe a través de aquellos contactos iniciales en Egipto con franceses e ingleses, que vieron traducidos -o quizás sería más correcto decir «adaptados libremente»- sus principales relatos novelísticos junto con los de los grandes autores ru-

sos del realismo decimonónico. De esta manera los lectores árabes empezaron a desarrollar el gusto por este nuevo género, que abría ante ellos la posibilidad de vivir a través de él sus afectos y desafectos en ese nuevo tipo de sociedad que las potencias europeas habían traído consigo al tiempo que las acciones militares, las injerencias políticas y el expolio económico. Pero aún quedaba algo por resolver: la lengua. Porque no sólo ocurre que la lengua árabe escrita está -aún hoy día- en mayor o menor medida alejada de las distintas lenguas que se hablan en cada espacio geográfico sino que, además, las obras narrativas tradicionales se escribían en una prosa con una ampulosa y pesada rima interna, lo que las convertía en textos de difícil y trabajosa lectura. Ésta fue la prosa que en aquellas «libres adaptaciones» se utilizó en el nacimiento de la novela árabe, pero poco a poco se fue limando y aligerando en un imparable proceso de modernización de la lengua escrita, en el que, por otra parte, tampoco fue desdeñable el papel que desempeñó el nacimiento de la prensa a la manera occidental. En toda esta fascinante transformación y renovación de la lengua culta Egipto se mantuvo como punta de lanza para el mundo de las letras árabes, y allí fueron a parar intelectuales exiliados de otras zonas del orbe arabófono, en especial libaneses y sirios. Y si bien Mahfuz no es el primer novelista de la historia de la literatura árabe que cuenta y narra historias de, para y por sus lectores egipcios -y árabes por extensión-, sí se puede afirmar con rotundidad que es el primero que consigue y ofrece a su público una forma acabada y completa de novela, tanto por la lengua que utiliza como por los esquemas de género, personajes, temas, argumentos, y cualquier otro elemento que compone la esencia de una buena novela. Pero la grandeza del Nobel egipcio no se limita a poseer

un perfecto conocimiento de las maneras novelísticas, sino que además sabe reconocer y recoger como pocos las inquietudes y preocupaciones de sus coetáneos y compatriotas, con una intuición fina y sutil para sintonizar con su entorno que sólo los grandes maestros de las artes poseen. Esta capacidad narrativa y esta cualidad perceptiva son los aspectos fundamentales que lo hacen ser, sin duda alguna, uno de los genios de las letras universales.

Si a todo lo dicho le sumamos que una de las características más señaladas de Naguib Mahfuz como novelista ha sido su continuo prurito personal en el oficio de escritor -tanto en lo que se refiere a la investigación de nuevas formas narrativas como a la introducción en sus novelas de temas de preocupación política contemporáneos al momento en el que éstos sucedían-, el retrato que nos queda es el de un loable -por lo arriesgado- e inconformista profesional, que no teme poner a prueba sus habilidades y prestigio literarios aún a costa de causar incompreensión entre crítica y público, y hasta de recibir cierta desaprobación por los resultados. Mahfuz es un escritor irrenunciablemente valiente, insobornable, lúcido. Y la obra que nos ocupa, *Miramar*, es un ejemplo paradigmático de todo ello. Con ella Mahfuz culmina una de sus etapas de investigación literaria en la que indaga nuevos modos de narrar muy diferentes a los que ya lo habían catapultado al éxito unos años antes con la «trilogía» (*Entre dos palacios*, *Palacio del deseo* y *La azucarera*), su obra más conocida y para muchos la mejor. Pero en los años sesenta varía el escenario de los relatos -que transcurren fuera de su amado El Cairo-, el tipo de personajes, las tramas, el tratamiento temporal de los hechos... En *Miramar* encontramos reunidas todas estas características, y así el espacio se sitúa en Ale-

jandría, o el argumento es en apariencia un asesinato, aunque en realidad la trama se centra en el devenir de los acontecimientos previos al crimen y no en su resolución, a diferencia de la clásica novela negra. Pero en donde verdaderamente radica la genialidad de esta obra es en el tratamiento temporal y en la forma narrativa que utiliza para ello: en *Miramar* se nos cuentan los mismos hechos una y otra vez mediante la voz y la perspectiva de cada uno de los protagonistas con capítulo propio, a saber, Ámer Wagdi, Hosni Alam, Mansur Bahi y Sarhán Albuheiri. Ello hace que el *tempo* narrativo sea lento, pesado, obsesivo (sensación que se ve reforzada por el hecho de que la mayor parte de la novela transcurre en el espacio cerrado y estático de la pensión Miramar), pero de la misma manera también le provoca al lector una extraña fascinación contemplar la multiplicidad de visiones que se abren ante sus ojos. Por otra parte -e insertados en dichos capítulos- Mahfuz nos muestra el pasado de cada uno de los protagonistas en forma de súbitos fogonazos retrospectivos en primera persona, que nos hacen sentir vividamente sus retazos de memoria personal y colectiva, de manera que a la multiplicidad caleidoscópica antes mencionada se le añade un nuevo nivel de complejidad temporal que enriquece infinitamente la psicología de los personajes, y por ende, el relato en sí.

Cierto es que el tratamiento del tiempo -o quizás más apropiado sería hablar de «los tiempos»- es uno de los grandes hallazgos de esta novela, pero lo que resulta indudablemente sobresaliente son los personajes protagonistas, los cuatro antes nombrados más otros tres sin capítulo propio (Mariana, Tolba Marsuq y Sohra Salama); y no sólo lo son por la elección de Mahfuz de los prototipos que representan, sino por la perspicaz finura

y la profunda coherencia de la semblanza con que los dibuja.

Mariana es la dueña de la pensión Miramar -de donde la novela toma su nombre-, una mujer ya mayor en la decadencia física y social de su otrora vida acomodada, pero que, pese a todo, mantiene el espíritu -un tanto mezquino y chismoso- y las formas de gran señora que era. Mariana pertenece a la comunidad griega, aquélla que desde los tiempos de Alejandro Magno fundara la ciudad de Alejandría, así que es cristiana y «extranjera» en el sentido que estas comunidades del Mediterráneo oriental tienen, es decir, que, aunque lleven siglos naciendo, viviendo y muriendo en un país determinado, no lo sienten como la patria de origen, ni siquiera su lengua nativa es la del lugar que habitan: esto es lo que sucede con los armenios en Oriente Medio, o antaño con los sefardíes repartidos por Turquía y Grecia. Mahfuz no nos disfraza a Mariana, que es, a pesar de sus defectos -o quizás por ellos-, un personaje ciertamente entrañable con toda su compleja y contradictoria humanidad. Esta misma paradójica ternura es la que nos provoca Tolba Marsuq, egoísta e interesado como ella y de su misma edad, es decir, también en el ocaso de su vida. Tolba es de la clase social que antes de la llegada de Násér tenía el poder político y económico, una casta -la circasiana- cuyo linaje se remonta a los tiempos medievales en los que los gobernantes turcos utilizaban a esclavos centroeuropeos y eslavos como escolta o guardia personal de palacio. De los jedives otomanos se fueron ganando tierras y prebendas, por lo que con el tiempo estos esclavos manumitidos se convirtieron en los grandes terratenientes de las orillas del Nilo. Násér los despojó no sólo de sus riquezas materiales, sino también y lo que es más importante, de su voz política y de su or-

güilo de clase, de manera que Tolba se encuentra con Mariana, su antigua amante, en la decrepitud de su vida física y social, como a ella misma le ocurre. El contrapunto lo pone la última de los protagonistas sin capítulo propio, Sohra Salama, la criada de origen campesino que trabaja en la pensión Miramar, y que a diferencia de los dos anteriores, es joven, bella, íntegra, leal. Sohra está en las antípodas de Mariana y Tolba en todos los sentidos, es un personaje que, pese a las dificultades y carencias de sus circunstancias personales y sociales -pobre, analfabeta, mujer-, lucha con todas sus fuerzas por superarlas y por superarse, y tiene toda la vida por delante para conseguirlo. Sohra es una persona hermosa, por dentro y por fuera, digna de toda nuestra simpatía, e incluso, empatía.

El primero de los protagonistas con capítulo propio, Ámer Wagdi, es un anciano de unos ochenta años de edad que llega a Miramar para terminar allí sus días. Periodista conocido y respetado en la época gloriosa de Wafd -la década de los años veinte más o menos-, se encuentra solo al final de la vida, sin familia, sin amigos, sin reconocimiento social por lo que fue y por lo que hizo. Pero se tiene a sí mismo, sereno, tranquilo y con la conciencia en paz, y sólo espera que la muerte le llegue de igual manera, porque es un hombre creyente -el único en el universo de *Miramar*- que ha crecido en los principios morales y éticos de la fe, ha estudiado en Alazhar -la universidad islámica más antigua y famosa de Egipto- y toda su existencia la ha vivido cumpliendo consigo mismo y con su compromiso político. Su historia personal no ha sido fácil: expulsado de Alazhar por no renunciar a un espíritu crítico que le llevaba a cuestionar los rígidos principios impuestos por las autoridades de dicha universidad, pierde por esta misma razón -estigma so-

cial en la época- la posibilidad de contraer matrimonio con la mujer que ama. Más tarde, su estilo periodístico y su formación política e intelectual -en la novela se hace referencia a la cuestión lingüística arriba mencionada- son desdeñados por obsoletos en los nuevos tiempos que la era naserista trae consigo. Pero, en cualquier caso, todo ello no impide que Ámer Wagdi sea un hombre bueno en el sentido machadiano de la palabra, y es, junto con Sohra, el referente moral del texto.

Caso diametralmente opuesto es el del siguiente protagonista, Hosni Alam. Hosni es un joven perteneciente a la misma clase y casta social que Tolba Marsuq, y no hace sino conducirse como un niño irresponsable, descreído, cínico, egoísta y desconsiderado. Quizás -así se deja entrever en los fogonazos retrospectivos de su capítulo- este comportamiento sea consecuencia de una infancia huérfana, infeliz y desequilibrada entre el mimo excesivo de su tía y la exagerada dureza de su tío y de su hermano mayor. Libre de todos ellos en el momento del relato -aunque con el fardo de la humillación por el rechazo de su prima Mervat, a la que había propuesto matrimonio-, se traslada a Alejandría con la excusa de montar algún negocio, que acaba siendo el de un burdel enmascarado de sala de fiestas... Como es habitual en él, Mahfuz nos regala de esta manera una de sus sutiles e irónicas metáforas en la que se adivina qué opinión le merecen los miembros de esta clase social antaño poderosa: no sirven más que para ser dueños de un prostíbulo.

El tercer capítulo lo ocupa Mansur Bahi, un personaje complejísimo y muy sugerente; un carácter solitario, introvertido y débil aunque, en cualquier caso, bueno y decente. Mansur es locutor en Radio Alejandría, y proviene de la clase media urbana intelectual a la que Náser

oprimió, censuró y persiguió no por sus posesiones -que no las tenía-, sino por sus ideas políticas. En el caso de Mansur, éste se ve obligado por su hermano -comisario de policía- a abandonar sus actividades en el seno del Partido Comunista, a renunciar a sus camaradas e irse de El Cairo, foco nacional de los diversos movimientos disidentes al régimen. Su sentimiento de fracaso y de culpa por haber abandonado a sus amigos se intensifica cuando son apresados, pero este mismo hecho provoca el reencuentro con su primer y único amor, Doreya, con la que revive aquella pasada relación amorosa. El problema es que Doreya no es libre: es la esposa de Fausi, mentor y amigo de Mansur, de forma que el sentimiento de culpa no hace sino aumentar. Toda esta enfermiza sobrecarga emocional estalla finalmente contra el cuarto protagonista, Sarhán Albuheiri, que no ostenta más mérito que el de tener una personalidad absolutamente opuesta a la de Mansur. Porque la fascinante complejidad de Mansur radica en que, a pesar de ser una buena persona, tiene una vena de desequilibrio y locura que es la que mueve su existencia y le hace tomar decisiones destructoras para consigo mismo y su propia felicidad; es como si tan sólo se sintiera vivo cuando lucha contra un imposible o cuando odia a alguien. Realmente, las páginas más intensas y sobrecogedoras de la novela son las suyas, y con él Mahfuz nos hace vibrar como con ningún otro personaje del texto.

Y por último Sarhán, Sarhán Albuheiri. Él es el típico representante de la clase social a la que la revolución nasserista claramente ha beneficiado: de origen humilde y campesino, ha logrado estudiar en la universidad y eso le ha posibilitado salir de su entorno rural y aspirar a un bienestar para él y para su familia que con el orden social anterior probablemente le habría resultado harto difícil

conseguir. Éste es el motor de su existencia, medrar en el complicado mundo en el que le ha tocado vivir, bien sea con un matrimonio de conveniencia, mediante el robo en la empresa estatal en la que trabaja, o participando activamente en cualquiera de los órganos de poder del partido o del sindicato. Sin embargo, y en contra de lo que la crítica especializada afirma sobre este personaje, Sarhán no es «el malo», o no lo es al menos a la manera cínica, egoísta y desconsiderada de Tolba y Hosni. Él es extrovertido y comunicativo, además de primario y sensual; le encanta disfrutar de los placeres de la vida, pero no por ello deja de saber lo que es el bien y el mal, y su interior se debate por un lado entre escuchar los dictados de su corazón y de su conciencia, o por el contrario perseverar en lo que ha sido su propósito vital, es decir, mantenerse a flote y navegar lo mejor posible en el turbulento mar de la existencia.

Yes que la vida no es fácil, ni en *Miramarni* aquí, ni a finales de los sesenta ni en los albores del siglo xxi. A todos nos suceden cosas, alegres o desgraciadas, y evidentemente ésa no es la cuestión, ni para nosotros ni para los personajes de Mahfuz. Lo que en verdad importa es que los que nos acompañan en el transcurrir de la vida lo hagan de corazón, no por circunstancias aleatorias, o de una manera superficial. Esto es lo que les ocurre a los protagonistas de nuestra novela: algunos están desclasados o en vías de estarlo, otros están desahuciados, incluso hay uno que enloquece ante nuestros propios ojos; ninguno cuenta con amigos verdaderos, y todos, todos sin excepción, carecen de familia, ya sea de manera real o en el sentido de amparo y abrigo frente a los avatares de la existencia. Todos ellos -Mariana, Tolba, Sohra, Ámer, Hosni, Mansur, Sarhán- están profundamente solos, porque ése es el mensaje de Mahfuz, ése es el *ethos* de la novela: la soledad, la honda y terrible so-

ledad que se puede llegar a sentir en medio de la más estrecha e intensa de las convivencias.

Y es que los grandes genios de las artes intuyen, saben conectar y conectarse con los temas universales de la humanidad, independientemente de su origen, época o circunstancias históricas o personales. Naguib Mahfuz es uno de ellos. Gracias, *magister*.

ISABEL HERVÁSJÁVEGA

ISABEL HERVÁSJÁVEGA es una arabista largamente involucrada con el mundo árabe. Ha traducido varias obras de Naguib Mahfuz -*El café de Qúshtumar*, *Amor bajo la lluvia*, *Miramar*-, y ha formado en diversos cursos de traducción en la Universidad de Sevilla a futuros profesionales, de donde próximamente saldrá un libro de relatos cortos -recopilación de nuevos narradores sirios- supervisada por ella misma y por Ingrid Bejarano Escanilla.

Ámer Wagdi

Por fin, Alejandría.

Alejandría, gota de rocío, erupción de blancas nubes, diana de los rayos del sol que el agua del cielo ha limpiado... Corazón de los recuerdos impregnados de miel y lágrimas.

El enorme edificio te observa como si fuera una vetusta efígie, profundamente arraigada en la memoria, y aunque ya os habéis visto antes, ella mira a la nada con indiferencia, sin reconocerte. El inmueble de desconchadas paredes que se agrietan lentamente por la pertinaz humedad se halla tras el paraje donde las escopetas resuenan en la temporada de caza; allí, expuesto al mar, es el dueño y señor de la lengua de tierra flanqueada de palmeras que va a morir al Mediterráneo. La fuerte brisa tonificante casi quiebra mi delgada y curva figura, ya no opone resistencia como antaño.

Mariana, mi querida Mariana, cómo deseo que estés en tu fortaleza legendaria; al menos, eso creo y espero, porque si no, no sé qué será de mí. No rae queda mucho tiempo; el mundo ya se repite de una manera absurda para unos ojos -los míos- exhaustos y velados bajo las cejas blancas y ralas.

Y aquí estoy. Finalmente vuelvo a ti, Alejandría.

Apreté el timbre del piso, en la cuarta planta. La mirilla se abrió y tras ella asomó el rostro de Mariana. Has cam-

biado mucho, querida mía. No me ha reconocido en el oscuro descansillo. La tez extremadamente blanca y el cabello dorado resplandecían por la luz que entraba desde una ventana interior.

-¿Pensión Miramar?

-Sí, efendi.

-Me gustaría coger una habitación.

Descorrió el cerrojo de la puerta. Me recibieron la figura de bronce de la Virgen y también un olor en cierto modo añorado. Nos quedamos allí, frente a frente, mirándonos. Alta -aunque con la espalda encorvada-, delgada y de buena salud. Pese a que la belleza no te ha abandonado por completo, lo cierto es que, querida mía, tienes sesenta y cinco años, el pelo innegablemente teñido, las manos venosas y arrugas en las comisuras de la boca que delatan la vejez y decrepitud... Pero ¿es que ya no te acuerdas de mí?

Al principio me observó con un brillo mercantil en la mirada, luego fijó la vista y finalmente los azules ojos parpadearon. Ya me recuerdas, ya recupero mi existencia perdida.

-¡Dios mío! ¡Usted!

-¡Madame!

Nos dimos cariñosamente la mano. La emoción la dominaba y se reía estentóreamente, como sólo las mujeres de Anfushi saben hacerlo. Se sacudió la formalidad de un solo golpe.

-¡Qué sorpresa tan maravillosa! Ámer bey, *ustás*¹ Amer, Dios mío... Dios santo...

Nos sentamos en el sofá de ébano que había bajo la

i. Tratamiento de respeto que se le otorga a las personas que se considera que están en un nivel superior por conocimientos, ya sean vitales, intelectuales, o ambos a la vez. (*N. de la T.*)

estatuilla de la Virgen, de manera que nuestras fantasmales figuras se reflejaban en las vitrinas de la librería.

Miré a mi alrededor y dije:

-El vestíbulo de la pensión no ha cambiado nada.

Ella protestó mientras señalaba orgullosamente con el dedo:

-En absoluto, lo he redecorado varias veces; mire, mire, la araña es nueva, el biombo también, y la radio...

-Qué feliz me siento, Mariana, doy gracias a Dios de que usted está bien...

-Y usted también, monsieur Ámer, toquemos madera...

-Bueno, tengo algunos achaques, ya sabe, el estómago y esas cosas, pero en cualquier caso, no me puedo quejar...

-¿Y cómo es que viene usted a Alejandría en temporada baja, pasado ya el veraneo?

Respondí:

-No sólo he venido ahora, sino que es para quedarme definitivamente... ¿Cuándo fue que nos vimos por última vez?

-Pues no nos... ¿Ha dicho «definitivamente»?

-Sí, querida... Me parece que la última vez que la vi fue hace unos veinte años...

-¡Yha desaparecido todo este tiempo!

-El trabajo, las preocupaciones...

-Apuesto a que ha estado en Alejandría montones de veces en todos estos años...

-A veces, pero la presión del trabajo era intensa, ya sabe lo que es el periodismo.

-Y también sé cómo se escabullen los hombres...

-Mariana, querida mía, usted, usted es Alejandría.

-Por supuesto, se ha casado...

-No, no, nunca.

Y preguntó riéndose a carcajadas:

-Entonces, ¿para cuándo será?

Contesté con cierta pena y dolor:

-No me he casado, no he tenido hijos, ya estoy jubilado... Esto se ha acabado, Mariana...

Me animó con un movimiento de la mano y continué:

-Entonces Alejandría, mi lugar de origen, me llamó, y puesto que ya no tengo aquí ningún pariente, he venido a la única amiga que me quedaba en el mundo.

-Es bueno que la gente encuentre a alguien con quien compartir la soledad.

-¿Recuerda los viejos tiempos?

Asintió con voz lúgubre:

-Se han ido llevándose todo lo bueno de la vida...

Y añadió en algo parecido a un gemido:

-Pero tenemos que vivir...

Cuando llegó el momento de las cuentas y del regateo me dijo que no tenía más ingresos que la pensión, y que por ello admitía huéspedes en la época de invierno, incluso si eran los engorrosos estudiantes, para lo que había tenido que recurrir a corredores de pisos y a camareros de hoteles, y entonaba aquel lamento con nostalgia de reina destronada. Nos pusimos de acuerdo en un precio razonable -que incluía desayuno- durante el año y otro para la época de veraneo, de manera que yo no me tendría que trasladar en temporada alta y Mariana tampoco perdería dinero conmigo. En cualquier caso, quedó bien claro que madame sabía desembarazarse de los recuerdos entrañables del pasado llegado el caso de incrementar sus beneficios comerciales. Finalmente, me eligió la habitación número 6, que no daba al mar, para evitarme el frío y la humedad del invierno.

Me preguntó entonces por las maletas y respondí que estaban en la consigna de la estación. Exclamó riéndose:

-¡No estaba usted seguro de que yo siguiera viva!

Y continuó entusiasmada:

-¡Un huésped permanente...!

Ante lo cual me miré la mano, que me recordó las de las momias en el Museo Nacional de Egipto.

Mi habitación en absoluto desmerecía las que se asomaban al mar. Tenía todo lo necesario, incluidos unos cómodos sillones que daban la impresión de ser antiguos. Podía guardar mis libros en los baúles, excepto los pocos que en cada momento estuviera consultando o releendo, que los podía poner en la mesita auxiliar o sobre la cómoda. El único defecto que el cuarto tenía era que el ambiente parecía ser el de una puesta de sol eterna: la ventana daba a un gran patio de luces que, debido a la escalera de servicio, estaba muy frecuentado, con gatos que trepaban arriba y abajo y criados que se reunían allí en sus momentos de esparcimiento. Di una vuelta por las habitaciones vacías, la rosa, la violeta, la celeste... Yo había pasado por todas ellas en las temporadas de verano de antaño, y a pesar de que habían desaparecido los espejos antiguos, las opulentas alfombras, las lámparas de plata y las arañas de cristal, una desvaída apariencia aristocrática resistía sujeta a las paredes empapeladas y a los altos techos adornados con frescos de angelotes.

Noté por primera vez la dentadura postiza de Mariana cuando, con un suspiro, se lamentó:

-¡Ah, ésta era una pensión de alta categoría!

Le dije para consolarla:

-Sólo Dios es eterno...

Pero insistió mientras torcía el gesto:

-La mayoría de los huéspedes de invierno son estudiantes, y en verano también tengo que aceptar a cualquiera sin excepción...

-Ámer bey, sea usted mi intercesor ante Su Excelencia, el bajá Saad Zaglul.

De manera que le dije al bajá:

-Excelencia, no es que sea un hombre extraordinario, pero ha perdido a un hijo en la lucha, y merece ese puesto.

Accedió a mi propuesta, Dios lo tenga en su gloria. Yo le gustaba y seguía mis artículos con auténtico interés. Una vez me dijo:

-«Egues» como un «guy» «paga» el pueblo.

Y es que, Dios lo bendiga, tenía frenillo, y donde había una «r» pronunciaba «g». Algunos viejos compañeros del Partido Nacional lo oyeron, y cada vez que me veían gritaban encantados: «¡Buenas, guy del pueblo!».

Pese a todo, eran días de gloria, de lucha y de heroísmo.

Yes que Ámer Wagdi era una persona importante: para sus amigos lo era por los favores que les podía conseguir; para sus enemigos, por el miedo que les infundía.

En la habitación recuerdo, leo o me entrego al sueño; el vestíbulo es el lugar de las charlas con Mariana junto a la radio, y si quiero hacer algo distinto, en los bajos del edificio está el café Miramar. Es bastante improbable que vea a alguien que yo conozca o que me reconociera, incluso en el Triánón. Han partido los amigos, aque-

lia época pasó. Realmente sé cómo eres, Alejandría invernal. Vacías tus plazas y tus calles al atardecer y en ellas juegan el viento, la lluvia y la melancolía mientras tus salones se pueblan de conversaciones y confidencias.

—«Aquel anciano que oculta su cuerpo embalsamado bajo una túnica negra de los tiempos de Noé...»

Y dijo aquél que unos tiempos cínicos habían designado como redactor jefe:

-Mire, los días de la retórica ya han pasado... ¿No podría escribir pensando, por ejemplo, en que lo van a leer los pasajeros de un avión ?

¡Los pasajeros de un avión! ¡Serás estúpido, fante se boso...! ¡La escritura se ha creado para personas inteligentes y sensibles, no para chalados bullangueros, asiduos de bares y cabarés! Pero nos han sentenciado -¡cadena perpetua!- a estar en compañía de colegas imberbes que simplemente infieren la profesión por generación espontánea, esos mismos que toman a saco el periodismo y se dedican a hacer juegos malabares con el oficio.

Me senté en el sillón envuelto en mi bata en tanto que Mariana se acomodaba en el sofá de ébano bajo la estatua de la Virgen. En la radio, sintonizada en la emisora extranjera, sonaba música de baile. Habría preferido escuchar otro tipo de melodías, pero no quise disgustarla: tenía los ojos cerrados, soñando, y movía rítmicamente la cabeza como en otros tiempos.

-Hemos sido -y por siempre seremos- amigos, querida mía.

-Siempre, siempre.

-¡Ni siquiera hemos hecho nunca el amor!

Se rió con ganas y dijo:

-No lo niegue, a usted le gustaban las egipcias...

-Bueno, tan sólo hubo una que no lo era, así, como de pasada, ¿se acuerda?

Volvió a reírse y contestó:

-Claro que sí, se presentó con aquella extranjera y yo le obligué a registrarse como «Ámer Wagdi y señora».

-Había otra razón que me impedía acercarme a usted, y es que era una belleza esplendorosa acaparada por la alta sociedad...

Su rostro se iluminó con el brillo de la dicha total. Mariana, es muy importante para mí que vivas más que yo, aunque fuera sólo un día, para que no me viese obligado a buscar un nuevo refugio. Mariana, eres un testigo vivo de que el pasado no es una ilusión, desde la época del Maestro hasta hoy.

-Buenas tardes, ustás.

Me miró con disgusto; siempre que me veía le ocurría lo mismo. Proseguí:

-Ha llegado el momento de que me jubile.

Casi sin poder ocultar su alegría me respondió:

-Vaya, lo siento, es una gran pérdida... En fin, le deseo lo mejor.

Eso fue todo.

Se cerraba así una página de la historia, sin discursos de despedida, sin homenaje alguno, ni tan siquiera una columna en estos tiempos de pasajeros y aviones. So cobardes, so maricones, ¿es que para vosotros los seres humanos no tienen dignidad si no son jugadores de fútbol?

La miraba, allí, sentada bajo la estatua de la Virgen, y no pude evitar decirle:

-¡Ni siquiera Elena de Troya era tan bella como usted!

Riéndose me contestó:

-Antes de que llegara solía sentarme a solas, no esperaba que nadie viniera, yo sola y mi eterno miedo a un ataque renal.

-Dios no lo quiera, pero ¿y su familia?

Con un suspiro, respondió:

-Todos se han ido, hombres y mujeres.

Frunció su ya arrugada boca y siguió:

-¿Y dice que adonde puedo ir...? Yo he nacido aquí, en mi vida he visitado Atenas; además, las pensiones pequeñas no se van a nacionalizar.

«Lo que de verdad yo aprecio es la sinceridad de lo que se dice y la lealtad en el trabajo; que el amor, y no las normas, sea lo que rijan las relaciones entre las gentes...» ¡Quépiquito de oro tenías, Saad! Bueno, Dios te hizo el favor de llevarte de este mundo... donde al menos dejaste un par de estatuas en tu honor.

-En cualquier caso, Egipto es su patria, y no hay lugar en el mundo comparable a Alejandría.

Fuera el viento silbaba y la oscuridad iba cayendo furtivamente. Se levantó y de la parte más baja de la araña encendió tres bombillas que parecían un racimo de uvas. Volvió a su lugar mientras se quejaba:

-Yo era una dama, una dama en todo el sentido de la palabra.

-Y aún lo es, querida.

-Ah, pero ¿sigue bebiendo usted como en sus buenos tiempos?

-No, no, un solo vaso en la cena, además, soy muy frugal con la comida, y ése es el secreto de la buena salud que tengo a pesar de mi edad.

-Ah, monsieur Ámer, usted dice que no hay nada comparable con Alejandría, pero ya no es lo que era, ahora no hay más que basura por todos los rincones.

Le respondí compasivo:

-Querida mía, debería usted irse con los suyos.

Pero me replicó con dureza:

-¡Somos nosotros, los griegos, los que fundamos y creamos Alejandría!

-Mariana, querida, ¿es que ya no bebe como en los buenos tiempos?

-En absoluto, ni un solo vaso, tengo problemas renales.

-Sería hermoso que nos colocaran uno al lado del otro en algún museo, pero tiene usted que prometerme que no morirá antes.

-Monsieur Ámer, la revolución del diecinueve¹ mató a mi primer marido, y la del cincuenta y dos² me ha despojado de mi dinero y de mi gente... ¿Por qué, me puede usted decir por qué?

-Mariana, gracias a Dios tiene lo necesario para vivir, nosotros somos su familia..., y cada día que amanece el planeta es testigo de acontecimientos como los que le ocurrieron a usted.

1. Revuelta popular contra el poder británico establecido en Egipto y liderada por el Wafd, cuya cabeza visible era Saad Zaglul. (*N. de la T.*)

2. Golpe de Estado del movimiento de los «Oficiales Libres» liderado por el controvertido y carismático Gamal Abdelnáser (Náser en occidente) que marcó el principio del fin de la monarquía en Egipto -el rey Faruq salió del país al año siguiente- y del dominio británico en la zona del canal de Suez, al tiempo que se iniciaban todo tipo de reformas internas de corte socialista. (*IV. de la T.*)

-¡Qué asco de mundo!

-¿Cambiamos esta emisora extranjera?

-Excepto por los conciertos de Umm Kulzum, no hay ninguna otra que la supere.

-Como desee, mi querida amiga.

-Explíqueme, ¿por qué la gente se hace daño unos a otros? ¿Por qué envejecemos?

Yo me reí, pero no dije nada.

Paseo la mirada por aquellas paredes; sobre ellas está esculpida la historia de su dueña. Había un retrato del capitán en uniforme, el primer marido y quizás su primer y único amor, muerto en la revolución de 1919, con su espeso bigote y sombrero alto. En la pared de enfrente, sobre la librería, una foto de la anciana madre de Mariana, una maestra. Por detrás del biombo, aunque a la vista desde la misma habitación, había un retrato del segundo marido, «el Rey del caviar» y dueño del palacio Alibrahimía; cierto día quebró y se suicidó.

-¿Desde cuándo tiene la pensión?

-Mejor sería decir «desde cuándo me vi obligada a tener la pensión»... -y prosiguió-: desde 1925¹.

Aquel terrible y desgraciado año...

-Aquí estoy yo, semicautivo en mi propia casa, mientras que al rey no paran de llegarle muestras de apoyo...

-Eso no son más que falsos rumores, Excelencia.

-Yo pensaba que la revolución del diecinueve había purificado y fortalecido el espíritu del pueblo.

—No se preocupe, Excelencia, la revolución sigue viva... Le dejo mi artículo de mañana para que usted lo pueda leer.

1. Año en el que, tras el asesinato en atentado de un alto oficial británico, Saad Zaglul se vio obligado a dimitir de su cargo de Primer Ministro. (IV. de la T.)

Comenzó a frotarse el cutis con un limón mientras insistía:

-Yo era toda una dama, monsieur Ámer, me encantaba la buena vida, las luces, la pompa y los oropeles, los vestidos caros y los salones de la alta sociedad... En cualquier reunión yo brillaba como el sol sobre el resto de los invitados...

-Sí, lo vi con mis propios ojos.

-No, no, usted no ha visto más que a la dueña de una pensión...

-... que igualmente brillaba como el sol.

-Yo sólo admitía a huéspedes de buenas familias, pero eso no me consuela de mi ocaso...

-Mariana, usted sigue siendo una gran señora.

Meneó la cabeza y preguntó:

-¿Y los viejos amigos? ¿Qué ha sido de ellos?

-Pues lo que tenía que ser, supongo.

-Monsieur Ámer, ¿por qué no se ha casado nunca?

-Cuestión de mala suerte, ¡no fuera a ser que tuviera hijos!

-Ah, en mi caso mis dos maridos eran estériles...

Puede ser que tú fueses la estéril..., qué lástima, dos viejos sin descendencia, cuando en realidad nuestras existencias no tienen sentido si no es para tenerla...

Aquella enorme casa que, con el tiempo, llegaría a convertirse en un hotel. Los que no conocían la zona dejan Gaafar pensaban que era un palacete, con su viejo patio que se abría paso hacia Jan Aljalili... Está grabada a fuego en mi ser, aquella enorme casa y todo lo que la rodeaba, los viejos edificios, la añeja sala de cine...

Una imagen imborrable del éxtasis del primer amor desgarrado por la incomprensión... Aquel turbante, la canosa barba,

la dureza de los labios al pronunciar «no»; el ciego fanatismo que condena a muerte al amor; el amor, que ya había descendido desde los cielos un millón de años antes que ninguna de las religiones del mundo...

-Señor, estoy aquí para pedirle la mano de su hija.

Silencio y un par de tazas de café que nadie bebe. Prosigo:

-Soy periodista, mi situación económica es buena, y mi padre era el sheij¹ de la mezquita de Sidi Abialabbás Almorsi.

—Dios lo tenga en su gloria, un piadoso creyente.

Cogió el rosario y añadió:

-Hijo, y tú también eras de los nuestros, creo recordar que hace tiempo estudiaste en Alazhar...

Ah, la maldita historia, ¿cuándo se olvidará? Y concluye:

-... pero fuiste expulsado, ¿no?

-Señor, aquello ya pasó, el más insignificante de los motivos provocaba la expulsión; un chico en plena adolescencia y que de vez en cuando se unía a alguna tuna, o hacía con la mayor inocencia preguntas que resultaban ser incómodas...

Pero él insistió con reprobación:

-¡Y que el consejo de sabios halló culpable de un abominable pecado!

-Señor, ¿quién sino Dios puede ver el interior de las personas? ¿Cómo se puede realmente acusar a alguien de hereje?

—Pueden hacerlo aquéllos que están inspirados y guiados por el mismo Dios.

Maldita sea. A ver, ¿quién es el que está cien por cien seguro de su propia fe? Sí, Dios se ha manifestado ante sus profetas, pero nosotros estamos mucho más necesitados de esas apariciones que ellos... El problema es que cuando finalmente llegamos a ser conscientes de nuestra posición en este gran loquero llamado «el mundo», no podemos hacer otra cosa que perder la cabeza.

i. El más alto responsable religioso de la mezquita en cuestión. (IV. de la T.)

Debemos permanecer alerta contra la apatía. No está nada mal probar a dar algún paseo en las mañanas soleadas. Qué agradables son los días templados de invierno en el Palma y en el Albagaa, aunque tú estés sólo y a tu alrededor no haya más que familias, el padre leyendo, la madre cosiendo o remendando algo, los hijos jugando. Ay, si los inventores creasen -pensando en los solitarios empedernidos- algún aparato con el que poder intercambiar ideas y charlar, o algún robot con el que jugar al chaquete... Ay, si se nos pudiera implantar unos ojos nuevos con los que volver a apasionarnos por lo que crece en la tierra, por los colores del cielo... Ciertamente, he vivido una larga vida repleta de hechos y rica en ideas, y más de una vez he tenido la intención de dejar por escrito los recuerdos -como ha hecho mi viejo amigo Ahmad Shafiq-, pero nunca llegué a ponerme a ello, y poco a poco el propósito se fue diluyendo entre retrasos y demoras. Hoy ya no me queda de aquella antigua idea más que el lamento por habérseme debilitado la mano, haber palidecido la memoria y por haberse desvanecido la fuerza del impulso. Descansen en paz, pues, esos posibles libros como *Memorias del Alazhar*, o *En compañía de tres grandes músicos: Sheij Ali Mahmud, Zacarías Ahmad y Sayyed Darwish*, o también *Mis gustos y disgustos en el Partido del Pueblo*, o acaso *Grandeza y miseria del Partido Nacional*, y, ¿por qué no?, *La eterna y universal revolución del Wafd*... Todas esas disputas partidistas que provocaron que me replegara en mi interior con una fría neutralidad sin sentido; por otro lado, los Hermanos Musulmanes -a los que detestaba-, o los comunistas -a los que no entendía-; la revolución del cincuenta y dos, con todo lo que ello implicó para el futuro, con todo lo que había absorbido del pasado...

Mis aventuras amorosas en la calle de la perdición, la de Muhammad Ali, mi obstinada negativa a casarme... De

haber querido los hados que mis memorias apareciesen, habrían salido unos libros francamente interesantes.

He vuelto, nostálgico, al Atheneus, al Pastoroudis, al Antoniadis; me he sentado un rato en los vestíbulos del Windsor y el Cecil, en otros tiempos encrucijada de los grandes señores locales y dirigentes políticos extranjeros, el mejor lugar para informarse y seguir los acontecimientos. Pero ya no queda más que un puñado de forráneos tanto del mundo árabe como de Europa.

Me di la vuelta con dos únicas peticiones a Dios en mi cabeza: la primera, que me permita resolver mis problemas de fe; la segunda, no caer enfermo con algún mal que me impida moverme sin nadie a mi lado que me ayude.

Dios mío, Mariana, qué hermosa eras, qué imagen de palpitante lozanía. La rodilla derecha sobre la silla, la pierna izquierda descansando en el suelo. Inclínaba todo su esplendor en el respaldo del asiento, sobre el que apoyaba ambas muñecas; el rostro, orgulloso y sonriente, girado para mirar con soltura directamente a la cámara, el amplio escote del vestido azul marino dejaba al descubierto la base del largo cuello y el principio del terso y marmóreo pecho.

Llevaba puesto el abrigo negro y un chai azul para ir al médico. Se sentó un rato haciendo tiempo hasta que llegase el momento de marchar. Le pregunté:

-¿Qué me decía, que la revolución le había quitado su dinero?

Enarcó unas cejas perfiladas a lápiz y a su vez me inquirió:

-¿Es que no se ha enterado usted de la quiebra de la bolsa?

Quizás leyó la sorpresa en mis ojos y se percató de lo que me rondaba por la mente, así que añadió:

-Lo que gané en los días de la Segunda Guerra Mundial lo he perdido, créame que me lo gané a pulso... Me vi obligada a permanecer en Alejandría en un momento en el que muchos huyeron a El Cairo o a las zonas rurales por miedo a los ataques aéreos alemanes. Pero yo me quedé, pinté las ventanas de azul, corrí las cortinas, y bailábamos sin parar a la luz de las velas... Ah, qué tiempos, no había quien igualara a los oficiales del Imperio británico en lo que se refiere a dispendios y generosidad...

A solas, tras su marcha, me encontré a mí mismo intercambiando miradas con su primer marido. ¿Quién te mataría?, ¿y de qué manera? ¿A cuántos de nuestros contemporáneos mataste antes de morir? Nuestra grandiosa generación, ésa que, por el número de sus víctimas, superó a todas las demás juntas.

Nunca se acababan esas canciones extranjeras, era el peor de los castigos con los que el tiempo me ha sentenciado en esta aislada vida mía. Mariana se ha dado un baño caliente después de volver del médico, ahí está, sentada y envuelta en un albornoz blanco. Se había llenado el pelo teñido con montones de pinzas y rulos blancos. Bajó el volumen de la radio hasta ser apenas un murmullo para comenzar ella su propia emisión:

-Monsieur Ámer, seguro que usted tiene sus ahorrillos, ¿no?

Le pregunté con cierta cautela:

-¿Es que tiene algún proyecto en mente?

-No, qué va, pero con su edad -y, salvando las distancias, igualmente con la mía- no hay nada peor que la pobreza y la enfermedad.

Le respondí, aún no relajado del todo:

-He vivido con decoro, y espero morir de la misma manera.

-Cierto, no recuerdo que haya sido usted jamás un manirroto.

Dude unos instantes y finalmente añadí:

-Bueno, espero que la duración de mi dinero sea mayor que la de mi vida.

Hizo un gesto de indiferencia con la mano y cambió de tema:

-Hoy el médico me ha estado dando ánimos; le prometí no tener quebraderos de cabeza.

-Eso está muy bien.

-Tenemos que celebrar la Nochevieja por todo lo alto. Le respondí riéndome:

-¡Bueno, todo lo que resistan nuestros viejos corazones!

Comenzó a mover la cabeza deleitándose con los recuerdos mientras me decía en tono confidencial:

-¡Ah, aquellas fiestas de Año Nuevo!

E igualmente movido por la memoria de lejanos tiempos, exclamé:

-¡Todos los grandes señores la deseaban a usted!

-Sin embargo, yo no he amado más que una sola vez...

Y señalando el retrato del capitán, prosiguió:

-Lo mató uno de esos estudiantes a los que hoy día he de admitir aquí...

Entonces el tono se hizo petulante:

-Ésta era una pensión de alto nivel, aquí había cocinero, pinche de cocina, camarero, una lavandera y dos criadas, pero ya no viene más que la lavandera una vez por semana.

-Muchos de esos grandes señores la envidiarían por lo que aún conserva usted.

-¿Es esto justo, monsieur Ámer?

-En cualquier caso es lo normal, madame.

Su rostro se ensombreció, y para aliviarla y demostrarle mi afecto, me reí.

Corán, azora LV, 1-7:

«En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso,

ha enseñado el Corán,

ha creado al hombre,

le ha enseñado la palabra.

El sol y la luna marchan según lo calculado,

las hierbas y los árboles se postran,

Él ha elevado el firmamento y ha equilibrado la Balanza de la Justicia.»

Continué leyendo la azora del Misericordioso, tan querida por mí desde los tiempos de Alazhar. Estaba hundido en un gran sillón con los pies sobre un cojín. La abundante lluvia golpeteaba con fuerza y el repique-teo se elevaba por encima de los peldaños de la escalera metálica en el patio de luces. Continué leyendo:

«Y todo aquél que está sobre la tierra es mortal, tan sólo el rostro de tu Señor permanece, lleno de Gloria y Majestad.»

Unos sonidos rompieron el silencio de la pensión. Levanté la mirada del libro y traté de oír. ¿Un invitado, quizás un nuevo huésped? No, la voz de Mariana saluda con un afecto que no sería apropiado si no fuera para con un viejo amigo. También se escucharon risas. Luego se oyó claramente el tono rudo de una voz engominada.

¿Quién será? Era media tarde. La lluvia caía incesantemente, las nubes derramaban sobre la habitación tal oscuridad que parecía que fuera noche cerrada. Le estaba dando al interruptor de la lámpara cuando un rayo deslumbrante relampagueó colándose por entre las rendijas de la persiana, y a continuación retumbó el trueno.

«Oh, genios y hombres que convivís, si sois capaces de atravesar los confines de los cielos y la tierra, hacedlo, mas no podréis si no es con el Poder Divino.»

Era más bien bajito y regordete, de papada y mejillas hinchadas; tenía los ojos azules a pesar de lo oscura que era su tez, con una impronta aristocrática inconfundible que se manifestaba en un arrogante silencio -si es que permanecía callado-y en los elegantes movimientos de cabeza y manos -movimientos meditados con precisión- si es que hablaba. Madame me lo presentó -«el bey Tolba Marsuq»- en la tertulia vespertina, y prosiguió:

-Ha sido subsecretario del Ministerio de Asuntos Religiosos, y un propietario de grandes extensiones de tierras.

No me hacía falta toda esa información, lo conocía desde hacía tiempo debido a mi profesión, en la época de las luchas políticas y partidistas. Pertenecía a las facciones monárquicas y, por supuesto, era enemigo del Wafd. También recordé que hacía un año o poco más le habían confiscado todos sus bienes, lo habían despojado de sus rentas excepto una cantidad mínima razonable. Madame estaba de excelente humor, alegre y cariñosa, y más de una vez subrayó la antigua amistad que la unía con el bey Tolba, aunque el entusiasmo se desbordó cuando se refirió a él como «mi viejo amor». En medio de la conversación el hombre me dijo:

-Yo solía leer sus artículos.

Me reí de manera significativa y él a su vez se rió diciendo:

-Usted era el vivo ejemplo del nefasto poder de la retórica cuando se dedica a defender falsedades.

Se rió sonoramente, pero a mí no me apetecía discutir semejante afirmación. Entonces madame se dirigió a mí como quien se alegra de las desgracias ajenas:

-El bey Tolba ha sido alumno de los jesuitas, así que mientras nosotros escuchamos las canciones extranjeras juntos, lo dejaremos a usted a solas para que sufra...

Extendió las manos en señal de bienvenida y concluyó:

-Ha venido para quedarse a vivir aquí.

De igual manera yo le di la bienvenida. Ella siguió contándome, apenada:

-El pobre, tenía mil *feddán*¹, hacía lo que quería con el dinero...

En ese momento el hombre terció contrariado:

-Esos tiempos ya han pasado...

-¿Dónde está su hija, bey Tolba?

-En Kuwait, su marido es constructor.

Yo sabía que la confiscación le había venido porque era sospechoso de contrabando, pero él intentó quitarle hierro al asunto:

-Perdí todo mi dinero, ése fue el precio que tuve que pagar por una tontería.

Yo le pregunté:

-¿Lo llegaron a interrogar a usted?

Respondió desdeñoso:

-La cuestión se resume en pocas palabras: necesitaban mi dinero...

i. Medida de superficie que corresponde a unos 4.200 m². (N. de la T.)

La mujer, que lo estaba escrutando con la mirada, le soltó de repente:

-Bey Tolba, estás muy cambiado.

Aquellos diminutos labios cercados por ambas mejillas sonrieron al responder:

-Tuve una trombosis que casi me mata...

Y añadió a modo de consuelo:

-Aunque puedo seguir bebiendo güisqui moderadamente.

Mojó el cruasán en su té con leche y después se puso a comer con la paciencia de quien aún no está acostumbrado a la dentadura postiza. Estábamos sólo nosotros dos desayunando. En los pocos días que habían pasado desde su llegada habíamos acercado posiciones, y las barreras de la cautela habían ido desapareciendo. Finalmente la afabilidad había vencido a las caducas divergencias políticas, y ello en gran parte debido a que nos sentíamos pertenecientes a una misma generación, a una misma época, de manera que cada cual había replegado en el interior su carácter particular e incompatible con el otro. No obstante, había momentos en los que ese temperamento profundamente sepultado reaparecía provocando amistosas peleas. Cierta día, y sin venir a cuento, me espetó:

-¿Tienes idea de cuáles pueden ser los motivos que hay tras esas desgracias que nos ocurrieron?

Sorprendido, le pregunté:

-¿A qué desgracias te refieres?

-Viejo zorro, sabes perfectamente de qué estoy hablando.

-A mí no me ha ocurrido ningún tipo de desastre.

Enarcó las blancas cejas y replicó:

-Bueno, a vosotros os arrebataron el calor popular, de la misma manera que a nosotros nos despojaron de nuestras fortunas.

-A lo mejor ya no te acuerdas de que, desde los hechos del cuarenta y dos¹ no sólo me salí del Wafd, sino de todos los partidos y de la vida política en general...

-¡Ah, claro, aquel duro golpe que destruyó la dignidad de toda una generación!

Le repliqué, aunque no muy interesado en la discusión:

-Dejemos aparte mi posición; me gustaría saber qué es lo que tú opinas.

Y con calma, aprovechó para expresar su desprecio:

-Existe un motivo al otro extremo de ese cable que nos acogota la garganta, una persona a la que ya casi nadie recuerda...

-¿Quién?

-¡Saad Zaglul!

No pude contener la risa y él se revolvió desafiante:

-Sí, sí, ése fue el que se empeñó en agitar los odios inveterados de la gente, en desprestigiar al rey, en adular a las masas; ese hombre insemínó en esta tierra un germen maligno que aún sigue creciendo y creciendo como un cáncer incurable hasta que llegue a matarnos a todos...

Habíamos salido al Palma, a los floridos vergeles de las afueras de Alejandría, un lugar en donde los claros y serenos días de buen tiempo se paraban a solazarse, y nos

i. Momento en el que, en plena guerra mundial, los británicos instauraron a la fuerza un gobierno del Wafd pro Aliados. Aquello marcó el declive del prestigio del Wafd como partido político y del rey junto con la institución monárquica que representaba. (*N. de la T.*)

encaminamos a uno de los rincones de aquel paraíso repleto de verdor. No había casi nadie allí. Tolba Marsuq se dedicaba a mirar las casi inmóviles aguas del Nilo en el canal Almahmudía, al tiempo que yo estiraba las piernas y me repantigaba sobre el espaldar de la silla como si fuera a estirarme bajo los rayos del límpido y templado sol otoñal.

A pesar de su rudeza y excitabilidad, mi compañero tenía derecho a un mínimo de compasión: no le quedaba más remedio que comenzar una nueva y amarga vida tras haber cumplido los sesenta. Envidiaba a su propia hija por haberse marchado del país. También tenía extrañas alucinaciones, y no soportaba escuchar teoría alguna que justificara su tragedia histórica; en realidad creía firmemente que la agresión a su dinero había sido un ataque contra el orden natural del Universo divino y su sabiduría.

-Estuve a punto de desistir en mi idea de vivir en la pensión cuando supe que tú estabas allí...

No podía creerle, así que le pregunté a qué se refería:

-Elegí la pensión Miramar con la esperanza de no encontrar más que extranjeros.

Indagué entonces qué era lo que le había hecho cambiar su mala opinión sobre mí:

-Pues me lo pensé, y finalmente llegué al convencimiento de que en toda la historia de la humanidad no ha habido ni un solo agente del enemigo... ¡con ochenta años de edad!

Cuando se apagaron mis carcajadas le pregunté:

-¿Y se puede saber por qué temes a los «agentes del enemigo»?

-No, en realidad por nada, simplemente que a veces descargo la tensión hablando...

Y prosiguió con nerviosismo:

-Ya no tengo mi residencia de campo, y en el ambiente de El Cairo se me acentúa la sensación de humillación. Entonces me acordé de mi antigua amante, y me dije para mis adentros que ella había perdido a su marido en la revolución del diecinueve, y su dinero en la del cincuenta y dos, así que podríamos entonar juntos una sola melodía.

En un momento dado me felicitó por mi buena salud a pesar de lo avanzado de la edad, y se puso a tentarme para que lo acompañara al cine y a algún café. Por último se puso a reflexionar en voz alta:

-¿Por qué ha renunciado Dios a su política de fuerza?

Yo no entendía el alcance de dicha pregunta, así que simplificó la cuestión:

-Quiero decir, el Diluvio Universal, los huracanes, todas esas cosas...

A mi vez yo le interrogué:

-¿Es que crees que el Diluvio pudo exterminar a más gente de lo que lo hizo la bomba de Hiroshima?

Hizo un gesto de resentimiento con la mano y contestó:

-Ah, viejo zorro, aquí están de nuevo las consignas comunistas... El mayor error de la humanidad tuvo lugar en el momento en el que América dudó en asumir el poder mundial cuando sólo ellos poseían la bomba atómica.

-A ver, cuéntame, ¿ya has vuelto a las andadas con Mariana?

Se ríe sonoramente y replicó:

-Qué idea tan absurda, no soy más que un viejo aniquilado por la edad y por la política..., vamos, ¡cómo se te ocurre!, ni con un milagro podría llegar a moverse..., y aparte de eso, a ella no le queda más que una vaga y remota apariencia de atractivo femenino...

De nuevo se rió y continuó:

-Y tú, ¿te has olvidado de tu pasado? Lo sé porque leía en la prensa sensacionalista sobre tus escándalos de faldas, tus correrías y juergas por la calle Muhammad Ali...

Me reí, pero no dije nada. Él insistió:

-¿Finalmente has vuelto a la religión?

-¿Y tú? A veces pienso que en el fondo no crees en nada.

Protestó indignado:

-¿Cómo no voy a creer en Dios, si ya me estoy quemando en su fuego divino?

—¡Los de tu calaña no han sido creados más que para arder en el infierno, nada de lo que hagas tendrá la bendición divina! ¡Vete, márchate de este santo lugar, al igual que Satanás fue expulsado de la misericordia de Dios!

El gran reloj del salón dio la medianoche. Los rincones del pequeño patio de luces resonaban con el silbido de un fuerte viento. Estaba hundido en el sillón grande, y la pereza -junto con una agradable sensación de calor- no me animaban precisamente a levantarme para ir a la cama. Me pesaba la soledad cuando me encerraba en mi vacía habitación; en cualquier caso, me dije a mí mismo que qué sentido tenía reprocharme nada pasados los ochenta años de edad.

Inopinadamente la puerta se abrió y apareció Tolba Marsuq en el umbral diciendo:

-Perdón, supuse por la luz encendida que aún no dormías.

Lo miré extrañado. Aquella noche había bebido más de lo habitual. Me preguntó sarcásticamente al tiempo

que acompasaba los movimientos de su cabeza con el tono de la voz:

-¿Sabes cuánto me gastaba en un solo mes en medicinas, vitaminas, hormonas, colonias, potingues, y todo ese tipo de cosas?

Pensé que seguiría hablando, pero apretó los ojos como si el esfuerzo lo agotara, después se dio media vuelta, cerró la puerta y se fue.

La enorme y multicolor carpa estaba abarrotada de gente, la plaza parecía una imagen del día del Juicio Final. Los fuegos artificiales explotaban en el cielo y la oscuridad se extinguía en conmemoración del nacimiento del Profeta. El Rolls Royce se movió con elegancia hasta quedar frente a la carpa. Tolba Marsuq descendió del vehículo y una multitud de seguidores de la secta sufí delDimirdashía se apresuró a recibirlo; una hermandad cuyos miembros habían sabido conjugar en sus corazones el amor al Profeta y a los poderes terrenales, ya fueran británicos o monárquicos. El dueño del coche me vio, pero me esquivó con arrogancia. Se dice que aquella noche llegaste igual de borracho que hoy. El cantante principal fue llamado al centro de la carpa y comenzó a entonar «Oh, firmamento, qué te ocurre». Al final del concierto cantó «Me gusta verte», lo cual hizo que el público perdiera la cabeza. ¿Cuándo tuvo lugar aquella mágica velada? Exactamente no lo recuerdo, pero con seguridad fue antes de la muerte de aquel hombre excepcional, Saad Zaglul; de no ser así no me hubiera interesado en absoluto por la música...

Estaba sentado solo en el vestíbulo de la pensión cuando tocaron el timbre. Miré por la mirilla como madame solía hacerlo y vi ante mí un rostro con cuya visión mi corazón se alegró, desde el primer momento mi pecho

se alborozó de felicidad. La cara morena de una campesina con la cabeza envuelta en un velo negro, los rasgos nobles y muy atractivos, y con una observadora mirada en los hermosos ojos.

-¿Quién eres?

-Sohra, me llamo Sohra.

Pronunció su nombre con firmeza y seguridad, como lo diría alguien famoso y conocido. Le pregunté mientras sonreía:

-¿Y qué es lo que quieres, Sohra?

-Estoy buscando a la señora Mariana.

Le abrí la puerta y entró cargando un pequeño hatillo. Miró a su alrededor y preguntó:

-¿Dónde está la señora?

-Vendrá un poco más tarde, siéntate mientras.

Se acomodó en una silla con el hatillo sobre el regazo, y yo volví a mi sitio con un nuevo brío. Me puse a mirarla, a mirar la fuerte y elegante constitución, ese garbo y esa gracia extraordinaria, la fresca juventud, y no podía dejar de sentir el mayor de los deleites. Me dejé llevar por el deseo de charlar y comencé:

-¿Me has dicho que te llamas Sohra?

-Sí señor, Sohra Salama.

-¿De dónde eres, Sohra?

-De Azziyadía, en la región de Albuheira.

-¿Tienes una cita con madame?

-No...

-¿Entonces...?

-He venido a verla.

-Por supuesto, te conoce...

-Sí, sí.

Contemplé su belleza y su juventud con un placer como no sentía hacía muchísimo tiempo, luego continué el interrogatorio:

-¿Llevas mucho tiempo viviendo en Alejandría?

-Nunca he vivido aquí, tan sólo venía a veces con mi difunto padre a ver a la señora.

-¿De qué os conocía madame?

-Mi padre le traía queso, mantequilla, manteca, pollos, y yo lo acompañaba de vez en cuando...

-Ah, ya veo, lo que quieres es tomarle el relevo a tu padre.

-No, no es eso...

Volvió la mirada hacia el biombo como si quisiera evitar demasiadas preguntas, así que respeté su reserva sintiendo una cada vez mayor inclinación por aquella chica. En mi interior le deseaba con el corazón que Dios la protegiera de todo mal.

Le dije mientras besaba su arrugada y venosa mano: «Gracias a tus rezos me he convertido en un hombre nuevo; venga, ven-te a vivir conmigo a El Cairo». Mi madre me respondió al tiempo que me miraba con ternura: «Que Dios te colme de bendiciones, pero yo no dejaré esta casa, aquí está el sentido de mi existencia y de mi vida».

Una vieja casa con las paredes desconchadas, azotada por los vientos, con la sal del mar sedimentada sobre sus piedras y fustigada por el olor del pescado amontonado en la costa de Anfushi.

Le repliqué: «Madre, aquí estás sola».

Pero ella sentenció: «No, no, el Creador siempre está a mi lado, noche y día».

El timbre sonó y Sohra se levantó a abrir la puerta. Madame la miró atónita hasta que finalmente exclamó:

-¡Sohra! ¡No es posible!

La chica besó su mano con la cara radiante por el caluroso recibimiento.

-Qué alegría verte, te acompaño en el sentimiento por lo de tu padre, ¿te has casado ya?

-¡No, no!

-¡No es posible!

Se ríe a carcajadas y luego se volvió hacia mí diciendo:

—Sohra es la hija de un buen hombre, monsieur Ámer...

Y se fueron juntas hacia el interior... Mi corazón se estremecía de cariño filial.

Cuando nos reunimos para la tertulia de la noche -Tolba, Mariana y yo- madame dijo:

-Por fin, ya estoy tranquila.

Permaneció en silencio unos instantes y luego prosiguió:

-Sohra va a trabajar aquí.

Me invadió un curioso sentimiento, mezcla de alegría y angustia a la vez, y le pregunté:

-¿Ha venido buscando trabajo?

-Sí, ¿qué hay de malo en ello?, en cualquier caso, su situación aquí será inmejorable.

-Bueno, pero ¿qué...?

-Tenía arrendado medio *feddán* de tierra que ella misma se ocupaba de trabajar, ¿qué te parece?

-Bien, pero ¿por qué ha dejado de hacerlo?

Me estuvo mirando un rato y finalmente respondió:

-Se ha escapado.

-¿Escapado?

Entonces Tolba intervino con ironía:

-¡Pensaron que era una terrateniente!

-Su abuelo quería casarla con un hombre tan viejo

como él mismo, vamos, para que la usara de sirvienta, y el resto ya se lo pueden ustedes imaginar...

Entristecido, comenté:

-Pero eso es muy grave, escaparse..., la aldea no lo perdonará.

-Aparte del abuelo y de una hermana mayor ya casada, no tiene a nadie más en el mundo.

-¿Y si se enteran de que está aquí?

-Es posible, pero ¿y qué?

-¿No teme usted que...?

-Sohra ya no es una niña, y yo no hago más que acogerla en mi casa y darle un trabajo honrado...

Se calló, y luego repitió:

-Monsieur Ámer, no puedo dejarla sola y desamparada...

«Mientras la sangre me siga latiendo por las venas cumpliré con mi deber... Nunca lo eludiré, y que Dios marque el rumbo de nuestras vidas.»

Madame comenzó con la tarea de enseñarle su trabajo a Sohra. La chica lo captaba con una rapidez sorprendente, de manera que Mariana no paraba de comentar con alegría:

-Esta muchacha es maravillosa, monsieur Ámer, absolutamente maravillosa, lista y trabajadora como nadie; con explicarle las cosas una sola vez ya comprende lo que se le pide... Ah, me siento realmente afortunada.

En otra ocasión me consultó:

-¿Qué le parecen cinco guineas de sueldo, aparte de la comida y la ropa?

Le contesté que me parecía bien, pero le supliqué:

-¡Aunque, por favor, no la vista usted a la manera moderna!

-¿Quiere que le dé ropa de campesina?

-Querida mía, la chica es muy hermosa, así que debería usted tener mucho cuidado...

-Ah, es por eso... No se preocupe, monsieur Ámer, siempre tengo los ojos muy abiertos, y además, la chica es de buena pasta.

De manera que, finalmente, Sohra apareció cimbreándose en un vestido de algodón hecho a la medida de su esbelto cuerpo, con un estilo que dejaba entrever -quizás por primera vez en su vida- sus bondades tras haber permanecido largamente escondidas bajo la holgada y larga *galabía*¹. También cambió de peinado: tras haberse lavado el cabello con queroseno, se hizo la raya en medio y se recogió el pelo en sendas trenzas que caían con rotundidad por detrás de las orejas.

Nada más verla Tolba así se la comió con los ojos, y cuando la muchacha salió se inclinó sobre mí y me susurró:

-El verano que viene estará ejerciendo la profesión en el Genevoise o en el Monte Cario, ya lo verás.

Indignado, contesté:

-¡Por Dios, Tolba! ¡No digas barbaridades!

Poco después, cuando se disponía a salir a la calle, se cruzó con ella, y tomándole el pelo le preguntó:

-Dime, Sohra, ¿por tus venas corre sangre extranjera?

Ella le envió una mirada inquisitiva; estaba claro que no se sentía a gusto con él. Se giró hacia mí y yo la tranquilicé:

-Sólo es una broma; tómatelo como un piropo, o algo así...

Y concluí con un gesto cómplice:

i. Tradicional túnica de algodón de uso muy extendido entre las clases más populares y humildes. (*N. de la T.*)

-Yo también estoy enamorado de tí, Sohra.

Ella sonrió inocentemente. No había duda de que nos teníamos cariño, y aquello me hacía sentir muy feliz.

Madame solía invitarla al final de la jornada de trabajo a sentarse con nosotros en el vestíbulo, alrededor de la radio. Había elegido un asiento un tanto retirado, cerca del biombo, y seguía nuestras conversaciones con verdadero deseo por aprender. Se acabó familiarizando con mis muestras de afecto y llegamos a ser amigos, y cuando se presentaba la ocasión, conversábamos largo y tendido.

Cierta noche nos contó ella misma la historia de su vida, pensando que Tolba y yo no la conocíamos. Cuando terminó comentó:

-Mi cuñado quería que yo trabajase para él, así que me puse a cultivar una parcela yo misma.

-Pobre Sohra, todo aquello debió de ser muy penoso para ti.

-En absoluto, gracias a Dios soy fuerte, y a trabajadora nadie me gana, sea en el campo o en la ciudad.

Tolba Marsuq insinuó riéndose:

-Pero los hombres se interesan también por otros asuntos, ¿no?

Ella replicó cordial pero desafiante al mismo tiempo:

-Yo puedo defenderme como un hombre si es necesario...

Aprobé claramente su respuesta, y entonces madame intervino:

-Sohra no es una niña: ya iba a todas partes con su padre, que la quería mucho...

La aludida añadió con tristeza:

-Y yo lo amaba a él más que a mi vida, pero mi abuelo, ah, mi abuelo es otro asunto, no piensa más que en aprovecharse de mí...

Entonces Tolba quiso picarla de nuevo y le dijo:

-Si podías comportarte como un hombre, ¿cómo es que te viste obligada a huir?

Yo salí en su defensa:

-Bey Tolba, tú conoces bien el aire que se respira en el campo, cómo se pone en los altares a los mayores, y esas terroríficas costumbres... No le quedaba más remedio que huir, o quedarse y convertirse en una seudoesposa.

Me miró con agradecimiento y entonces se lamentó:

-Tuve que dejar mi parcela de tierra...

Inopinadamente Tolba le espetó:

-Hablarán mal de ti y dirán que tuviste que salir corriendo «por esto y por lo de más allá»...

Le clavé la mirada furioso. El rostro de la chica se oscureció como si la piel cogiera el tono de las aguas fangosas del Nilo en las crecidas, y separando el dedo índice y el medio, aseguró rabiosa:

-¡Los enterraré en los ojos del que se atreva a murmurar sobre mí!

Madame gritó:

-Sohra, ¿es que no sabes distinguir una broma?

La reacción de la chica me había pillado desprevenido; entonces intervine para calmar el ambiente:

-Sohra, sólo estaba tomándote el pelo...

Luego me volví hacia él preguntándole:

-Y tú, ¿dónde está tu sutileza?

Él respondió con desdén:

-¡Confiscada y decomisada, como mi dinero!

Los ojos del color de la miel, mejillas regordetas y sonrosadas, el hoyuelo de la barbilla...; podría ser una nieta mía pequeña. Pero la que habría sido su abuela, aquélla del velo blanco cuyo

padre me rechazó como yerno, pasó por mi memoria en una exhalación, sin conocer el amor ni el matrimonio. No puedo recordar sus facciones, pero sí los nombres de los barrios: Birguán, Darb Alahmar, el santuario de Sidi Abulsuud el sanador...

-¿Hasta cuándo se quedará usted aquí, señor?

Solía traerme el café de media tarde a la habitación y yo aprovechaba para retenerla y así calmar mi perenne deseo de charlar con ella.

-Yo vivo aquí, Sohra.

-¿Y su familia?

Le respondí riéndome:

—No tengo a nadie más que a ti en el mundo.

Se rió alegremente desde lo más hondo del corazón. Tenía las manos pequeñas y endurecidas por el trabajo, con callos en las yemas de los dedos, y los pies eran planos y grandotes; pero el cuerpo y la cara, Dios mío, qué cuerpo y qué cara...

Cierto día me dijo bajando la voz:

-¡Qué pesado es!

La aplaqué conciliador:

-Tan sólo es un anciano que ha tenido mala suerte, y está enfermo...

-¡Se cree un bajá y no se ha enterado de que el tiempo de los grandes señores ya ha pasado!

Sus palabras provocaron en mí un extraño efecto: como por arte de magia, la cabeza comenzó a darme vueltas, unas vueltas cuyo diámetro era de un siglo completo hacia atrás.

-Así que se niegan a visitar al ministro de Justicia porque no es más que un simple efendi...

-Excelencia, los magistrados tienen sus propios códigos de conducta.

-No, no es eso; a sus ojos no soy más que un vulgar campesino mientras que ellos son los descendientes de la otrora alta clase circasiana...

Y zanjó el asunto con resuelta determinación:

—Entérate de una vez... Siempre me han reprochado pertenecer a la plebe, pero no me ofendían, es más, yo les contestaba jactándome de ser el líder de los desheredados: yo soy Saad, la voz de los «sin tierra», el alma de los humildes..., así que ahora les toca a ellos, y tendrán que venir ante mí a presentarme sus respetos...

Incluso había llegado a memorizar las distintas marcas de güisqui de ir a comprarlas al High Life. A propósito de aquello un día me contó:

-No sé por qué, cada vez que lo pido la gente me mira y se sonríe...

Y yo le respondí para mis adentros: «Bendita seas, y que Dios te proteja».

¿Qué alboroto es ése? Las voces no me son extrañas, pero sí los gritos acalorados. ¿Qué está ocurriendo ahí afuera? El reloj dio las cinco de la tarde. Me levanté de la cama y, envuelto en mi bata, me dispuse a salir. Vi a Tolba que, echándose las manos a la cabeza, desaparecía en su habitación. También vi a Sohra que sentada y con el ceño fruncido estaba encorvada a punto de llorar. Por último, madame estaba allí de pie frente a ella y con apariencia de estar muy preocupada. ¿Qué había pasado? Madame comenzó nada más verme:

-Sohra es una malpensada, monsieur Ámer.

Al verme la joven se envalentonó y con toda crudeza explicó:

-¡Quería que le diera masajes!

Madame intervino entonces:

-No entiendes nada, eran friegas y no masajes, todos sabemos que está enfermo y que las necesita, antes iba cada año a Europa para sus curas; y tú, si no quieres hacerlo, nadie te obliga...

Pero la chica insistió:

-A mí nadie me había explicado para qué me necesitaba; me dijeron que fuera, entré en la habitación... ¡Y lo vi echado boca abajo en la cama, casi desnudo!

-Ya basta, Sohra, no es más que un anciano mayor que tu padre. Todo ha sido un malentendido; ea, ve a lavarte la cara y olvida todo el asunto...

Nos sentamos en el sofá de ébano a solas. El viento ululaba en el exterior y hacía temblar las ventanas. Un pesado silencio nos oprimía hasta que madame lo rompió:

-Fue él quien lo pidió; en cualquier caso, a mí no me cabe la menor duda sobre la honestidad de sus intenciones...

Mascullé en un tono significativo:

-¡Por Dios, Mariana!

Ella se revolvió:

-¿Es que desconfía de él?

-Hay disparates para todos los gustos.

-¡Pero si es un anciano!

-También los ancianos pueden ser viejos verdes.

-Pensé que podría ganarse un dinerillo extra, mejor ella que una extraña.

-No es más que una campesina...

Y le recordé sus palabras:

-Y fue usted la que se ofreció a protegerla...

Tolba vino, ocupó su lugar habitual con toda tranquilidad y, sin el menor rastro de culpa, comenzó a decir:

-Una campesina vive y muere como tal, eso es todo...
Con irritación, le contesté:

-¡Pues entonces déjala vivir y morir para lo que Dios la ha creado!

Se defendió contrariado:

—Es una fiera salvaje, no te dejes engañar por el aspecto que tiene con la nueva ropa, ese vestido de algodón y la chaqueta gris que madame le ha dado, una fiera salvaje, eso es lo que es...

¡Qué triste me siento por ti, Sohra! Ahora es cuando realmente llego a captar el alcance de tu soledad. La pensión no es el mejor sitio para ti. Madame, «tu protectora», no se guardará -a la primera oportunidad que se le presente- de dudar de tu honestidad...

Tolba Marsuq se preguntó en voz alta después de haber bebido el primer vaso de güisqui:

-Vamos a ver, ¿quién es el bonito que me va a venir ahora con eso de la omnisciencia divina para con sus criaturas?

Mariana exclamó a viva voz, encantada por el cambio de conversación:

-¡Cuidado, bey Tolba, no vaya a ser que cometas una herejía!

Éste señaló hacia la imagen de la Virgen y preguntó:

-Dígame, señora mía, ¿cómo es posible que Dios permitiera la crucifixión de su hijo?

La mujer respondió con toda seriedad:

-¡De no haber sido por ello, seguiríamos todos viviendo en el pecado!

El anciano se estuvo riendo un buen rato y después le contestó:

-¿Es que de todas formas no lo seguimos haciendo ahora?

Mientras hablaba me buscaba con la mirada, pero yo lo ignoré hasta que finalmente me dio un codazo diciendo:

-Ytú, viejo zorro, tienes que ayudarme a hacer las paces con Sohra.

¿Un huésped nuevo?

Algo en el muy moreno rostro de nítidas facciones delataba su origen campesino. Era de estatura media, más bien delgado, y tenía una mirada penetrante. Debía de rondar los treinta años de edad. Madame lo invitó a sentarse con nosotros a desayunar mientras lo presentaba:

-Monsieur Sarhán Albuheiri.

Después nos llegó a nosotros el turno de las presentaciones, tras lo que le pidió -si así lo quería- que nos contara más de sí mismo. Aceptó con la potente voz de un hombre de campo pero hecho ya a la ciudad:

-Soy el jefe de contabilidad de la Compañía de Hilaturas de Alejandría.

Cuando se hubo marchado madame se rió mostrando su alegría y nos comunicó:

-También va a vivir aquí de manera permanente y en las mismas condiciones que ustedes.

Apenas había pasado una semana cuando se incorporó a la pensión otro inquilino, Hosni Alam. Era un poco más joven que Sarhán, de piel más bien blanca y constitución robusta, del tipo de un boxeador. Madame afirmaba que era de una de las mejores familias de Tanta.

Por último llegó Mansur Bahi, un locutor que trabajaba en Radio Alejandría. Tenía veinticinco años, pero me llamó la atención su delicado rostro de facciones pe-

quenas y hermosas; realmente había algo infantil en él, por no decir femenino. Desde el principio quedó claro que vivía replegado en sí mismo, que era difícil llegar a intimar con él.

La pensión estaba al completo, y por tanto madame se sentía exultante de felicidad. En lo que a mí respecta, lo que mi corazón más deseaba era hacer nuevos amigos y calmar así mi sed de cariño. Le expresé a madame mis esperanzas:

-¡Qué hermosa y alegre es la juventud! Puede ser que incluso se unan a nuestra tertulia de viejos...

A lo que respondió alegre:

-En cualquier caso, no son estudiantes.

El trato con ellos no pasó de ser meramente cortés hasta que no llegó la primera noche del concierto radiofónico semanal de Umm Kulzum, que me enteré de que la pasarían con nosotros. Prometía ser una buena velada rebosante de juventud y música.

Entre todos prepararon la cena: carne a la brasa, ensaladas y para beber, güisqui. Nos dispusimos alrededor de la radio al tiempo que Sohra zumbaba laboriosa como una abeja ayudando en todo. Hacía frío y el silencio reinaba en el exterior, no se escuchaba el menor soplo de viento. La chica comentó: «El cielo está completamente despejado, hasta se podrían contar las estrellas». Las copas de güisqui iban y venían mientras que Sohra, sentada donde el biombo, nos miraba con ojos sonrientes.

Sólo Tolba Marsuq padecía una oculta angustia; unos días antes de la velada me he había dicho: «La pensión se va a convertir en un infierno». Les tenía pánico a **los** nuevos huéspedes, y no dudaba de que conocían perfectamente su pasado y las circunstancias de la con-

fiscación de sus bienes, ya fuera a través de la prensa, o por medio del locutor Mansur Bahi.

Como era habitual en ella, madame les había extraído los datos que necesitaba para satisfacer su perenne curiosidad:

-Monsieur Sarhán Albuheiri es de la muy conocida familia Albuheiri.

Nunca había oído hablar de dicha familia, y parecía que ni el mismo Tolba Marsuq sabía nada de ellos.

-Fue un amigo suyo el que le habló de esta pensión al enterarse de lo incómodo que monsieur Sarhán estaba en su antiguo apartamento...

¿También nos contaría de Hosni Alam?

-Ah, y monsieur Hosni pertenece a una de las más distinguidas familias de Tanta.

Me pareció que Tolba había oído hablar de ellos pero no dijo nada.

-Es dueño de *cien feddán*...

Y lo decía con un orgullo tal que parecía que era ella la propietaria del terreno.

-Ni uno más ni uno menos, intactos, porque la revolución no le ha tocado ni un pelo...

Su cara estaba radiante como si a la que hubieran respetado fuera a ella.

-Ha venido a Alejandría para emprender su propio negocio.

En este punto Sarhán se dirigió a Hosni:

-¿Y por qué no lo haces con tus tierras?

A lo que éste, lacónicamente, respondió:

-Están arrendadas.

Tras inspeccionarlo burlonamente, Sarhán lo picó:

-Mejor di que en toda tu vida no has pisado ni un solo terrón de cultivo.

Los tres se rieron, aunque las carcajadas de Hosni

eran las más estruendosas. Entonces madame señaló a Mansur Bahi y dijo:

-Y este caballero es el hermano de un viejo amigo mío, uno de los mejores comisarios de policía que Alejandría ha conocido.

De nuevo, me pareció ver un movimiento en Tolba; esta vez abrió la boca en un gesto de pasmado terror mientras bufaba audiblemente.

-Y al saber que iba a ser trasladado, aconsejó a monsieur Mansur que se viniera a vivir a la pensión Miramar.

Aprovechando que los jóvenes estaban ocupados con las bebidas, Tolba se inclinó hacia mí y me susurró:

-¡Hemos caído en un nido de espías!

Y yo le respondí en el mismo tono de voz:

-No seas tonto, los tiempos de la barbarie ya han pasado.

De repente el tema político saltó en la velada. Estaba claro que a Sarhán le entusiasmaba la cuestión:

-La reforma agraria ha puesto del revés las estructuras rurales...

Su voz cambiaba según tuviera la boca llena de comida o no:

-Y lo mismo ha ocurrido con el proletariado, yo convivo con ellos en la Compañía; deberíais venir y verlo con vuestros propios ojos.

Mansur Bahi -que era un hombre más bien callado aunque a veces estallaba en risotadas como si fuera otra persona- le preguntó:

-¿Tú estás activamente involucrado en política?

-Sí, desde la Organización para la Liberación hasta la Unión Nacional, y soy miembro del Consejo de los Veinte y también del Comité de Empresa en representación de los trabajadores.

-¿Trabajabas en la política antes de la llegada de Náser al poder?

-No...

Hosni Alam intervino:

-Yo soy un sincero convencido de la revolución, por eso los de mi clase -a los que ésta vino a depurar- me consideran un rebelde y un traidor...

Mansur Bahi terció:

-En cualquier caso, a ti no te ha perjudicado.

-Ésa no es la razón de mi convencimiento, pues incluso dentro de mi propia clase social están los de menor nivel económico, y entre éstos quizás haya quien no le guste...

Mansur Bahi sentenció:

-Estoy completamente seguro de que Náser ha sido más clemente con sus enemigos de lo que debiera.

Aparentemente Tolba Marsuq pensó que si continuaba callado se pondría en evidencia, de manera que intervino:

-La verdad es que a mí me ha afectado extraordinariamente, y sería un hipócrita si dijese que no sufrí por ello, pero también sería un egoísta si negase que en su momento se hizo lo que se tenía que hacer...

A altas horas de la madrugada y de retirada en mi habitación, se presentó allí y me preguntó qué opinaba yo sobre lo que había dicho en la reunión. Ya me había quitado la dentadura postiza, así que mi voz sonó extraña cuando le respondí:

-Inmejorable...

-¿Crees que me habrán creído?

-Eso no tiene importancia...

-Quizás debería empezar a buscarme otro sitio para vivir.

-Venga ya, no seas tonto.

-¡Cada vez que oigo alguna alabanza sobre mi torturadora, siento que empeoran mis dolores en las articulaciones!

-Tendrías que seguir un plan de entrenamiento, para que de una vez por todas se te acostumbrara el cuerpo a tu nueva vida...

-Como tú, ¿no?

Riéndome le contesté:

-Bueno, ya sabes que tú y yo somos tan opuestos como la noche y el día...

Entonces se fue porfiando:

-¡Maldito seas! ¡Espero que pases muy mala noche!

Frugalmente madame se contentó con un trozo de carne a la brasa, ni siquiera probó el güisqui, tan sólo bebió un vaso de leche templada. En cierto momento de la velada, comentó:

-El único defecto de Umm Kulzum es que sus conciertos comienzan demasiado entrada la noche.

En cualquier caso, los jóvenes consiguieron distraernos de la penuria de la espera, y así, Mansur Bahi me sorprendió cuando dijo:

-Monsieur Ámer, ¿sabe usted que conozco bastante bien su trayectoria profesional?

Me invadió una alegría infantil, como si retornara a algún momento de la juventud. Él entonces me explicó:

-A veces, cuando preparo alguno de mis programas para la radio, rebusco material en la hemeroteca...

Lo miré con el mayor interés y prosiguió:

-Realmente el suyo fue un fructífero pasado; usted ha estado involucrado de manera notable en todo tipo

de hechos y corrientes políticas: el Partido del Pueblo, el Partido Nacional, el Wafd, la revolución...

Pillé la ocasión al vuelo y emprendí con él un viaje por los confines de la Historia, parándome en los hitos imprescindibles de nuestro pasado. Juntos revisamos las glorias y miserias de los partidos: el Partido del Pueblo, el Partido Nacional, el Wafd y la solución que ofrecía a las seculares contradicciones del país, su base popular compuesta de estudiantes, proletarios y campesinos, por qué más tarde preferí mantenerme neutral en las luchas políticas, y finalmente, por qué apoyé la revolución...

-Y, sin embargo, no le interesaba en el fondo la esencia del conflicto social, ¿no?

Riendo le contesté:

-Sí, sí me preocupaba... Pero además de mi actividad política en la prensa, conozco bien los modos y maneras del pensamiento religioso tradicional, también le debo parte de mi formación personal e intelectual a la Universidad islámica de Alazhar, así que no es extraño que quisiera conciliar entre oriente y occidente, ¿sabes?, como un *maadún*, que une en matrimonio legal a esa mezcla de opuestos que son un hombre y una mujer...

-¿Y no era incongruente que usted atacase a esos dos extremos? Me refiero a los Hermanos Musulmanes y a los comunistas.

-En absoluto, era una época de confusión; después vino la revolución para absorber lo mejor que ambos juntos proponían.

-¿Y así acabó también su desorientación particular?

Le respondí afirmativamente, pero entonces recordé mis dudas interiores a las que ni partido ni revolución alguna podrían darles solución, y una vez más entoné en silencio una plegaria. Umm Kulzum comenzó su concierto y, al mismo tiempo que sentía que mi zaran-

deado navio era halado a un mar de cantos y ritmo, le pedí a Dios que con los miembros discrepantes y desavenidos de mi ser le diese forma a un solo cuerpo palpitante de vida y en armonía; le supliqué que me revelara los fundamentos de la concordia y la estabilidad para poder levantar el edificio de mi alma bajo la custodia del amor y la paz; le rogué que fundiese mis angustias con el deleite de la clarividencia en una melodía vivificante para la mente y el espíritu; por último, le imploré que derramara su límpida miel sobre la amargura de la existencia...

¡Es increíble! ¿Has escuchado la última? ¡El Consejo de Ministros se reunió ayer en la casa barco de Muñira Almahdí, la cantante!

-¡Ah, qué jóvenes tan apuestos! ¡Y todos con dinero!

Una vez más, Mariana empezaba la conversación con estas palabras. Las cargas de Sohra habían aumentado, pero la joven las asumió con verdadera resolución. Tolba Marsuq le respondió:

-Pues yo no me siento tranquilo con ninguno de ellos. Mariana le preguntó:

-¿Ni siquiera con Hosni Alam?

El hombre continuó como si no la hubiera escuchado:

-Sarhán Albuheiri es el peor, se ha aprovechado todo lo que ha podido de la revolución...; y esa «familia Albuheiri» de la que nadie ha oído hablar; además, cualquiera que haya nacido en la comarca de la Albuheira es un «buheiri», hasta Sohra es Sohra «Albuheiri»...

Madame y yo nos pusimos a reír. En aquel momento la chica pasó en dirección a la puerta para hacer en la

calle alguno de sus mandados. Era una auténtica delicia verla: llevaba puesto sobre la cabeza un echarpe azul que ella misma se había comprado, y el cuerpo se con-toneaba en la chaqueta gris de madame. Era como la hierba húmeda por el rocío de la mañana, como una flor silvestre. Yo retomé la pregunta de Mariana:

-¿Y no crees que Mansur Bahi es un chico inteligente? Nunca habla por hablar, quiero decir, a mí me parece que es de los que hacen cosas sin alardear de ello, además, realmente pertenece a la auténtica generación de la revolución...

-¿Y quién demonios lo ha llamado, a él o a otros, a adherirse a la revolución?

-¡Hablas como si no hubiera en el país ni campesinos, ni obreros ni juventud!

-Vale, puede que la revolución sólo haya despojado de su dinero a unos cuantos, pero desde luego sí les ha robado a todos la libertad que antes había.

Entonces aduje con sarcasmo:

-La libertad a la que tú te refieres olía a rancio, y ni siquiera esa podrida libertad gozaba del respeto que se merecía en los tiempos de vuestro dominio...

Un día al salir del baño vi en el pasillo dos figuras, Sohra y Sarhán Albuheiri, conversando en susurros. Él entonces quiso disimular y, elevando la voz, se puso a hablar sobre cuestiones consideradas responsabilidad de la chica. Me fui a mi habitación como si no hubiera visto ni oído nada, pero en realidad me sentía lleno de angustia. ¿Cómo podía Sohra conservar la cabeza en su sitio en una colmena abarrotada de chicos jóvenes? Cuando me trajo el café de la tarde, le pregunté:

-¿Adonde vas en tus tardes libres de los domingos?

Respondió alegre y despreocupada:

-Al cine.

-¿Tú sola?

-No, con madame.

Entonces le deseé con todo mi cariño:

-Que Dios te proteja...

Ella, sonriendo, me reprochó:

-Usted siempre tiene miedo por mí, como si yo fuera una niña.

-Es que lo eres, Sohra.

-No, no, qué va, en los momentos difíciles puedo llegar a ser como un hombre.

Acerqué mi cara a su bello y querido rostro y le dije:

-Sohra, estos jóvenes no tienen problema alguno en divertirse, pero a la hora de la verdad no...

Chasqueando los dedos, me replicó:

-Mi padre ya me advirtió contra todo eso.

-Es que te quiero mucho, y temo por ti.

-No se preocupe, lo comprendo... Monsieur Ámer, excepto mi padre, nunca había conocido a un hombre tan bueno como usted; yo también le quiero mucho.

Era la primera vez que me decían que me querían con esta dulzura pura y bella. Habría sido posible que muchos labios infantiles -de hijos y nietos- me lo dijeran de no haber sido por aquella acusación irreflexiva e injusta de la que fui objeto... Una acusación tal que tan sólo a un demonio o a un animal -y no a un miembro de la raza humana- se le podía ocurrir hacerla.

Aquel velo blanco...

La vieja salía por la puerta de la casa al tiempo que decía:

—Venga, vamos, ya ha dejado de llover.

La dueña de aquel velo blanco la seguía caminando con

cuidado sobre el suelo resbaladizo y evitando los charcos de agua. El tiempo ha borrado el recuerdo de su belleza, tan sólo me queda una vaga impresión. Me aparté a un lado mientras repetía en mi interior: «Dios mío, ¡alabada sea criatura tan bella!». En lo más hondo mi corazón se agitó y dije: «Confiemos en Dios, voy a pedir su mano; cuanto antes, mejor».

Estábamos a solas en el vestíbulo. Afuera, la lluvia caía abundantemente y sin descanso desde el mediodía, con algún que otro restallido de truenos. Madame estaba sentada bajo la estatua de la Virgen y sus ojos azules reflejaban una mirada ensimismada y pensativa. Finalmente, habló:

-Monsieur Ámer, me huelo algo raro.

La miré cautelosamente y ella continuó, disgustada:

-Sohra...

Y tras una pequeña pausa añadió:

... y Sarhán Albuheiri.

El corazón se me encogió, aunque aparenté con candor:

-¿A qué se refiere?

-Sabe perfectamente de qué estoy hablando.

-Pero la joven...

-Yo tengo buenas corazonadas en estos asuntos.

-Mariana, querida, es una buena chica, decente y honrada...

-Yo no digo que no lo sea, pero no me gusta que nadie juegue a mis espaldas.

Es decir, que o bien es decente, o que si no lo es, que lo haga en beneficio tuyo... Sí, vieja alcahueta, te entiendo perfectamente.

En una siesta profunda y agitada sueño con aquella sangrienta manifestación a la que le siguió la irrupción de los ingleses en el patio de Alazhar. Abrí los ojos con las voces de los manifestantes y los disparos retumbándome en la cabeza. No, no, son otras las que ahora están tomando la pensión. Me puse la bata y salí del cuarto completamente indignado. Vi que todos estaban ya en el vestíbulo, algunos -como yo- para saber qué ocurría, pero otros no: allí estaba Sarhán Albuheiri, furioso e iracundo mientras se arreglaba la corbata y el cuello de la camisa; igualmente, Sohra estaba con el rostro rojo de cólera y el pecho agitado que subía y bajaba con el escote del vestido hecho jirones, al tiempo que un Hosni Alam en bata salía de la pensión llevándose con él a una extraña que chillaba y maldecía y que incluso escupió a Sarhán Albuheiri en la cara antes de desaparecer tras la puerta. Madame gritó:

-¡No puedo permitirlo, esto es una pensión respetable!
Y empezó a repetir: «No..., no..., no».

El vestíbulo se vació excepto por nosotros tres: Mariana, Tolba y yo. Aún no despierto del todo, pregunté:

-¿Qué ha sucedido?

Fue Tolba el que me respondió:

-Yo llegué justo antes que tú, así que no sé...

Madame se fue al cuarto de Sarhán, según parece a pedir explicaciones, y Tolba continuó:

-Está claro que nuestro amigo Albuheiri es un donjuán empedernido.

-¿Y qué es lo que te hace pensar tal cosa?

-¿No estabas mirando cuando la mujer le escupió?

-Pero ¿quién era esa desconocida?

-¡Yo qué sé! ¡Pues una mujer!

Y se reía:

-¡Una que viene persiguiendo a su hombre fugitivo!

Sohra llegó aún furiosa, y comenzó a contar sin que nadie le preguntara:

-Le abrí la puerta al *ustás* Sarhán y de repente apareció ésa. El *ustás* no se había dado cuenta de que lo venía siguiendo; se enzarzaron en una violenta riña, y el resto ya lo han visto...

Madame volvió y, sin sentarse, dijo:

-Era su novia, o al menos eso es lo que he entendido.

A mi parecer todo estaba claro, pero Tolba Marsuq maliciosamente insinuó:

-¿Y qué tiene que ver Sohra con esto?

La chica respondió:

-Yo intenté separarlos y entonces la mujer se volvió hacia mí, después pasó lo que pasó...

El hombre dijo:

-Pobrecilla, porque tú eres un púgil temible, Sohra.

Entonces intervine yo:

-Te lo ruego, demos por concluido el tema...

Corán XXVIII, 15

«En el nombre de Dios el Clemente, el Misericordioso.

*Ta-sin-mim*¹.

Aquéllas son las señales del libro revelado.

Nos te recitamos para los creyentes la verdad sobre el profeta Moisés y el faraón.

El faraón dominaba Egipto y dividió a sus gentes en facciones; a una de ellas la humillaba, sacrificaba a los niños y dejaba vivir a las mujeres: él era un corruptor.

1. Nombre de tres consonantes del alfabeto árabe que se corresponden con los sonidos castellanos de la «te», la «ese» y la «eme». En el mismo texto coránico es un misterio a qué aluden, por lo que nunca se traducen. (*N. de la T.*)

Pero Nos queremos agradecer a aquéllos a los que humilló en Egipto, hacerlos líderes religiosos, hacerlos los herederos.»

Caía una tromba de agua que aullaba en el patio de luces, pero yo, arropado en la bata, estaba en mi somnolienta habitación en una semioscuridad que no permitía adivinar la hora. Oí que una mano llamaba a la puerta pidiendo permiso para entrar. Apareció madame sonriente y se sentó frente a mí en el taburete sobre el que yo estiraba a veces las piernas. Entonces me dijo mientras luchaba por contener la risa:

-Le voy a dar una noticia increíble...

Cerré el libro y lo puse sobre la cómoda murmurando:

-Espero, querida mía, que sea buena.

-¡Sohra ha decidido aprender a leer y escribir!

La miré estúpidamente. No entendía nada.

-¡De verdad, quiere estudiar, me ha dicho que se irá una hora todos los días para recibir la lección!

Yo tan sólo pude decir:

-Eso es realmente extraordinario...

-Aquí, en nuestro mismo edificio, en la quinta planta, vive una familia con una hija que es maestra, y ya ha hablado con ella.

-Lo repito: es una decisión realmente admirable...

-Bueno, yo le he dicho que por mi parte no hay inconveniente, aunque me da pena que se le vaya a ir todo el sueldo al bolsillo de la maestra...

-Es hermoso que se preocupe por ella, pero yo, lo único que puedo decir es que sigo absolutamente pasmado...

Cuando por la tarde Sohra me trajo el café le reproché:

-¡Ah, pillina, no me cuentas tus secretos!

Me miró con timidez:

-No, no, yo no le guardo nada a usted...

-¿Y lo de aprender a leer y escribir? Dime, ¿cómo es que has pensado en tal cosa?

-Hoy día todas las chicas estudian, se las ve por cualquier sitio...

-Bueno, pero ¿por qué ahora?

La chica se rió y yo sugerí:

-Quizás te dijiste a ti misma que tú eras más hermosa que ninguna, así que, ¿por qué ellas sí y tú no?

Sin decir palabra me dirigió una mirada radiante. Yo continué:

-Pero ésa no es la única razón...

-¿Y qué más puede haber?

Callé unos instantes y luego concluí:

-Pues nuestro amigo Sarhán Albuheiri.

Se puso roja y bajó la mirada. Compadecido, le dije:

-Lo de aprender es una idea estupenda, pero Sarhán...

No sabía si hablar con franqueza, pero ella me animó:

-¿Sí?

-¡Estos jóvenes lo quieren todo, Sohra! ¡Son ambiciosos, unos trepas!

Ella parecía contrariada:

-Todos somos hijos de Adán y Eva, ahora todos somos iguales...

-Eso es cierto, pero...

-El mundo está cambiando, ¿no es verdad?

-Cierto, el mundo está cambiando, pero ellos ni siquiera han empezado a hacerlo...

Se quedó pensativa y luego añadió:

-Cuando ya sepa leer y escribir aprenderé un oficio, por ejemplo, modista.

Tenía miedo de que si hablaba más heriría sus sentimientos, así que le pregunté para suavizar lo dicho:

-¿Te arna de verdad?

Inclinó la cabeza con un gesto afirmativo y yo entonces le deseé:

-Pues que Dios te proteja, niña mía, y te haga dichosa...

De vez en cuando la ayudaba en su entrada al ajeno para ella mundo de las palabras y los números. Todos conocían su decisión y se hablaba bastante de ello, pero a ninguno se le ocurría bromear sobre el tema, al menos delante de mí. Creo que en general apreciaban a Sohra, aunque cada cual a su manera. Tolba Marsuq hacía un completo seguimiento de los asuntos de la joven, no se le escapaba nada. Un día me soltó:

-¿Sabes cuál sería la solución perfecta para ella? Que algún día se hospedase aquí un productor de cine... ¿Qué te parece?

Farfullé una maldición.

En cierta ocasión me dirigí por la tarde a mi lugar habitual en el vestíbulo y vi a Sohra sentada en el diván al lado de una chica desconocida. De una ojeada comprendí que era la maestra. Una chica bonita y con cierto aroma a campo. Había bajado a la pensión porque había visitas en su casa. Como siempre ocurría con alguien nuevo, madame le estaba haciendo un auténtico interrogatorio, de manera que pudo enterarse de algunas de las cosas que quería saber. Más tarde nos contó que vivía con sus padres y que tenía un hermano que trabajaba en Arabia Saudita. La maestra volvió alguna que otra vez, y siempre elogiaba la aplicación de su alumna.

Un día -Sohra venía con el café de la tarde- le noté un gesto adusto en la cara. Le pregunté por su salud y me respondió con indiferencia:

-¡Como una muía!

-¿Y las clases?

-Por ese lado tampoco tengo queja...

Pregunté ansioso:

-Entonces, ¿no queda más que nuestro amigo Albuheiri!

Se quedó un rato callada como si estuviera escuchando el repiqueteo de la copiosa lluvia. Finalmente le dije:

-Sohra, no soporto verte apenada...

Me respondió:

-Gracias, monsieur Ámer, sé que es usted sincero...

-¿Qué ha pasado?

-¡Que tengo muy mala suerte!

-Te lo dije desde el primer día...

-No es tan simple como se imagina...

Me miró afligida y me preguntó vehementemente:

-¿Qué puedo hacer? Lo amo, ¿qué puedo hacer?

-¿Estás segura de que te ha mentido?

-No, no es eso, él también me quiere, pero siempre está hablando de los obstáculos.

-Pero un hombre, si de verdad ama...

Ella insistió:

-Me quiere, monsieur Ámer, pero ¡siempre está hablando de las dificultades!

Le dije con ternura:

-Y tú, ¿por qué tienes que aguantar ese trato? Debes reflexionar, para saber qué es lo que quieres y así poder encontrar tu propio camino.

Cuando se iba me dijo:

-¿De qué me sirve saber qué es lo que quiero, si después me doy cuenta de que no puedo hacerlo? Lo amo, monsieur Ámer, y eso ya no tiene remedio...

-Excelencia, ¿cómo ha podido usted?

Me cortó secamente:

—Tenía dos opciones: o bien coger el préstamo que el Banco de Crédito Agrícola¹ me daba con la condición de anunciar mi salida del Wafd, o bien la ruina.

—Muchos habrían escogido lo segundo.

Gritó fuera de sí:

-¡Cállate! Tú nunca has tenido tierras, no sabes lo que eso significa; ni hijos, y tampoco entiendes lo que un padre puede llegar a sentir..., a mí me han torturado, he sido encarcelado en el cuartel de Qasr Annil..., pero todo eso se desvanece cuando pienso en mi hija, que es lo que yo más quiero en este mundo...

Madame llegó y me dijo susurrando:

-Venga conmigo, la familia de Sohra está aquí.

Fui con ella al vestíbulo y vi a la hermana y al cuñado de la chica sentados y a ella que, de pie en medio de la sala, los miraba con acritud y obstinación. El hombre estaba diciendo:

-Gracias a Dios te viniste con madame, pero es una deshonra para todos que te escaparas.

Su hermana asintió:

-Nos has puesto en evidencia delante de la aldea entera...

Sohra dijo con rabioso desafío:

-¡Yo no tengo ninguna atadura ni con nada ni con nadie!

-Si el abuelo pudiera viajar, ya verías...

-¡Desde que mi padre murió, no me queda nadie en el mundo!

i. Fundado en 1931, por lo tanto, en esta conversación no interviene Saad Zaglul, que murió en 1927. (N. de la T.)

-¡Qué vergüenza...! ¿Es que el abuelo estaba cometiendo algún crimen porque quería casarte con un hombre acomodado?

-¡Me quería vender, eso es lo que quería!

-¡Que Dios te perdone...! Venga, te vienes al pueblo.

-No me iría con vosotros ni aunque los muertos resucitasen.

Su cuñado se disponía a hablar pero ella reaccionó antes:

-¡Y tú no te metas!

Señaló hacia madame diciendo:

-Trabajo aquí honradamente y vivo de lo que me gano con el sudor de mi frente.

Me dio la impresión de que, de haber podido, a ambos les habría encantado decir claramente lo que pensaban sobre madame, la pensión y aquella estatua de la Virgen. Madame intervino:

-Sohra es hija de un hombre al que yo apreciaba y respetaba, la trato como si fuera mi propia hija, así que aquí es bienvenida si desea quedarse.

Madame me miró, espoleándome a hablar, y dije:

-Sohra, piénsalo con serenidad, y después decide lo mejor para ti.

Pero ella insistió:

-¡Ni aunque los muertos se levantasen de sus tumbas!

El intento había resultado un fracaso. El hombre cogió a su esposa y camino de la puerta le siseó a la joven:

-¡Sería de justicia que te matasen!

Nos pusimos una y otra vez a discutir sobre lo que había ocurrido, hasta que Sohra me pidió:

-Monsieur Ámer, quisiera oír lo que sinceramente piensa usted.

Yo le contesté:

-Me gustaría que volvieses a tu aldea.

-¿Que vuelva a la mezquindad y a la humillación?

-He dicho «me gustaría» en el sentido de que si lo hiciese, fuese para bien tuyo.

-Amo el campo y la aldea, pero no me gusta la miseria.

Aprovechó entonces que madame se había ido por algún asunto particular y me dijo con tristeza:

-Aquí es donde están el amor, el aprendizaje, la pulcritud, la esperanza.

Entendía su abatimiento. Como ella, yo también había salido con mi padre de la aldea. Como ella, yo amaba el pueblo pero me angustiaba vivir allí. Y fui autodidacta, al igual que ella quería ser. Como ella, se me acusó en falso y la gente dijo que merecía morir. Como ella, me sentía fascinado por el amor, el aprendizaje, la pulcritud, la esperanza. A Dios le pido que seas más feliz y afortunada que yo, Sohra.

Nos estábamos acercando al final del otoño, pero el clima de Alejandría era caprichoso y a veces nos concedía un respiro con mañanas luminosas y cálidas. En una de éstas en las que se podía gozar con los rayos del sol que caían desde el cielo azul puro, Mahmud Abualabbás, el vendedor de periódicos, me sonrió. Estábamos en la plaza Arrámal delante de su abigarrado puesto que revistas y libros llenaban de color. Me sonrió y me interpeló:

-¿Señor...?

Pensé que a lo mejor había algún error en la cuenta. Lo miré inquisitivamente mientras él situaba su enorme cuerpo frente a mí. Continuó:

-El señor vive en la pensión Miramar, ¿no?

Asentí con un movimiento de cabeza y dijo:

-Discúlpeme, ¿en la pensión no hay una joven que se llama Sohra?

Sorprendido, respondí con cautela:

-Sí.

-¿Dónde está su familia?

-¿Por qué me lo preguntas?

-Perdone, es que quisiera casarme con ella...

Pensé unos instantes y luego le conté:

-La familia está en el campo, pero creo que está peleada con ellos... ¿Tú ya has hablado con la chica?

-Bueno, a veces viene a comprar la prensa, pero la verdad es que no me da pie para iniciar ninguna conversación.

Aquella misma tarde visitó a madame para pedirle su mano. Después de que el hombre se fuera Mariana habló del asunto con Sohra, pero la joven lo rechazó sin dudarle ni un instante. Cuando llegó a nuestros oídos -de Tolba y míos- el otro comentó:

-Tú la has estropeado, Mariana: le lavaste la cara, la vestiste con tus ropas, y ahora se mezcla con jóvenes bien situados en la vida; la cabeza se le ha llenado de pájaros, todo esto no puede tener más que un final fatal e ineludible...

En nuestro rato de intimidad cotidiana -el café de la tarde- hablamos sobre el tema. Le reproché:

-Tendrías que haber pensado un poco más todo el asunto.

Ella protestó:

-¡Pero usted conoce mis circunstancias y mis sentimientos!

-No hay nada de malo en meditar tranquilamente y consultar a los demás...

La chica me respondió:

-¡Usted me desprecia y cree que no merezco aspirar a algo mejor!

Hice un ademán de rechazo con la mano y dije:

-No, no, Sohra, lo que ocurre es que, como posible marido, lo veo razonable, eso es todo.

-¡Con él volvería a la vida de la que ya huí, en la aldea! No me convencían sus reparos, así que me contó:

-Una vez, sin saber que yo también estaba oyéndolo, escuché cómo le decía a un amigo suyo que a lo mejor hay distintos tipos de hembras, pero que todas comparten una sola esencia, y entre ellas está la mujer, que no es más que otro animal hermoso sin cerebro y sin Dios, y la única manera de hacer de ellas bichos domesticados es el cinturón...

Me miró desafiante y prosiguió:

-¿Es una vergüenza que quiera para mí misma una vida digna?

No supe qué decir. A pesar de que aparentaba lamentar su negativa a la boda, en el fondo sentía una ilimitada admiración por ella. No te fastidiaré más con consejas de viejas... Saad Zaglul solía escuchar a sus mayores, pero después seguía la opinión de la juventud... Ah, querida Sohra, que Dios te proteja.

-¡Están ocurriendo cosas trascendentales a tu alrededor, y tú ni siquiera te enteras, viejo chocho!

Tolba me sonreía maliciosamente al decirme aquello. Estábamos sentados en el vestíbulo sin más compañía que el golpeteo de la lluvia. Le interrogué esperando malas noticias:

-¿Qué está sucediendo?

-¡El donjuán Albuheiri está maquinando a escondidas un golpe de estado!

Me preocupaba el asunto -por su conexión con Sohra-, así que le pregunté a qué se refería, y me dijo:

-¡Además de la antigua diana, ahora está apuntando con mucho cuidado a otra nueva!

-¡Hábíame sin regodearte en las desgracias ajenas!
-Vale, está bien..., ahora le ha llegado el turno a la maestra.

-¿La maestra?

-Exacto. Últimamente he notado cierto intercambio de miradas, y como sabes, mi experiencia en estas cuestiones es proverbial.

-¡Qué vergüenza! ¿Qué tipo de mente calenturienta tienes? ¿Crees que tus retorcidos pensamientos son realidades incuestionables...?

Me contestó riéndose burlonamente y alegrándose de mi dolor:

-Papá Ámer, te invito a presenciar los actos de un drama en Miramar.

Estaba resuelto a no creerle, pero la preocupación enturbió mi serenidad. Inesperadamente Hosni Alam nos contó ese mismo día la pelea que tuvieron Sarhán Albuheiri y Mahmud Abualabbás, el vendedor de periódicos, en la misma plaza Arrámal. Conjeturar las razones que había tras aquella riña era posible, pero imaginarme cómo habían llegado a desembocar en semejante resultado estaba completamente fuera de mi alcance. Hosni dijo:

-No pararon de pegarse hasta que intervino la gente. Tolba Marsuq le preguntó:

-¿Tú lo viste con tus propios ojos?

-No, me enteré poco después de que ocurriese.

Madame preguntó compasiva:

-¿Llegó el asunto hasta la comisaría?

-No, no, simplemente acabó con un torrente de insultos y amenazas.

Sarhán no nombró el suceso, así que nosotros evitamos mencionarlo. Volví a pensar sobre lo que Tolba me había dicho acerca de Sarhán y la maestra... La aflicción y la inquietud se apoderaron de mí.

«Para un marinero, la lealtad es una perla.

Lágrimas de mis ojos, ¡auxiliadme!»

Con aplausos y gritos le pedíamos que repitiese el estribillo una y otra vez, y él cantaba y cantaba hasta que el alba rompió. Aquella noche yo estaba pleno de juventud y vigor, de comida y vino, pero mi corazón sufría a solas los secretos de su congoja.

Soñé con la muerte de mi padre.

Estaba profundamente dormido, justo antes del amanecer. Los vi, lo cogían del pórtico de la mezquita Abialabbás, donde le había alcanzado la muerte. Después lo llevaban a casa. Lloré. En mi oído retumbaban los gemidos de mi madre, y así siguieron hasta que abrí los ojos.

Dios mío, ¿qué ocurre afuera? ¿Como la vez anterior? La pensión Miramar se está convirtiendo en un campo de batalla.

Cuando salí todo se había acabado. Mariana me vio y se acercó a mí como pidiendo socorro. Entramos en mi habitación, y ella no paraba de gritar:

-¡No puede ser, no puede ser! ¡Al infierno con todos ellos!

La miré con ojos cargados de sueño y se puso a contarme la nueva historia. La despertó el alboroto de una riña, entonces salió de su dormitorio y se encontró a Sarhán Albuheiri y Hosni Alam pegándose.

-¿Hosni Alam?

-Sí, ¿por qué no?, también él tenía que tomar parte en la locura, ¿no?

Le pregunté contrariado:

-Pero ¿con qué motivo?

-Ah, tendríamos que volver a atrás, a algún hecho que no he presenciado porque, al igual que el resto, estaba profundamente dormida.

-¿Y Sohra?

-Lo que me ha contado es que Hosni Alam volvió borracho y que intentó...

-¡No...!

-Monsieur Ámer, yo la creo.

-También yo, ¡pero Hosni! No se le notaba que...

-Bueno, no nos podemos dar cuenta de todo. Sarhán se despertó en el momento justo, y ya después, pasó lo que pasó.

-¡Dios mío, qué pena!

Se frotó la garganta como si quisiera hacer desaparecer el dolor que sentía por haber gritado tanto, y volvió a decir:

-No... ¡Que se vayan todos al infierno!

Yo le dije enfadado:

-Como mínimo, Hosni Alam debe marcharse.

No respondió a mis palabras, ni tampoco mostró mucho entusiasmo. Después salió de mi cuarto con el gesto de la cara hosco. Cuando al día siguiente Sohra me trajo el café, intercambiamos una mirada llena de significado. Yo murmuré:

-Me siento muy apenado, Sohra.

Ella contestó con furia:

-¡Un desgraciado sin decencia ni caballerosidad!

-La verdad es que este sitio no es el más apropiado para ti...

-¡Siempre he podido defenderme yo sola, y así lo hice!

-Pero ésta no es la vida tranquila y segura que se espera y se desea para una buena chica como tú.

Pero la joven zanjó obstinada:

-¡En todas partes hay sinvergüenzas depravados, hasta en la aldea!

Salí de la pensión tras días de haber estado retenido en su interior a causa del frío, las ventoleras y las cataratas de lluvia. Unos días terribles en los que cada cual se había replegado en su habitación, a pesar de las reiteradas ofensivas de las tormentas contra nuestras trincheras: el agua azotaba las ventanas, las paredes se habían estremecido con el retumbar de los truenos; los relámpagos, restallado como bombas incendiarias, y los vientos, ululado endemoniados.

Cuando dejé la pensión encontré la otra cara de Alejandría, la que, calmada tras la furia, recobraba la dulzura de carácter. Recibí con gratitud los rayos dorados, miré las olas que se sucedían inocentemente, y las pequeñas nubes algodinosas que, esculpidas sobre el cielo, caían una sobre otra como respiraciones entrecortadas. Me senté en el Trianón para beber un café con leche como solía hacer en tiempos pasados con el bajá Garabli, el sheij Gawish y madame Labrasca, la única extranjera que he catado. Tolba Marsuq se sentó un rato conmigo y después se dirigió al vestíbulo del Windsor para encontrarse con un viejo amigo. De repente apareció Sarhán Albuheiri, me saludó y, tomando asiento, dijo:

-¡Qué feliz coincidencia! Permítame que me despida de usted, quizás no le vea más tarde cuando me vaya de la pensión.

Le pregunté sorprendido:

-¿Has decidido trasladarte?

Asintió con su profunda voz:

-Sí, me voy, y si me hubiera marchado sin despedirme de usted, lo habría sentido mucho.

Le di las gracias por su gentileza, aunque había ciertas preguntas que me estaban importunando. Pero no me dio la ocasión de seguir hablando pues agitó la mano hacia una persona que se acercaba, se despidió de mí y se fue.

Apesadumbrado, me pregunté con inquietud: «¿Y qué pasa con Sohra?».

Agarró con fuerza las rejas de la jaula donde se sientan los acusados mientras escuchaba la sentencia del tribunal; después, el mayor proxeneta de la ciudad gritó con toda la potencia de su voz:

—¡Estaréis contentos!, ¿eh, hijos de perra? ¡Y tú también, Naima, puta de oficiales!

Cuando volví a la pensión me encontré en el vestíbulo a madame, a Tolba Marsuq y a Sohra inmersos en una nube de aflicción que delataba sin tapujos el tormento que sentían. Me senté en silencio. Ahora estaba clara la respuesta a aquella cuestión que le habría querido plantear a Sarhán. Madame me dijo:

-Finalmente, han salido a la luz las verdaderas intenciones de Sarhán...

Yo musité:

-Hace una hora que lo he visto en el Trianón y me contó que iba a dejar la pensión.

-En realidad lo he echado de aquí.

Y señalando a Sohra prosiguió:

-La ha ofendido sin ningún tipo de miramiento; dijo que se iba a casar con la maestra.

Miré a Tolba, que me devolvió la mirada y comentó sarcásticamente:

-Parece que por fin se ha dejado atrapar...

Madame comenzó de nuevo:

-Nunca me sentí totalmente tranquila con él, lo calé desde el primer momento, un ser malvado y sin moral...

Y tras una pausa, continuó:

-Monsieur Mansur Bahi intervino y de pronto estalló una nueva pelea, entonces, a gritos, le dije claramente que se fuera y que no volviera más.

Miré a Sohra apenado. Estaba convencido de que el juego se había acabado, y de que el muy canalla se había ido sin castigo. La furia me traspasó como en los tiempos amargos de mi pasado, pero intenté consolar a la joven:

-Es un miserable, y no se merece ni una sola lágrima.

Cuando me quedé a solas con Tolba, me lamenté:

-¡Ojalá hubiera aceptado casarse con Mahmud Abualabbás!

Él me replicó como quien despierta a alguien de su siestecita:

-Pero ¡hombre de Dios! ¿Qué Mahmud? ¿Es que aún no sabes que la chica ha perdido algo irrecuperable?

Fruncí el entrecejo a modo de protesta. Me quedé pasmado. Irónico, él continuaba:

-¿Dónde tienes la cabeza, viejo chocho? Y la perspicacia, ¿dónde la has dejado?

-Sohra no es como las demás...

-¡Dios, qué bendito inocente!

Estaba indignado contra él, pero la duda comenzó a abrirse paso. Me dije con profunda tristeza: «¡Qué lástima!».

Tolba volvió a hablar:

-Madame fue la primera que me comentó la cuestión, aunque yo no necesitaba que lo hiciera.

-¡Qué mujer más ruin!

-Bueno, como ya sabes, ella siempre ha estado dispuesta a protegerla... o a aprovecharse de la joven, según se mire.

Dije iracundo:

-¡No hará ni una cosa ni la otra, lo juro por Dios!

Llegó nuestra cita de la tarde en medio de una tristeza impresionante. Me rogó que no le recordara mis antiguos consejos, que no le reprochara ni la acusara de nada. Le contesté que no se preocupara, que no lo iba a hacer, pero que tenía que enfrentarse a su futuro con la valentía que ella sabía tener.

-¿No se habrá enfriado tu entusiasmo por aprender?

Sohra aseguró con resolución, aunque sin la menor alegría:

—No, no, encontraré una nueva maestra...

Yo susurré:

-Si necesitas alguna ayuda...

Se inclinó sobre mí hasta besar mis hombros en señal de cariño y respeto; después se mordió los labios para contener las lágrimas. Extendí mi apergaminada mano de abultadas venas hasta rozar con ternura su negro cabello y musité:

-Mi niña Sohra, que Dios te proteja...

Aquella noche permanecí en mi habitación, presa de una absoluta sensación de agotamiento, y durante unos cuantos días el cansancio me postró en cama. Madame me animaba y me insistía en que tenía que ponerme bien para no perderme la celebración de Fin de Año. A propósito de aquello, me preguntó:

-¿Qué le parece? ¿La pasamos en el Monseigneur, como propone el bey Tolba, o aquí?

En un susurro le contesté indiferente:

-Es mejor aquí, querida.

Cómo la había celebrado en el Sault, en el Groppi, en el Alf Leila o en los jardines del Lipton..., y también la pasé un año preso en la cárcel militar de la Ciudadela.

La tercera mañana de mi retiro madame irrumpió en mi cuarto absolutamente fuera de sí y entre jadeos me soltó:

-¿No ha oído la noticia?

Y mientras se hundía en el sofá, añadió:

-¡Han asesinado a Sarhán Albuheiri!

Yo chillé:

-¿Cómo?

-¡Han encontrado su cadáver en el camino que lleva al Palma!

A continuación llegó Tolba Marsuq agarrando nerviosamente el periódico mientras decía:

-Es una noticia realmente incómoda, quizás nos cause problemas imprevisibles...

Nos miramos e inútilmente cada cual se puso a dar su opinión. Repasamos todas las posibilidades: su primera novia, Hosni Alam, Mansur Bahi, Mahmud Abualabbás, hasta que finalmente madame sugirió:

-Quizás sea alguien que no conocemos.

Yo asentí:

-Podiera ser, nosotros casi no sabemos nada de su vida, ni de sus relaciones, ni sus circunstancias...

Agitada, madame exclamó:

-¡Cuánto desearía que se descubriese al asesino pronto, que éste no tuviera nada que ver con nosotros, y que no apareciera por aquí la cara de ningún policía...!

Tolba Marsuq la apoyó:

-¡Y cuánto lo deseo yo también!

Entonces me interesé por Sohra y madame suspiró:

-La pobre está destrozada, en todo el sentido de la palabra...

Yo pregunté con tristeza:

-¿Se la puede siquiera ver?

-No, está totalmente hundida, se ha encerrado en su habitación y no quiere ver a nadie.

Volvimos a mirarnos y a opinar inútilmente.

Cuando finalmente me quedé a solas, cerré los ojos y recité para mí la azora del Clemente:

«Todo aquél que está sobre la tierra es mortal, tan sólo el rostro de tu Señor permanece, lleno de Gloria y Majestad. Así pues ¿de qué dones de vuestro Señor rene-garéis?»

Hosni Alam

¡Jo, tío, no me agobies!

La lóbrega superficie del mar, congestionada y amoratada, descarga su cólera y la refrena; las olas se agolpan una tras otra, aquélla sobre la anterior, se asfixian, se estrangulan, hierven con eterna furia, sin descanso.

Una revolución. ¿Por qué no? Para educaros, y empobreceros, y arrastrar vuestras altivas narices por el polvo. Oh, estirpe de esclavos, yo soy uno de vosotros, y eso es algo que no tiene solución. Me conocía bien mi prima de ojos azules cuando dijo: «No tiene estudios, y sus cien *feddán* sólo son suficientes para un pobre diablo», tras lo cual se acurrucó a esperar otro semental.

El Paseo Marítimo no se ve desde el balcón del Cecil. Si no me asomo a la barandilla, no es posible verlo: el mar se extiende directamente ante los ojos, como si lo estuviera contemplando desde la cubierta de un barco. A la izquierda lame los pies del castillo de Qaitbai, de manera que el agua queda presa entre el dique del Paseo Marítimo y el rompeolas de piedra, que se levanta frente al mar como un gigante. Entre ambos estrangulan y constriñen la marejada, las olas se baten con pesadez mostrando una superficie negruzca azulona que previene contra la cólera de Poseidón, en cuyo estómago se agitan y disuelven los enigmas de la muerte y sus despojos.

La habitación tiene un aire clásico. Me recuerda el palacete de la familia Alam en Tanta, por eso me angustia. El prestigio de los terratenientes se esfumó y he

aquí que lo que ha llegado es la época de los títulos universitarios que la plebe consigue... Está bien, que sea la revolución. Que os aplanen y os compriman. Por mi parte, declino ser uno de vosotros. Abriré un negocio. Yo, yo no tengo nada que ver con nadie, migajas de estos tiempos podridos.

¡Jo, tío, no me agobies!

Cierto día, mientras Mahmud -el camarero nubio- me servía el desayuno en la habitación, se me ocurrió comentar:

-¡Cómo me aburro en este enorme hotel!

Tenía por costumbre establecer relaciones cordiales con el servicio de los hoteles en los que me hospedaba, comportarme de manera afable y generosa, para cuando pudiera tener necesidad de ellos. Inesperadamente, el hombre me preguntó:

-¿Se quedará el señor mucho tiempo en Alejandría?

-Sí, mucho.

-¿No sería entonces preferible para el señor que residiera en una pensión?

Lo miré con curiosidad y prosiguió:

-Conozco una limpia y decente; en ella el señor tendría más entretenimiento y menos gastos..., aunque le rogaría al señor que esto permaneciera en secreto entre nosotros.

Agradable, servicial... y traidor. Vivía de lo que ganaba en un sitio pero trabajaba en beneficio de otro, como muchos de mis «amados» campesinos. Es cierto que una pensión tiene un ambiente más cálido y familiar; por otra parte, es más adecuado para alguien que está pensando en proyectos a largo plazo. Y en cualquier caso, ¿qué me ha conducido al Cecil si no una vieja y arraiga-

da costumbre, un orgullo al que aún no se le han bajado los humos?

Tras la mirilla de la puerta apareció una bonita cara. Demasiado bonita para ser una criada, demasiado bonita para ser propio de una señora. Qué chica tan guapa. Me ha enamorado a primera vista.

-¿Sí?

¡Una campesina! Extraordinario. El Cecil puede hundirse en medio de las olas negras.

-Vengo de parte de Mahmud, el camarero del hotel Cecil.

Me hizo sentar en el vestíbulo y se fue hacia dentro. Me puse a mirar las fotografías, como punto de partida para ir entrando en relación con los retratados. ¿Quién es ese oficial inglés? ¿Yesa belleza apoyada sobre el respaldo de una silla? No está mal, hermosa y picara. Pero ¡qué fotografía tan anticuada! El estilo de la ropa te hace pensar que es tan vieja como la misma Virgen que tiene al lado.

Llegó una anciana cubierta de oro y con ropa y porte distinguidos. Es la dueña de la pensión, sin duda alguna. El perfecto ejemplo de una alcahueta griega retirada, o quizás aún ejerza, eso espero. Aquélla es su fotografía antes de que el tiempo la ajara. Sí, sí, ahora lo veo claro, Mahmud ha interpretado mis quejas de aburrimiento y las ha traducido a una lengua suya particular. Vale, está bien. Cuanta más diversión haya, mejor será el ambiente para pensar en los nuevos proyectos.

-¿Le queda alguna habitación libre?

-Usted estaba alojado en el Cecil, ¿no?

Sin duda, eso la tenía deslumbrada. Ah, cómo me hubiese gustado que tuviera cuarenta años menos... Le contesté afirmativamente y ella me preguntó:

-¿Cuántos días se quedará usted?

-Por lo menos un mes, aunque quizás se alargue varios.

-Menos la temporada de verano, podemos acordar un precio especial.

-Bien, eso no estaría mal.

-¿Es usted estudiante?

-No, vivo de las rentas de mis tierras.

Cuando llegó el momento de apuntarme en el registro y me preguntó mi nombre le contesté:

-Hosni Alam.

Sin estudios y dueño de cien *feddán* suficientes sólo para un pobre diablo, pero un diablo con suerte porque no conoce ese amor sobre el que los cantantes tanto hablan.

Una razonable habitación con las paredes pintadas de color violeta. Ahí está el mar, que se extiende con un límpido azul hasta el horizonte. La brisa del otoño juguetea con las cortinas, e hilachas de nubes se esparcen por el cielo. Me giré hacia la campesina, que en ese momento estaba poniéndole a la cama sábanas y mantas. El cuerpo fuerte, ágil, muy bien cortado, y si mis dotes de observación no me engañan, aún no ha abortado, ni siquiera ha estado embarazada. En cualquier caso, será mejor que obre con cautela hasta que conozca a fondo los entresijos de este lugar.

-Preciosidad, ¿cómo te llamas?

Respondió con gesto serio en la cara:

-Sohra.

-Bendito sea el que te puso ese nombre...

Moviendo la cabeza aceptó el cumplido, aunque sin sonreír.

-¿Hay más huéspedes en la pensión?

-Sí, dos caballeros ancianos y un joven como usted.

-¿Y con qué apodo cariñoso te llaman?

Respondió cortésmente pero manteniendo las distancias:

-Me llamo Sohra.

Es más seria de lo debido. Sería un adorno fantástico en cualquier apartamento que alquilase en el futuro. Es más bella que la cretina de mi prima, ésa que en vez de aceptarme como marido, ha decidido escogerlo siguiendo los postulados ideológicos que sustentan el Pacto Revolucionario del sesenta y dos...

¡Jo, tío, no me agobies!

-¿Estás realmente hablando en serio'?

—Por supuesto, querida mía.

—Pues yo creo que tú no tienes ni la más remota idea de lo que es el amor...

-¡Ya ves que quiero casarme contigo!

-Me da la impresión de que estás incapacitado para amar...

—Me quiero casar contigo, ¿no quiere eso decir que te amo ?

Y añadí conteniendo la rabia:

-¿ O es que no soy suficiente para ti ?

Y tras pensárselo un momento, respondió:

-Hoy día, las tierras no tienen valor alguno...

Yo, y sólo yo, era el culpable de haberme expuesto a sufrir semejante humillación, así que me fui mientras decía:

-Me voy para que puedas pensar con tranquilidad...

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, conocí al resto de los huéspedes. Allí estaba Ámer Wagdi, un periodista jubilado de ochenta años de edad como míni-

mo; era enjuto, más bien alto, y tenía la cara arrugada, los ojos hundidos, y unos huesos tan descarnados que la muerte ya no iba a tener nada que llevarse a la boca. Su aspecto me causaba repulsión, pero gozaba de una salud envidiable, era asombroso cómo podía estar con vida mientras que generaciones de jóvenes seguían muriendo cada día.

Tolba Marsuq no me resultaba un desconocido. Mi tío había hecho amables comentarios cierto día sobre la confiscación de bienes del pobre Tolba, pero por supuesto, no mencioné nada. Nunca habíamos dejado de estar pendientes de ese tipo de noticias, las seguíamos con pasión libidinosa y aterradora, como si fueran películas de miedo. Me preguntó:

-¿Eres de los Alam de Tanta?

Le dije que sí con oculta alegría. Prosiguió:

-Yo conocí a tu padre, era un excelente terrateniente, un buen conocedor de sus tierras.

Entonces se volvió hacia Ámer Wagdi, que en aquel momento se estaba levantando de la mesa, y comentó riéndose:

-¡Y, Dios lo tenga en su gloria, no tuvo que soportar mucho tiempo la influencia de esos bufones!

Como vio que yo no entendía lo que quería decir, aclaró:

-Me refiero a los del Wafd.

Le corregí despreocupadamente:

-Por lo que yo sé, él era del Wafd cuando todo el mundo lo era.

Aprobó mis palabras con un gesto y volvió a interpealarme:

-Creo que tienes hermanos, ¿no?

-Sí, un hermano, que es cónsul en Italia, y una hermana, casada con nuestro embajador en Etiopía.

Resopló como un caballo y entonces me preguntó:

-¿Y tú?

En aquel momento lo aborrecí hasta el punto de desearle que muriese ahogado o quemado, pero respondí con aparente desdén:

-Yo, nada...

-¿No cultivas tus tierras?

-Las tengo arrendadas, como usted sabe. En cualquier caso, estoy pensando en abrir algún negocio...

Sarhán Albuheiri -el tercer huésped y jefe de contabilidad de la Compañía de Hilaturas de Alejandría- seguía atentamente la conversación, al igual que la vieja madame. Sarhán me preguntó:

-¿Qué tipo de negocio?

-Todavía no lo he decidido.

-¿Y no sería más seguro que te emplearas en alguna dependencia del gobierno?

También a él, el último, lo odié en aquel momento. Tenía un ligero acento rural pegado a su boca como el tufo de la comida en un plato mal lavado. Era un bestia al que Mervat, la imbécil de mi prima, no le podría reprochar el no tener estudios o cultura. Como me pregunté sobre mis inexistentes estudios universitarios, le tiro la taza del té a la cabeza.

—¿De dónde te ha venido ese repentino entusiasmo por la revolución?

—Tío, soy un auténtico convencido...

-No te creo.

-Pues es completamente cierto, no lo dudes.

Se rió con frialdad y dijo:

-Parece que la negativa de tu prima Mervat ha acabado con el poco seso que tenías...

Respondí con desprecio:

-La idea del matrimonio no fue más que una ocurrencia pasajera.

Y él replicó con igual desprecio:

-Tu padre, Dios lo tenga en su gloria, parece que te dejó en herencia su testarudez, pero no su sabiduría...

Cuánto me incitaba la ira a atacar la revolución ejemplificada en la persona de Sarhán, el aprovechado, pero no me dejé llevar por la precipitación. La vieja madame me preguntó:

-¿Por qué no nos habla un poco más de esos proyectos?

-Porque aún no los he meditado bien.

-Entonces, ¿es usted rico?

Sonreí confiado, sin responder, y ella empezó a mirarme con interés.

Sarhán y yo salimos juntos de la pensión y subimos al ascensor. Se puso a observarme con una sonrisa en los ojos, aparentemente invitándome a estrechar la relación, de manera que mi rencor hacia él disminuyó un tanto. Comenzó a decirme, como si quisiera arreglar su error del desayuno -aunque sin ser consciente de ello, claro.

-Hoy en día ser funcionario es más seguro que lo que solía ser, pero tener un negocio propio, si se elige bien...

Salimos del ascensor antes de que le diera tiempo a acabar la frase, pero su tono conciliador le ahorró tener que añadir más. Nos separamos cada uno por su camino, él a la parada del tranvía y yo al garaje. Pasé por de-

lante del café Miramar, ubicado en los bajos del edificio, y recordé aquella vez que había estado allí con mi tío, antes del desastre. Mi tío solía pasar las tardes fumando el narguile, y envuelto en una *abaya*¹ no muy ostentosa -como si fuera un rey disfrazado de ropas populares- se sentaba rodeado de senadores, diputados y terratenientes. Cierto, aquellos días ya han pasado, pero es que él se merecía lo que le ocurrió, y más.

Conduje mi Ford sin rumbo fijo, tan sólo me guiaba mi eterno deseo de dar vueltas a toda velocidad. Me dije que lo mejor sería no desairar a Sarhán Albuheiri, pues quizás le sacase algún beneficio a su experiencia y a sus relaciones en la ciudad. Salí disparado hacia Azzarita, Ashatbi, Alibrahimía, etcétera, con la velocidad del rayo, ante la que mis vigorosos nervios respondían. Traspasé el aire agradablemente frío y vivificante bajo un cielo ensombrecido por las nubes. El Paseo Marítimo aparecía bordeado por el azul del mar transparente y limpio, ya se había purificado del sudor y el estrépito de los veraneantes... Me dije con obstinación: «Nunca volveré a ti, Tanta, si no es para traerme dinero o para vender tierras, iros al infierno, tú y tus recuerdos».

Giré hacia el poblado Assiyuf, después pasé rápidamente hacia la calle Abi Qir, la mejor de las calles; a medida que aumentaba la velocidad, más alegre y exultante me sentía. Me pregunté con pena dónde estaban las extranjeras, dónde estaba la belleza, dónde los lingotes de oro... Me fui a la sesión matinal del cine Metro. Conocí a una chica en el descanso de la película, en el ambigú. Comimos en el Ornar Aljayyam y después dormimos la siesta juntos en su casa, en Alibrahimía. Cuando

1. Manto tradicional de lana, suelto, largo y normalmente sin mangas, que se usa para protegerse del frío. (*N. de la T.*)

llegué a la pensión por la tarde ya había olvidado su nombre. El vestíbulo y la sala estaban vacíos, así que me di una ducha, y bajo el agua recordé a aquella garbosa campesina. Ya en mi habitación, pedí una taza de té sólo para verla de nuevo. Le ofrecí chocolate. Ella vaciló, pero yo insistía:

-¡No puedes decir que no! Somos como una familia, ¿no?

La miré alegremente. Ella, a su vez, o bien me devolvía la mirada sin ningún tipo de timidez, o bien miraba al suelo... ¿Temerosa? ¿Astuta?

-Sohra, ¿hay muchas como tú en el campo?

Hizo como que no comprendía mi intención y respondió:

-Muchas, claro.

-Sí, pero ¿cuántas hay que sean tan bonitas como tú?

Entonces me dio las gracias por el chocolate y se fue. ¿Temerosa? ¿Astuta? En cualquier caso, ahora mismo no la necesito, y tiene derecho a cierto remoloneo y coquetería..., de la misma manera que es de justicia reconocer lo extraordinariamente bella que es.

¡Jo, tío, no me agobies!

Estuve un buen rato mirando la vieja fotografía de madame hasta que riendo me preguntó:

-¿Le gusta?

Entonces me contó la historia de su primer marido, a la que le siguió la del segundo.

-¿Cómo me ve ahora?

Le dije -al tiempo que le miraba las protuberantes venas de las muñecas y la piel arrugada en capas como las escamas del pescado:

-¡Pues tan hermosa como antes!

Ella suspiró con resignación:

-Las enfermedades me han envejecido antes de tiempo...

Y sin más preámbulos, soltó:

-Pero ¿es prudente que arriesgue su capital en negocios?

-No hay nada malo en ello.

-¿Y si se lo confisca el Estado?

-No, hay negocios que son seguros.

Adiviné que dudaba entre sacar su dinero escondido en el colchón o no, así que dije bromeando:

-Sería estupendo que nos asociáramos en algún asunto lucrativo.

Aparentando sorpresa, se rió:

-¡Yo! ¡Ay, la pensión apenas da para vivir!

En aquel momento se unió a nuestra tertulia el Matusalén del periodismo. Llegó arropado en una gruesa bata, sonriente a pesar de su repugnante vejez, y comentó como si hablara de nosotros dos:

-La juventud busca las aventuras, la vejez persigue la calma.

Le deseé que ya disfrutara de ella y me preguntó:

-¿Has venido a Alejandría por el tema de los negocios?

Asentí y volvió a preguntarme:

-¿Y qué, te lo estás tomando en serio?

-Sí, ya estoy harto de no hacer nada.

Él entonces se puso a recitarme:

-«La juventud, el ocio y las cosas mundanas corrompen al hombre y son insanas.»

¡Pero bueno, si yo odio la poesía tanto como la estupidez esa de los títulos universitarios...! Sentí la superioridad del caballero turcomano que vive entre gentuza. Cierto, a algunos la fortuna los había pulido, un golpe

de suerte que había soplado nuestra vela para apagarla. Y me dije dos cosas: que la revolución era un fenómeno tan extraordinario como los desastres naturales, y que yo era como quien intenta poner en marcha un coche sin batería.

De repente un nuevo joven apareció por detrás del biombo en dirección a la puerta de la calle. Madame lo invitó a sentarse y lo presentó diciendo:

-Monsieur Mansur Bahi.

Un locutor de Radio Alejandría. Otra nueva licenciatura universitaria con un rostro apuesto y delicado, pero carente de virilidad. Él también era de la gentuza pulida. En esa introversión que tiene hay algo que incita a darle un puñetazo. Le pregunté a madame después de que se fuera:

-¿Huésped por unos días o permanente?

Ella respondió con orgullo:

-Permanente, querido, permanente; yo no admito gente de paso.

Sohra volvió entonces de la tienda con una pesada bolsa de plástico. Mis ojos la siguieron con voracidad mientras se alejaba. La ciudad estaba abarrotada de mujeres, pero esta chica excita mis instintos más primarios...

¡Jo, tío, no me agobies!

-Entonces, ¿por fin te has enamorado ?

-Tía, no hay ni amor ni pasión, simplemente es un buen partido; además, es de la familia, y me apetece casarme.

-Bueno, sea lo que sea, tú eres un joven al que cualquier chica desearía.

Los conciertos de Umm Kulzum son especiales hasta en la pensión Miramar. Comimos, bebimos y reímos. Nos metimos a fondo en todos los temas, incluso en política. Pero ni el mismísimo vino podía vencer el sentimiento de miedo. Ámer Wagdi se lanzó a hablar sobre una gesta de leyendas gloriosas de las que nadie había sido testigo excepto su propia conciencia. Ese hombre en ruinas se empeñó en convencernos de que había sido un antiguo héroe. Ah, vaya, ¿entonces no hay nadie normal en este maldito mundo...? Igualmente no hay un solo individuo que no esté entusiasmado con la revolución, hasta Tolba Marsuq, hasta yo mismo. Tenemos que estar alerta. Sarhán se aprovecha; por su parte, es más que probable que Mansur sea un informador, incluso el viejo Ámer, ¿quién sabe? Y la misma madame, no se puede descartar que los servicios de seguridad no le encarguen algún tipo de vigilancia. Cuando Sohra me trajo la botella de soda le pregunté:

-Ya ti, Sohra, ¿qué te parece la revolución?

Madame intervino:

-Ah, tendría usted que ver la fotografía de Náser que tiene colgada en su habitación...

¿Debo interpretar eso como un permiso para escurrirme en el dormitorio de la chica? A pesar de que el güisqui nos había fundido en un crisol de cálida familiaridad, sentía que era un sentimiento pasajero y que lo seguiría siendo. No podía haber verdadera amistad entre Sarhán, Mansur, y yo. Afecto pasajero que se esfumaría como se fue la chica a la que recogí del ambigú del cine Metro. Me dije que tenía que encontrar algún negocio para consumir en él mis energías y llenar mi tiempo, si no, me exponía a cometer alguna estupidez ilegal o algún crimen de sangre acorde con la situación. Era inquestionable que seguiría soltero el resto de mi vida, sim-

plemente para no tropezarme de nuevo con la palabra «no», además de que no existía una chica lo bastante buena para mí en esta sociedad nuestra en vías de desarrollo. En fin, después de todo, también puedo pensar en las mujeres como si fueran un harén ambulante para mi placer, y en tener una criada excepcional que llene el vacío de mi futuro apartamento, una sirvienta como Sohra, no, no, la mismísima Sohra en persona. Ella me lo agradecerá de todo corazón, y podrá ejercer de ama de casa pero sin las penurias de los embarazos, los niños y la crianza. Es bonita, y seguro que la bajeza de sus orígenes la ha preparado para soportar mis ocurrencias y mis voraces apetencias. Bueno, la vida es aceptable a pesar de todo, parece que promete algún que otro momento de felicidad.

Sarhán nos contó tantos chistes que nos acabamos revolcando por el suelo de la risa; incluso Mansur, de vez en cuando, estallaba en carcajadas, pero rápidamente se batía en retirada a su concha.

¡Escuchad! ¡Leed esto! ¡Es nuestra condena de muerte! ¿Es que los ingleses se van a quedar cruzados de brazos hasta que nos invada el comunismo? ¿Quién se ha creído este Násir que es?

Empezó el concierto y con él nuestra dispersa atención se reagrupó. Como de costumbre, me sentí presa de la angustia. Ciertamente, puedo seguir una o dos frases musicales, pero después se me agarrotan los músculos de aburrimiento. Ahí están ellos, entusiasmados con la música, y aquí estoy yo, hundiéndome en el tedio. Lo que verdaderamente me asombra es que a madame le gusta Umm Kulzum como al resto... Quizás se dio cuenta de mi sorpresa, porque me comentó:

-Llevo escuchándola toda una vida.

Tolba Marsuq, ensimismado en la música, se inclinó hacia mí y musitó:

-Gracias a Dios, no me confiscaron el oído.

Matusalén había entrecerrado los ojos y no se sabía si estaba escuchando o en coma profundo. Mi mirada se aposentó sobre Sohra, sentada al lado del biombo. Es realmente preciosa, pero ¿está escuchando? ¿En qué piensa? ¿Qué esperanza la tiene seducida? ¿Quizás es que la vida la deja perpleja como a mí? De repente se fue hacia el interior, y mientras los demás seguían extasiados, yo me levanté y fui hacia el cuarto de baño para encontrármela por el pasillo. Acaricié su trenza y le murmuré:

-Sólo tu cara es más bella que la música...

Se asustó y se puso rígida. Yo avancé para abrazarla, pero me contuve ante su fría mirada de advertencia.

-¡Mi espera se está alargando demasiado, Sohra!

Retrocedió con agilidad y volvió a su asiento. Está bien. En el palacete Alam, en Tanta, hay decenas de chicas como tú, ¿o es que no lo entiendes? ¿Tampoco para ti son suficientes mis estudios, so mierda asquerosa? Eso es lo que eres, una mierda de vaca... Volví a mi sitio y con artificiales exclamaciones de admiración por unas canciones que no había escuchado, disimulé la ira. Entonces me asaltó el perentorio deseo de proclamar mi opinión, de ser fiel a mí mismo -aunque fuera una sola vez- en esta tediosa y larga velada. Pero no lo hice. En el descanso del concierto aproveché que los congregados se habían dispersado temporalmente y me fui.

Salí disparado en el coche hacia el Cleopatra. Hacía una noche fría y tormentosa, pero yo estaba ardiendo por el calor del vino. Me dirigí a la casa de una alca-

hueta maltesa a la que frecuentaba las noches de verano. Se sorprendió al verme a aquella intempestiva y despoblada hora, y me dijo:

-Estoy sola en casa, y ahora no puedo llamar a ninguna chica.

Se quedó frente a mí en camisón. Tenía cincuenta años o más y era gorda y fofa, pero no le faltaba cierto aire femenino, incluso con aquella pelusa que le sobrevolaba los labios como si fuera un bigote. La empujé hacia dentro mientras ella decía atónita:

-¡Pero bueno! ¡Ahora no estoy preparada!

Y le dije riendo:

-Eso no tiene importancia, nada tiene importancia.

Después de hacerlo, nos pasamos una hora parlotando hasta que me preguntó qué me había llevado a Alejandría, y cuando le conté mis planes me dijo:

-En estos días hay mucha gente que está liquidando sus negocios y se está yendo.

Le contesté con un bostezo:

-No quiero fundar ninguna empresa, ni tampoco una fábrica.

-Entonces busca a algún extranjero que te convenga y coge su sitio.

-No es mala idea, pero tengo que estudiar todas las posibilidades.

De vuelta a la pensión la lluvia caía a chuzos; el camino se veía con dificultad a pesar del rápido vaivén del parabrisas. Y me dije, irritado, que estaba dejando pasar el tiempo inútilmente.

Es hermosa; a pesar del tufo a cacerolas, es hermosa.

-Un terrón de azúcar, por favor.

Con aquello le estaba indicando que disolviera el

azúcar en el té, de manera que permanecería un minuto más en mi habitación.

-Has sido muy seca conmigo, Sohra.

-En absoluto, es usted el que ha sobrepasado los límites.

-Sólo quería expresarte mis sentimientos.

Entonces respondió con hiriente sinceridad:

-Yo estoy aquí simplemente por el trabajo.

-Por supuesto, eso ya lo sé.

-Pero, por lo que parece, usted no se lo cree.

-¡No, Sohra, me has malinterpretado!

—Usted es un buen hombre, así que séalo también conmigo...

Se fue mientras mi voz la perseguía:

-¡Siempre te amaré!

«Ven conmigo, hoy no vas a hacer lo acostumbrado...» Un día terrorífico, reproches y censuras de mi hermano, críticas y amonestaciones de mi tío: la escuela, la escuela... «Vamos a coger el camino de las plantaciones», es un recorrido largo y confuso, hacia el norte y hacia el sur, de noche y de día; en cada pueblo nuestros campesinos nos ofrecían comida y bebida, «Ya no soy un niño, ya no soy un niño...».

Os he visto, os he visto a los dos juntos.

En el corredor, frente al cuarto de baño, os he visto. Así que es él, Sarhán. Pellizcó tu mejilla con ternura, y tu cabeza no se retiró enfadada, tu bello rostro sonreía y emitía una luz olivácea. Tus trenzas se movían coquetas, como la mies en los campos. El otro se me ha adelantado por unos días. No hay nada de malo en ello, en absoluto, si se observa cierta equidad

en el reparto del botín. Aunque yo sólo tenga un día y él, dos.

Estuve riéndome largo rato mientras daba vueltas en mi coche, y gritaba:

-¡Jo, tío, no me agobies!

Llevé a Tolba Marsuq al Trianón y una vez allí me invitó a sentarme con él. De camino a nuestro sitio pasamos al lado de Sarhán Albuheiri, que estaba en un rincón con otra persona, y lo saludamos. Tolba me preguntó cómo pasaba el tiempo y yo le contesté que paseaba en coche y pensaba en mis proyectos de trabajo. Me inquirió:

-¿Tienes experiencia en alguna actividad concreta?

Le respondí que no, y dijo:

-Entonces ten cuidado, no sea que os metáis tú y tu dinero en un hoyo.

-Sí, pero tengo claro que...

-¡Cásate, y aprenderás lo que no hay en los escritos!

Le contesté, reprimiendo a duras penas el enfado:

-¡Tengo claro que voy a seguir soltero y que voy a emprender un negocio!

Señaló en dirección a Sarhán Albuheiri y comentó:

-Ése es un chico listo...

Entonces le pregunté con interés:

-¿Qué sabe de él?

-Tengo un viejo amigo que está en contacto con la Compañía y allí lo describen como «un joven revolucionario», con eso ya te puedes imaginar...

-¿Usted cree que es sincero?

-Vivimos en una selva y las fieras luchan por la supervivencia...

Me entró cierta satisfacción, y él continuó diciendo:

-¡Bajo el uniforme no hay otra cosa que un loco por el lujo!

Le dije resignado y seguro de nuestra soledad como clase:

-Pero hay reformas innegables, ¿no?

Hizo un extraño movimiento con los labios y asertó:

-Tenían como objetivo gentes que aún no habían alcanzado el menor grado de conciencia. Ellos, al igual que nosotros, están bajo la protección del disfraz.

Cuando llegó el momento de volver a la pensión Sarhán vino tras de mí y se montó conmigo en el coche, era como si el maldito no hubiese nacido más que para hacer conocidos y hacerse conocido. A pesar de que lo detesto profundamente, mantendré buenas relaciones con él, quizás me sea útil en un momento de necesidad. Le di un codazo mientras comentaba riendo:

-Menuda conquista, ¿eh?

Me miró sonriendo pero sin entender a qué me estaba refiriendo, de manera que fui claro:

-¡Sohra!

Elevó sus pobladas cejas, pero no bajó los ojos en señal de reconocimiento. Yo insistí:

-Los hombres de campo sois generosos, así que no seas avaro conmigo...

Él replicó taciturno:

-La verdad es que no te entiendo...

Me reí con sarcasmo y le dije:

-Bueno, voy a ser franco, como debe ser entre colegas, ¿le pagas a ella o a madame?

Y empezó a negar:

-No..., no..., no es lo que te imaginas...

-Entonces, ¿cómo debo imaginármelo?

-Es una campesina, una mujer sencilla y buena, ella no..., créeme...

-Vaya, que así sea, entonces. Parece que le he pedido a un coche privado que pare creyendo que era un taxi...

Tío, no le des importancia a semejantes minucias. Mi error ha sido que durante un tiempo he tenido tratos con el enemigo pensando que era un amigo. Pero soy feliz con mi libertad. Mi clase social me arrojó al mar cuando el barco hacía aguas, pero soy feliz con mi libertad. Ningún compromiso me ata. La mayor ventura consiste en no tenerle lealtad a nadie: ni a una clase social, ni a un país, ni a un deber... Y de mi religión, lo único que sé es que Dios es Clemente y Misericordioso.

¡Jo, tío, no me agobies!

Una algarabía inaudita estalló ahí fuera.

Me acababa de levantar de la siesta. Salí al salón, estaba claro que había una pelea en el vestíbulo. Miré por entre la abertura del biombo y vi un espectáculo realmente divertido: una desconocida estaba agarrando a nuestro amigo Albuheiri por el cuello de la camisa y le estaba lanzando todo un chaparrón de golpes e insultos. Sohra, con los nervios tensos, les hablaba apresuradamente e intentaba separarlos. De improviso, la mujer se precipitó sobre Sohra, pero la chica demostró ser un temible contrincante. Le dio un par de tremendos puñetazos que estamparon a la otra por dos veces contra la pared. Además de hermosa, Sohra era un cancerbero de puño de hierro. Me quedé escondido, quería regalarme a mí mismo la mayor cantidad posible de aquel entretenimiento realmente excepcional, pero cuando oí chirridos de puertas salí de mi refugio, cogí a la desconocida por las muñecas

y me fui con ella afuera, aunque yo no tenía puesto más que el pijama y la bata. Con delicadeza la empujé por delante de mí al tiempo que le pedía disculpas y me ponía a su servicio. Esa mujer -no del todo fea- hervía de rabia, fuera de sí insultaba y maldecía, y ni siquiera parecía darse cuenta de mi existencia. La paré en el rellano de la escalera, a la altura del segundo piso, y la conminé:

-Espere un momento, será mejor que se arregle un poco antes de salir a la calle...

Se alisó el cabello y se abrochó como pudo -con una horquilla del pelo- el escote desgarrado. Finalmente, le di un pañuelo mío perfumado para que se lo pasara por la cara.

-Tengo el coche aparcado aquí mismo, si me lo permite la puedo acercar a donde quiera.

Me miró por primera vez. Farfulló «gracias» apresuradamente y bajamos. Se sentó en el coche delante, a mi lado, y le pregunté la dirección a la que quería ir. Ella bisbeó con voz ronca:

-Azzarita...

Nos pusimos en marcha bajo un cielo tan nublado que parecía de noche antes del atardecer. Le dije suavemente, para ir introduciendo el tema poco a poco:

-No es recomendable enfadarse tanto...

Ella gritó:

-¡Ese miserable canalla!

-Pero si tiene pinta de ser un hombre de campo, sencillo y de buen corazón...

-¡Ese hijo de puta asqueroso...!

Le pregunté con leve ironía:

-¿Es su novio?

No respondió. Aún seguía en ascuas. La verdad es que no era del todo fea, con toda probabilidad era, de un modo u otro, una profesional. Paré el coche frente a

un edificio en la calle Lido y ella dijo mientras abría la puerta:

-Gracias, es usted una buena persona.

-No me gusta la idea de dejarla sola, quiero quedarme tranquilo de que se encuentra bien.

-Gracias, ya estoy mejor.

-Entonces, ¿esto es un adiós?

Extendió la mano abierta para despedirse y dijo:

-Trabajo en el Genevoise...

Di vueltas en el coche excitado con todas las novedades que había descubierto aquella tarde, aunque el entusiasmo ya se había enfriado incluso antes de regresar a la pensión. El asunto estaba claro, y era una estupidez: se conocieron, se hicieron amantes, el otro la deja y por último, la típica bronca. Ahora él había encontrado a Sohra, y su interés estaba en la nueva historia. La mujer no es del todo fea, quizás la necesite alguna que otra noche... Ah, pero, en cualquier caso, ¿por qué demonios me he molestado en llevarla a su casa?

¡Jo, tío, no me agobies!

El coche vuela sobre el asfalto de las calles cenicientas, las farolas y los árboles de eucalipto se esfuman en dirección contraria. La velocidad reaviva el corazón, así se desembaraza de la indolencia y el aburrimiento. El viento silba y las ramas de los árboles tiemblan y se alborotan enloquecidamente. Lluve a cántaros; los cultivos se limpian y los campos se iluminan con un verde brillante. Desde la fortaleza de Qaitbai hasta la bahía de Abi Qir, desde el barrio de Bahri hasta el de Assiyuf, del corazón de la ciudad a las afueras, todas las calles están pavimentadas, todo está preparado, y yo, yo sólo tengo que deambular por ellas en mi coche...

El tiempo pasa y no doy ningún paso serio para llevar a cabo mis proyectos.

Se me ocurrió dar una vuelta de inspección por los auténticos focos de cultura e ilustración. Visité a una vieja alcahueta en Ashatbi y me trajo una chica aceptable como tentempié de media mañana. Almorcé con una segunda celestina en el Sporting, y ésta me proporcionó una armenia un poco mejor de lo habitual. La trota-conventos de Sidi Gáber se presentó con una joven espléndida de madre italiana y padre sirio, e insistí en que nos fuéramos con el coche por ahí. La chica me advirtió de las nubes que anunciaban lluvia, pero le repliqué que, en realidad, yo estaba deseando que diluviase. En la carretera comarcal en dirección a Abi Qir comenzó a caer tal chaparrón que desapareció todo rastro de ser viviente. Subí las ventanillas hasta arriba y me puse a mirar el agua que caía en torrentes, a los árboles que bailoteaban, al infinito campo abierto. La belleza, asustada, me dijo que era una locura estar allí, pero yo le contesté: «Imagínate dos criaturas como nosotros, completamente desnudos en un coche y, a pesar de ello, seguros de miradas indiscretas, y que se besan al ritmo del estallido de los truenos, con el centelleo de los relámpagos, bajo las cataratas de lluvia»; ella me respondió que aquello era absurdo y yo le propuse: «¿No desearías sacarle la lengua al mundo -y a quién haya sobre él- aprovechando que estás a resguardo de esta furia cósmica?». Ella repetía «Absurdo..., absurdo...» y yo le contesté: «Puede ser, sin embargo, dentro de unos segundos va a ser cierto». Bebí a morro de la botella, y cada vez que retumbaban los truenos yo les gritaba: «Más, más», y le suplicaba a los cielos que vaciaran sus reservas de agua... La belleza auguró: «Quizás se estropee el coche» y yo le respondí: «¡Amén!», y ella, de nuevo: «A lo mejor nos sor-

prende aquí la noche» y yo, otra vez: «Pues que dure para siempre»; ella, finalmente: «¡Estás loco! ¡Estás loco!», y yo, con toda la potencia de mi voz: «¡Jo, tío, no me agobies!».

Durante el desayuno nos enteramos de la increíble decisión que Sohra había tomado de aprender a leer y escribir. Se escucharon todo tipo de comentarios jocosos, aunque prevalecieron las palabras de ánimo. En cualquier caso, la noticia me golpeó en la vieja herida, que se abrió de nuevo. Yo había crecido sin que nadie se cuidara realmente de mí, sin nadie que me guiara, así que tan sólo la diversión y el placer habían sido mis metas. En aquel momento no lo lamenté, pero supe demasiado tarde que el tiempo es un enemigo, y no el aliado que yo había supuesto. Y ahora llegaba esta campesina diciendo que quería estudiar...

Madame me explicó lo que había ocurrido entre la aldea y Alejandría, de manera que comprendí que no era una de sus pupilas; pudiera ser que incluso aún fuera mocita, a menos que Sarhán fuera de éstos a los que les molestaban las vírgenes. Pese a todo, maliciosamente le dije a madame:

-Pues yo creía que Sohra...

Hice un gesto con la mano, y ella rechazó:

-No, qué va, no...

De repente hice como que cambiaba de tema:

-Tiene usted que pensar en nuestra sociedad empresarial.

Ella preguntó con la astucia de una buscona:

-¿De dónde puedo sacar el dinero?

Y volviendo al asunto anterior, susurré con fingida preocupación:

-¿Qué pasaría si quisiera invitar a una amiga aquí?

Movió la cabeza apenada y objetó:

-La pensión está llena, y si se lo permitiese a uno, ¿cómo podría negárselo a otro? Sin embargo, si quiere, le puedo indicar algún sitio...

Cuando me topé con Sohra en el salón la felicité por la decisión que había tomado, y le insinué riendo:

-Aplicáte bien, cuando abra mi negocio necesitaré una secretaria.

Sonrió con alegría hasta el punto de que sus facciones se iluminaron con destellos de felicidad. Lo cierto era que mi deseo no había muerto, de manera que pensé -con el conocimiento previo de que me hartaría de ella en una semana- que al menos esa semana sí era imprescindible, o así me lo parecía en aquel momento.

El coche se puso a recorrer las calles y los barrios. El tiempo estaba sereno, claro y templado hasta el punto de ponerme nervioso. En cualquier caso, y como quiera que disfruto al máximo cuando corro vertiginosamente sin los obstáculos de la ciudad, me dirigí hacia la carretera del desierto y salí disparado a ciento veinte kilómetros a la hora. Después deshice lo andado a la misma velocidad. Comí en el Pam Pam, tras lo cual conocí casualmente a una chica cuando ésta salía de la peluquería. Cuando volví a la pensión por la tarde vi a Sohra sentada con una joven en el vestíbulo y desde el primer momento supe que era la maestra. Madame les hacía compañía y de cuando en cuando miraba a hurtadillas a la profesora. No estaba mal; tenía una ligera curvatura en la espalda que apenas era perceptible y una nariz chata no sólo aceptable, sino incluso atractiva. Era una lástima que una chica como ella no aceptase una noche

de amor pasajera: con señoritas así no se podía si no había por medio una relación larga y estable, y quizás ni siquiera con eso fuese suficiente, porque tenían la mirada puesta en el objetivo final, el matrimonio, pasando por alto el llamamiento revolucionario al control de la natalidad.

Madame me hizo los honores y me presentó -según su costumbre- con todos los atributos, es decir, con los cien *feddán* y los proyectos empresariales, de lo cual me alegré. Había que darle las gracias a la experiencia de tantos años por haber fortalecido la sutil destreza de la vieja en las relaciones humanas.

Vigilé estrechamente las idas y venidas de la maestra a la zona de Mohárram bey, donde estaba su escuela. Mis esfuerzos dieron frutos y una tarde la vi en la parada del autobús. Detuve el coche y le propuse acercarla a su casa. Por unos instantes vaciló, pero el nublado cielo la animó a aceptar mi invitación. Durante el recorrido me estuve quejando de mi soledad en Alejandría y de lo necesitado que me sentía de alguien a quien poder consultar y pedir opinión en todo lo referente a mis proyectos. Cuando ya nos despedíamos, le pregunté:

-Me gustaría tanto que nos viéramos de nuevo...

Ella respondió encantada:

-Y a nosotros recibirle en nuestra casa.

Jo, tío, la verdad es que mi edad y mi dinero me hacen ser el candidato ideal para el matrimonio, por eso me resulta hartito difícil salir con una maestra, una doctora, una locutora, o una funcionaría... Si quisiera extender mi campo de acción con las mujeres, sin duda alguna tendría que engañar sus ojos con un anillo de compromiso ficticio.

No encontré nada mejor en qué ocupar el resto de mi día más que ir a buscar a la alcahueta maltesa en el

Cleopatra y pedirle que llamase al mayor número posible de sus chicas. Pasé una velada increíble y orgiástica, adornada con los más deliciosos escarceos y desatinos, tan sólo comparables en toda la historia de la humanidad con las mil y una noches de nuestro muy amado califa Harún Arrashid¹...

—El pobre nunca ha visto a su madre... Y su padre murió cuando tan sólo tenía seis años... Por eso no puedo ser duro con él...

Él hablaba con calma; mi hermano, por contra, estaba temblando de ira.

Me sentía asediado por los viejos. La verdad es que no me gustaba nada Matusalén, el periodista, y si veo su cara por la mañana -como hoy-, no puedo ni remotamente esperar buenos presagios para ese día. Tolba me preguntó por la marcha de mis proyectos, entonces olí en el ambiente un aroma a incienso y pregunté qué era aquello. Bey Tolba se rió y exclamó:

-¡Tendrías que haber visto a madame mientras daba vueltas por las habitaciones con el pebetero!

La miré diciendo:

-¡Aja, conque le gusta Umm Kulzum y cree en el poder del incienso para ahuyentar los malos espíritus...! ¿No es todo eso demasiado egipcio y vulgar para una dama helena como usted?

Sonrió distraída, estaba completamente absorta en las canciones griegas que sonaban en la radio. Bey Tolba intervino:

i. Califa abasí (786-809), famoso tanto por sus logros políticos y militares como por su amor a los placeres terrenales. (N. de la T.)

-Ahora hay muchos extranjeros que quieren emigrar, tendrías que buscar a alguno para comprarle su negocio.

-Es una buena idea, ¿usted qué piensa, Mariana?

Respondió apresuradamente para no perderse la música:

-Sí..., mire, creo que el dueño del café Miramar está pensando en irse.

Le pregunté:

-¿De qué habla la letra de la canción?

Respondió con picardía:

-De una chica en edad de casarse, y su madre le pregunta qué cualidades debería tener su marido y ella las va enumerando...

Entonces miró primero la fotografía del capitán y luego la de ella misma en su época de juventud y bisbiseó:

-Yo podría seguir siendo una dama hasta hoy y...

-Usted es una señora de los pies a la cabeza.

Ella protestó:

-Quiero decir una dama en el castillo de Alibrahimía.

Matusalén el periodista se volvió hacia mí y me exhortó:

-No dejes pasar el tiempo sin hacer nada.

Lo maldije en mi interior. Hacía un frío intenso en la calle, pero yo tenía una cita con la chica italo-siria en la casa de la alcahueta de Sidi Gáber.

¡Jo, tío, no me agobies!

A la hora del desayuno me enteré de la venida de la hermana de Sohra y su cuñado.

-Está completamente decidida a quedarse con nosotros...

Dijo madame con satisfacción, y yo apostillé:

-Demos gracias a Dios de que la visita haya pasado en paz, quiero decir, sin llegar a las manos.

Entonces burlonamente me dirigí a Sarhán Albuheiri:

-Parece que la comarca de Albuheira esta «blanda»...

-¿Blanda?

-Bueno, se dice que la proximidad con Alejandría ha relajado el ardor de sus costumbres rurales...

Pero replicó ufano con su voz resonante:

-¡Eso lo único que quiere decir es que está más civilizada que el resto del campo!

Tolba Marsuq se montó en el coche para que lo llevase al hotel Windsor, donde se iba a encontrar con un viejo amigo. Él era la única persona por la que sentía afecto y respeto; se erigía ante mis ojos como un vetusto icono de un antiguo monarca destronado que, a pesar de haberse ido ya su tiempo y su época, aún conserva todas sus cualidades personales. Le pregunté con una intención claramente maliciosa:

-¿No sería más apropiado para la campesina que se fuera con su familia?

Me contestó riéndose:

-Lo que habría sido realmente apropiado es que no se hubiese escapado en primer lugar.

-Me refiero a que tiene motivos que le impiden volver, incluso si se lo permitiera la familia...

-¿Estás hablando de ese chico, Albuheiri?

-No exactamente, aunque, de cualquier manera, también él está relacionado con eso.

El hombre se rió y dijo:

-Es muy probable, pero también lo es que no tenga

nada que ver con la estampida de la chica y que sea otro el que la empujase a huir de la aldea.

Mis sospechas aumentaron cuando supe unos días más tarde de su negativa a casarse con Mahmud Abualabbás, el vendedor de periódicos. Mahmud me había consultado sobre el tema -yo era un buen cliente suyo- antes de presentarse ante madame para pedir la mano de la chica.

Cuando llegué al puesto de periódicos al día siguiente de su fracasado intento, estaba seguro de que comentaría el asunto conmigo, cosa a la que yo accedería encantado. Parecía contrariado y resentido. Intercambiamos unas miradas que nos ahorraron muchas palabras, entonces le dije para consolarlo:

-Ya ves, ahí tienes una muestra de cómo son las jóvenes de hoy día.

Contestó rabioso:

-¡Es imposible que haya alguien más estúpido que yo!

-Dios te compensará con una mejor, y si quieres que te diga la verdad, la pensión no es el lugar más apropiado para elegir novia.

-Bueno, pensé que ella era una chica decente.

-Yo no digo que no lo sea, pero...

Me preguntó con interés:

-Pero ¿qué?

-¿Qué te preocupa, si ya se ha acabado todo para ti?

-Es que me quiero quedar en paz, no sé por qué me ha rechazado...

-¿Lo estarás si te digo que ama a Sarhán Albuheiri?

-Está chiflada, ¿y el *ustás* Sarhán se va a casar con ella?

Yo aborrecía a Sarhán desde el primer día, y Sohra nada tenía que ver con este sentimiento; ella era demasiado insignificante como para hacerme odiar o amar a una persona. Ciertamente, mi fobia disminuía hasta casi de-

saparecer en los momentos en los que él me mostraba su naturaleza inclinada a la convivencia y la familiaridad, pero rápidamente la situación volvía a su ser. Quizás lo detestaba por su sinceridad ciega, quizás por su empeño en elogiar la revolución, viniese o no a cuento, y a menudo me sentía obligado a estar conforme con él aunque sólo fuera con el silencio. Una vez sentí que había sobrepasado toda medida de lo soportable, así que le dije:

-Nosotros tenemos fe en la revolución, pero es justo reconocer que lo que nos precedió no fue del todo improductivo.

Y contestó con una obstinación irritante:

-Por supuesto que lo fue.

-Bueno, ya existían el Paseo Marítimo, y también la Universidad de Alejandría...

—El Paseo Marítimo no estaba para el pueblo, como tampoco la Universidad.

Entonces me preguntó riéndose y sin aparente rencor:

-Dime, ¿por qué tienes para ti solo cien *feddán* mientras que todo lo que mi familia posee son diez?

Yo, por mi parte, le repliqué mientras contenía mi furia:

-¿Y por qué tienen diez mientras que millones de campesinos no poseen ni un sólo metro cuadrado?

-Me podrás decir lo que quieras, pero no me voy a creer ni una sola palabra; parece que la negativa de Mervat te ha dejado el cerebro en blanco; y no te vayas a creer toda esa basura sobre la «justicia socialista», la cuestión se reduce a una sola cosa: PODER... El que tiene el poder lo tiene todo, y después, si quieren -y cara a la gente- que se pongan a cantar las maravillas y excelencias de la tan traída y llevada «equidad socialista»,

y si no, que venga Dios y lo vea... ¿O es que tú te has tropezado con alguno de ellos medio muerto de hambre y viviendo de la caridad, como le ocurría al piadoso califa Ommar¹ ?

En cualquier caso, poco después nos llegó la deliciosa noticia de la pelea entre Mahmud Abualabbás y Sarhán Albuheiri el cebollino, aunque hice como que no lo sabía puesto que él ni siquiera lo mencionó. En cierta ocasión coincidimos en el vestíbulo de la pensión, y aprovechando la oportunidad le pregunté su opinión sobre mis negocios. Aquello le despertó un inesperado interés, y me aconsejó:

-Pues yo que tú, no me pararía a pensar en lo del café Miramar ni nada parecido; tú eres de buena familia y no estaría bien visto, creo que deberías elegir otro tipo de negocio más apropiado...

-¿Como qué, por ejemplo?

-Te lo voy a decir: una granja, para criar aves de corral, o terneros... Eso es una mina de oro.

Paró un momento y después remató:

-Puedes arrendar una parcela de tierra por la zona de Samuha, yo tengo experiencia y amigos y te podríamos echar una mano, incluso, si las circunstancias me lo permiten, quizás me asocie contigo...

Qué limitada es Alejandría para las ansias de mi acelerado coche. La atravieso raudo como el viento, pero la ciudad se ha convertido en una lata de sardinas. Ah, qué aburrido es todo; a una noche le sigue otro día con es-

i. Ommar Benyáser, uno de los compañeros del Profeta Mahoma. Fue designado califa desde 634 hasta su muerte, en 644. (*N. de la T.*)

tupido empecinamiento, y nunca ocurre nada nuevo... Aunque el cielo se adorne cada mañana con ropajes diferentes; aunque el estado del tiempo sea como un prestidigitador del que es imposible predecir el siguiente juego de manos; a pesar de que haya mujeres de todas las formas, tamaños y colores, nada nuevo ocurre en absoluto. En realidad, el universo ya hace tiempo que murió, y todas estas variaciones no son más que los últimos estertores del cadáver antes del silencio eterno.

Me acordé del Genevoise.

Está al final del Paseo Marítimo desafiando al mar y a la lluvia, aunque la entrada se halla en un callejón trasero. Tiene un escenario para las actuaciones de los cantantes y bailarinas, y en medio del local hay una pista de baile para todo el mundo. El color rojo apagado que domina el techo, las paredes y las lámparas le hace parecer un refugio para diablillos, y con sólo mirar a sus chicas y clientes se desliza en el alma la indiscutible sensación de que es un burdel.

Vi a la joven de Albuheiri que estaba bailando la danza del vientre de manera bastante ordinaria y procaz. La invité a mi mesa. Al principio no me recordaba, pero cuando lo hizo se disculpó por el estado en el que se encontraba el día que nos conocimos, y sin más preámbulos me dijo que me había estado esperando desde entonces, a lo que yo aduje mi falta de tiempo y el exceso de trabajo. Me enteré de que se llamaba Safeya Barakat, aunque sólo Dios sabe cuál era su verdadero nombre. Era más bonita que la maestra, aunque la estropeaba cierta propensión a la gordura. Además, en la redonda cara estaba instalada la mirada de una profesional. Bebí mucho, hasta casi perder la conciencia de mí mismo. La llevé en coche a su casa en la calle Lido, y cuando me disponía a subir con ella se excusó porque tenía «esos

días del mes», así que volví a la pensión completamente borracho y de un humor de perros.

Y cuando me dirigía a mi habitación me tropecé con Sohra, que, en camisón, volvía del baño. Con los brazos extendidos de par en par le bloqueé el camino. Ella se paró en seco, yo me acerqué y entonces dijo con determinación:

-Quítese.

Le señalé con el índice mi habitación y ella repitió amenazadora:

-Quítese y déjeme pasar inmediatamente.

Empujado por la lujuria y el alcohol me precipité sobre ella, que me dio un formidable puñetazo en el pecho. Aquello encendió mi rabia y, sin control alguno, empecé a golpearla salvajemente al tiempo que no dejaba de intentar forzarla. Entonces una mano se posó sobre mi hombro y me llegó la voz jadeante de Sarhán que resoplaba:

-Hosni, ¿te has vuelto loco?

Lo empujé con fiereza pero él me cogió firmemente por los hombros diciendo:

-¡Entra en el baño y métete los dedos en la boca!

Me volví de improviso hacia él y lo abofeteé con fuerza. Dio unos pasos hacia atrás mientras rugía y entonces me pegó con violencia. De repente madame apareció abrochándose la bata y preguntando con angustia:

-¿Qué está pasando?

Se metió entre nosotros y farfullaba encolerizada:

-No, no, esto es la ruina, esto es la ruina, no lo puedo permitir, esto no puede ser...

Los angelotes nadan o bailan -no lo sé bien- en el techo. La lluvia golpetea sobre las ventanas y el retumbar

de las olas me zumba en los oídos con estallidos de una acalorada batalla. Cerré los ojos a causa de los latigazos de la jaqueca. Primero gemí, después lo maldije todo. Por último, descubrí que había dormido completamente vestido, abrigo y zapatos incluidos. Entonces me vinieron a la memoria los sucesos de la noche pasada y de nuevo lo maldije todo.

Tras pedir permiso, madame entró en el cuarto y se quedó de pie mirándome mientras yo me repantigaba con dificultad y lentitud para sentarme apoyado en el cabecero de la cama. Me dijo:

-Es tarde, ha dormido más de lo habitual.

Entonces se acomodó en el sillón mientras me reprochaba:

-Éstas son las consecuencias de una tremenda borra-
chera.

Nuestros ojos se encontraron. Sonrió:

-Usted es mi huésped más querido, pero no vuelva a beber tanto.

Levanté los ojos hacia el techo adornado con imágenes de querubines y balbucí:

-Realmente, siento mucho lo ocurrido.

Y tras un momento de silencio añadí:

-Debería disculparme con Sohra.

-Está bien, pero prométame que de ahora en adelante se comportará como un señor, haciéndole honor al buen nombre de su familia.

-Por favor, discúlpeme ante Sohra hasta que lo pueda hacer yo mismo.

Se cortó toda relación entre Sarhán y yo. Con Sohra logré arreglarla, aunque no fue fácil. No niego que la disputa con Sarhán había creado un vacío en mí. Al otro -Mansur Bahi- apenas lo conocía, no tenía más relación con él que algunos insulsos y breves comentarios que

intercambiábamos a la hora del desayuno y que no dejaban ningún rastro en la memoria. Eso sí, sin duda compartíamos silenciosamente el mismo sentimiento de antipatía mutuo. Yo despreciaba su introversión, su delicadeza y afeminamiento, los modales superficiales y baratos de los que hacía gala. Una vez lo había escuchado por la radio y me impresionó su voz -fraudulenta como él mismo- que te hacía pensar que brotaba de la garganta de todo un orador. Lo curioso era que nadie parecía sentir afecto por él excepto Matusalén el periodista, lo que finalmente me indujo a pensar que el viejo solterón había sido en sus años mozos un maricón.

Bueno, lo mejor será que salga de la habitación, pero... Parece que algo divertido está ocurriendo ahí fuera. ¿En la habitación de Albuheiri? Sí, una discusión, no un tumulto, qué va, una batalla campal... ¿A ver?... Sí, entre el Romeo Albuheiri y la Julieta de la Albuheira... ¿Qué significa todo esto? ¿Quizás ella le ha exigido a él que repare su honra perdida? ¿Es que él ha intentado escabullirse y huir como había hecho con Safeya? Esto es realmente delicioso, pero lo mejor será que no salga de la habitación. Bueno, ¿dónde se habían metido todos estos placeres antes? Tío, ten mucho cuidado y disfruta de estos momentos maravillosos. La voz tronante gritó:

-¡Soy libre, y me casaré con quien yo quiera, así que, para que te enteres, me voy a casar con Aleya!

¡Por los Santos Lugares! ¡Aleya! ¡La maestra? ¿Había Sarhán recibido también una invitación a visitarla en su casa? ¿Se había trasladado desde la discípula hasta la maestra? Mira, mira y no te pierdas nada, tío. Alejandría, qué día tan espléndido... ¡Viva la revolución, y que vivan las proclamas socialistas! Ah, ahí está la voz de ma-

dame que farfulla en una lengua incomprensible. Y ahí está la voz del magnánimo locutor en carne y hueso, finalmente ha descendido a interesarse por los asuntos de sus subditos. Encontrará, sin duda, una solución a este problema rural. Bienvenida seas, batalla. Tío, tienes que moverte, y ten cuidado, no vayas a adelantarte a los acontecimientos.

Escuché la historia de nuevo con la cuerda de madame. Me dijo concluyendo:

-Lo he echado, no podía seguir viviendo aquí ni un día más.

Alabé su coraje, y después le pregunté por Sohra. Me contestó apenada:

-Está encerrada en su habitación, totalmente abatida.

Bien, la vieja historia, repetida como las estaciones del año. Seguro que Albuheiri se ha alegrado con la expulsión, ha conseguido el ascenso hasta la maestra, en la quinta planta. Tiene una trayectoria muy prometedora.

Madame cambió de tema:

-El dueño del café Miramar está pensando seriamente en venderlo.

Le respondí con convicción:

-Estoy dispuesto a entrar en conversaciones con él.

Salí de la pensión empujado por un deseo ardiente de medir Alejandría a lo largo y a lo ancho.

¡Jo, tío, no me agobies!

Es la primera vez que la veo vencida y aniquilada. El color sonrosado de las mejillas había palidecido, los ojos color de miel habían perdido la belleza y el brillo. Me había servido el té y se disponía a retirarse, pero le rogué que se quedara. El viento bramaba en ráfagas inter-

mitentes, el ambiente oscuro de la habitación delataba los nubarrones.

-Sohra, el mundo está lleno de canalladas, pero tampoco carece de virtudes.

No daba la impresión de que le interesase escucharme, en realidad de que le interese nada en absoluto.

-Fíjate en mí, me oprimía la vida con mi familia en Tanta, así que me vine huyendo a Alejandría.

No dice nada, tampoco se insinúa el menor soplo de curiosidad.

-Yo te digo que ningún sufrimiento dura eternamente, ni tampoco ninguna alegría; cada cual tiene que encontrar su propio camino, y si el azar lo conduce a un callejón sin salida, tiene que cambiar a otro, eso es todo.

-Estoy bien, y no me arrepiento de nada.

-Pero se te ve triste, Sohra, muy triste, y desde luego, tienes derecho a estarlo, pero debes recuperar tus fuerzas y animarte; simplemente con que decidas hacer esto, tendrás la mitad del camino andado, por no decir casi todo...

Hizo tal esfuerzo con su formidable voluntad para sobreponerse a la turbación que por un momento su cara se desfiguró. Yo continué:

-Escucha, te voy a proponer algo para que sepas en qué anda mi cabeza, pero quiero que te lo pienses con calma...

Me paré unos instantes y luego proseguí:

-Un día de éstos tendré un negocio...

Ella se puso nerviosa pero yo continué:

-Si quieres, conmigo podrás tener un trabajo honrado.

La desconfianza se asomó a sus ojos. Seguí:

-Este lugar no es bueno para ti, una chica decente entre todo tipo de juerguistas y libertinos, ¿quién aprobaría eso?

No se tomaba ni una sola de mis palabras en serio, eso estaba claro. A pesar de todo, concluí:

-Yo te protegería, un trabajo honrado y una vida digna...

Murmuró algo inaudible, cogió la bandeja y se fue.

Me enfurecí, me enfurecí con ella y conmigo mismo hasta el punto de sentir asco. ¡Campesinos! A los plebeyos la ambición les impide ver su propia vileza. ¡Maldita sea la tierra sobre la que creciste! Humillado, dije con amargura:

-¡Jo, tío, no me agobies!

Pasé la velada entre las paredes rojo mate del Genevoise, después Safeya me invitó a pasar la noche en su casa y acepté. Completamente borracho, me puse a hablar de mis tribulaciones, y cuando mencioné la del negocio, saltó:

-¡Tengo la solución perfecta!

Entonces añadió, encendiendo un cigarrillo:

-El Genevoise; el dueño quiere venderlo.

Con la lengua torpe por el alcohol, protesté:

-¡Pero si es un sitio asqueroso y deprimente!

-Piensa en su excelente ubicación, puede llegar a ser una sala de espectáculos y un restaurante de primera categoría.

Aseguró que incluso en la situación actual daba mucho dinero y que si se arreglaba daría mucho más, y analizó las circunstancias:

-Tú eres de buena familia, y eso la policía lo tendrá en cuenta; yo tengo una gran experiencia en este mundillo; los veranos están asegurados con los turistas, y el resto del año también gracias a los libios, que nos llegan cargados de petrodólares...

Accedí como si estuviera en un sueño:

-Está bien, conciértame una entrevista con el dueño.

-Cuanto antes, mejor. Yo me ocuparé de todo lo que se refiera a las mujeres.

-De acuerdo.

Y mientras me besaba me preguntó:

-¿Por qué no te vienes a vivir conmigo?

-Es una posibilidad, pero quiero dejar clara una cosa, para que nuestra asociación sea duradera: yo no sé qué es eso a lo que llaman «amor».

Volví a la pensión alrededor de las diez de la mañana. Me encontré con Sarhán Albuheiri en la entrada del edificio; hice como que no lo había visto, y él hizo igual. Nos quedamos esperando que bajase el ascensor, y en ese rato me dio por pensar que quizás había venido para visitar a la familia de su novia. De repente se volvió hacia mí y dijo:

-Tú fuiste el culpable de lo que pasó entre Mahmud Abualabbás y yo.

Lo ignoré totalmente, como si ni siquiera hubiera escuchado una voz, pero él insistió:

-Me lo ha contado él mismo.

Y como quiera que, frío y despectivo, continué sin hacerle caso, me dijo nerviosamente:

-¡En cualquier caso, te comportaste indignamente, no tienes ni idea de lo que es ser un hombre, un caballero!

Me volví hacia él gritando con rabia:

-¡Cállate ya, hijo de perra!

Y sin más nos pusimos a pegarnos hasta que llegó el portero junto con unos amigos suyos y se interpusieron entre nosotros. Pararon los golpes, pero comenzaron los insultos, hasta que me increpó:

-¡Yo te enseñaré, yo te enseñaré modales...! ¡Espérame, que verás!

A lo que yo le grité:

-¡Ven tú, ven que te libraré de tu puerca vida!

En la tertulia de la tarde encontré a madame y a Tolba bey. Me dijo madame:

-A ver, denos alguna idea, ¿qué hacemos para Nochevieja?

Entonces señaló a Tolba bey y añadió:

-Él propone que lo celebremos en el Monseigneur, pero Ámer bey prefiere quedarse aquí.

-¿Dónde está Ámer bey?

-En su habitación, resfriado.

-Pues déjenlo en su retiro, y nosotros nos vamos al Monseigneur, tenemos que divertirnos todo lo que podamos, y si no dormimos esa noche, mejor.

Y tras unos momentos de silencio le comuniqué a madame:

-Por fin he decidido cuál va a ser el negocio...

Mientras le contaba la noticia su rostro se iba convirtiendo en la viva imagen de la decepción, y sólo supo decir:

-No se apresure, debería pensárselo mejor.

-Ya lo he pensado bastante.

Entonces tras vacilar unos instantes, declaró abiertamente:

-Es preferible el café Miramar, además, yo estaba realmente considerando la idea de asociarme con usted...

Riendo le insinué:

-Quizás me plantee ampliar mis negocios en el futuro...

Desde mi ser más recóndito comenzó a fluir un in-

dómito anhelo: pasar el Fin de Año más desenfrenado y licencioso de mi vida.

Aquella misma noche conocí al dueño del Genevoise en su despacho de la sala de fiestas. Nos pusimos de acuerdo sobre los preliminares de la venta; entonces me invitó a pasar la velada en su casa del Campo del César después del cierre del local. Safeya se vino con nosotros y tomó parte en la discusión de los detalles. En un momento dado surgió el asunto de la Nochevieja y también decidimos celebrarla juntos en el Genevoise para después completar la velada en casa del dueño o en cualquier otro lugar: me sentí feliz por haberme podido librar de los viejos.

Al día siguiente, cuando aparecí por la mañana en el comedor, noté que me miraban de una manera muy rara. Matusalén el periodista todavía estaba recluido en su habitación, Mansur Bahi tampoco había salido de la suya, y no había ni rastro de Sohra. Leí en ambas caras, la de madame y la de Tolba bey, una consternación que me advertía de lo peor. De repente, el hombre habló:

-¿Te has enterado de la noticia?

Lo miré con curiosidad y me dijo:

—Han encontrado el cadáver de Sarhán Albuheiri en la carretera del Palma.

Permanecí estupefacto unos momentos antes de que la idea tomara realmente forma en mi conciencia y en mis entendederas. Se apoderó de mí una sensación a medias de cólera y a medias de condolencia, y la angustia sobre la naturaleza oscura e imprevisible de la muerte se adueñó de mi ser. Pregunté:

-¿Muerto?

—No, asesinado.

-Pero...

Madame me interrumpió:

-Lea el periódico, realmente es un suceso engorroso... Algo me dice que vamos a tener muchas molestias.

Recordé la última pelea frente al ascensor y me sentí malhumorado. Temía que me alcanzasen los problemas que madame auguraba. Inquirí, aun sabiendo cuan estúpida era mi pregunta:

—("¿Quién es el asesino?)

Madame replicó:

-Ésa es la cuestión, claro.

Tolba Marsuq intervino:

—Y cuando pregunten por los enemigos, ¿qué?

Respondí, ya con algo de mi ironía recuperada:

-¡La verdad es que ninguno de nosotros era realmente amigo suyo!

Tolba Marsuq agregó:

-Yademás, quizás tuviera otros enemigos...

-Tarde o temprano se sabrá la verdad.

Me interesé por Sohra y madame me contestó:

-Está en un estado lamentable, la pobre, metida en su habitación.

Me sentía ya recuperado del efecto de la noticia. Di por zanjado el tema:

-En fin, así lo ha querido Dios.

Había pensado en informar a madame aquella mañana sobre mi intención de mudarme, pero lo pospuse para una mejor ocasión. Cuando me disponía a salir Tolba advirtió:

-Es posible que nos llamen para tomarnos declaración.

Y le contesté mientras me iba:

-Pues que nos llamen...

Quise refrescar las ideas dando uno de esos paseos

acelerados míos de un extremo a otro de Alejandría. Un color límpido se filtraba a través de unas blancas nubes bajas; la suave brisa soplaba rápida y refrescante. Tenía muy claro los puntos de interés que había que visitar en el camino, así que, el muerto al hoyo y el vivo al bollo... Era el último día del año y mis ganas de vivir una Nochevieja delirante hasta el amanecer se habían duplicado.

Puse en marcha el coche mientras le decía a mi imagen reflejada en el retrovisor:

-¡Jo, tío, no me agobies!

Mansur Bahi

«Me has condenado a permanecer preso en Alejandría y a pasarme el resto de mi vida justificándome.»

Eso fue lo que le dije a mi hermano al despedirme; después me fui directamente a la pensión Miramar.

La mirilla de la puerta se abrió y tras ella apareció la cara de una anciana de porte elegante y majestuoso a pesar de la vejez y de la situación económica modesta. Le pregunté:

-¿Madame Mariana?

Asintió y me presentó:

-Mansur Bahi.

Me abrió la puerta al tiempo que me daba la bienvenida:

-Hola, pase, pase, su hermano me llamó por teléfono, considérese como si estuviera en su propia casa...

Se quedó esperando en el vestíbulo hasta que el portero subió con mis dos maletas, tras lo cual me invitó a sentarme mientras que ella hacía lo propio en el sofá que había bajo la estatua de la Virgen:

-Su hermano es un excelente comisario de policía, solía hospedarse aquí antes de casarse. Estuvo viviendo mucho tiempo en Alejandría hasta que lo trasladaron a El Cairo...

Nos miramos amistosamente. Ella me inspeccionaba con todo detalle. Por fin me preguntó:

-¿Vivía con él?

-Sí.

-¿Es usted estudiante? ¿Funcionario?

-No, locutor en Radio Alejandría.

-Pero usted es de El Cairo, ¿no?

-Sí, sí.

—Considérese en su propia casa, y no se preocupe por el dinero...

Me reí excluyendo semejante idea, pero sentí que ella habría estado dispuesta a aceptarme gratis de haberla dejado yo. Bien, la podredumbre está en el aire, puede que incluso sea de mí mismo de donde esté rezumando...

-¿Por cuánto tiempo estará con nosotros?

-No lo sé, no está claro...

-Bueno, ya nos pondremos de acuerdo sobre un pago razonable, y no le pediré ningún extra en verano.

-Gracias, pero mi hermano ya me ha contado lo que debo saber, así que pagaré en verano como si fuera un veraneante.

Cambió con habilidad hacia otro tema e inquirió:

-¿Soltero?

-Sí, aún sí.

-Ah, ¿y cuándo piensa casarse?

—Por ahora no, en cualquier caso.

Ella se rió a carcajadas mientras preguntaba:

-¿Entonces en qué piensa?

Me reí con ella desganadamente. Sonó el timbre y ella se levantó a abrir la puerta. Entró una chica llevando una enorme bolsa de la compra -o de otra cosa- y se fue hacia dentro. De una sola mirada supe que era la criada y que era hermosa. Después me enteré -mientras madame hablaba con ella- que se llamaba Sohra. Estaba en la edad de ser una estudiante universitaria, eso habría sido lo correcto...

Madame me precedió en el camino hacia una de las dos habitaciones que daban al mar, e iba diciendo:

-Éste no es el mejor lateral del edificio para el invierno, pero es la única habitación que me queda vacía.

Y le dije indiferente:

-No se preocupe, me gusta el invierno.

Estaba a solas en el balcón. El mar se extendía bajo mis pies ilimitado, infinito, se desplegaba en un azul puro y maravilloso, y las olas mansas jugueteaban con los rayos del sol. Una brisa me inundó de caricias refrescantes, y en el cielo no había más que unos cirros deshiliados. Estaba sumergido en mi tristeza cuando oí un débil ruido en la habitación. Me di la vuelta con curiosidad y vi a Sohra vistiendo la cania con sábanas y mantas. Trabajaba ágilmente, con pericia, y puesto que no me miraba pude gozar tranquilamente de su resplandeciente donosura campestre. Deseaba establecer entre nosotros una buena relación, un cariño afectuoso, y le dije:

-Gracias, Sohra.

Me sonrió de una manera que alegraba el corazón. Entonces le pedí una taza de café y a los pocos minutos me la trajo. Y añadí:

—Por favor, quédate aquí hasta que termine.

Puse el plato de la taza sobre la barandilla de la terraza y comencé a beber el café a sorbitos. Ella se acercó hasta que se quedó bajo el umbral mirando al mar, y le pregunté:

-¿Te gusta la naturaleza?

No respondió, como si no hubiera entendido la pregunta, o como si estuviera dándole vueltas a algo en la cabeza. Sin duda tenía los instintos tan impregnados de tierra que simplemente vibraba en armonía con la creación misma. Le comenté:

-Tengo libros en la maleta grande, y aquí no hay ninguna estantería.

Inspeccionó los muebles y entonces dijo con sentido común:

-Pues déjelos en la maleta.

Sonreí y luego indagué:

-¿Hace tiempo que trabajas aquí?

-No, no mucho.

-¿Y es un lugar apropiado para ti?

-Sí.

-¿No te molestan todos estos hombres que van y vienen?

Se encogió de hombros y no respondió ni sí ni no. Yo aventuré:

-A veces dan miedo, ¿no?

Cogió la taza y mientras se disponía a marcharse dijo:

—Yo no tengo miedo.

Me gustó su confianza en sí misma. Sin previo aviso sufrí otro acceso de melancolía, y como era habitual en mí me puse a pensar sobre cómo son las cosas y lo que, en su lugar, deberían ser. De nuevo me amenazaba la tristeza.

Pasé revista a los muebles y finalmente decidí comprar una estantería para los libros; la pequeña mesa redonda que había entre el ropero y el sofá valdría para escribir.

Me quedé en la emisora algunas horas para grabar el programa semanal, después comí en el restaurante Petro de la calle Safeya Zaglul y por último me senté en Ala Keifak para beber una taza de café. Me puse a mirar entretenido la plaza. El cielo estaba cubierto por un manto de nubes, de manera que abundaban las gabardinas plegadas sobre los brazos. Sobresaltado, mi corazón latió con fuerza cuando pasó por delante de mí ese

hombre. ¡Fausi! Para asegurarme de su identidad me incliné un poco hasta que mi frente casi tocó el ventanal del café. No, no puede ser Fausi, seguro que no es Fausi. Pero ¡qué parecidos son! Por asociación de ideas -como se suele decir-, Doreya se presentó. Ella, ella se presenta sin orden ni concierto, tan sólo sigue sus propias leyes imperecederas... Sí, Doreya. ¿Y si fuera realmente Fausi? ¿Y si nuestros ojos se encontraran? Si es un íntimo amigo, tienes que abrazarlo. Él, además, está en la categoría de los maestros. Y para ser un cálido abrazo tiene que serlo aunque se te claven las espinas. Tienes que invitarlo a una taza de café y así cumplir con las normas de cortesía.

-¡Hombre, hola! ¿Qué te trae por Alejandría en esta época del año?

-Asuntos familiares...

Eso quiere decir que ha venido para hacer algo del Partido, pero me lo oculta como es su obligación, al igual que es mi obligación de cortesía decirle:

-Espero que tengas una buena estancia aquí.

-Hace dos años que no te vemos, con exactitud, desde que terminaste la universidad.

-Bueno, me destinaron a Radio Alejandría, ya sabes.

-Quiero decir que desapareciste totalmente.

-Hubo algunos asuntos penosos... Me refiero a que tropecé con algunos asuntos penosos...

-Bueno, es de sabios no seguir haciendo lo que uno no es capaz de hacer.

Me invadió una soberbia ciega y repliqué:

-¡Y también, no seguir haciéndolo si se deja de creer en ello!

Se paró, como era habitual en él, para medir sus palabras y entonces comenzó:

-Se dice que tu hermano...

Lo interrumpí desdeñoso:

-No soy un niño.

Y riendo dijo:

-/Te he molestado? Perdona, lo siento.

Mis nervios se pusieron tensos. Doreya. Caía una débil llovizna, pero me habría gustado que diluviara para que la plaza se vaciara de gente. Amor mío, no lo creas. Un sabio de época remota había dicho que a veces mentimos para convencer a los demás de que somos sinceros. Volví a mirar a mi aterrador amigo que me preguntaba:

-¿Es que ya no te preocupa nada?

Me reí, aunque apenas salió un sonido ahogado. Le contesté:

-En tanto en cuanto esté vivo, es imposible que no me preocupen las cosas.

-¿Como qué, por ejemplo?

-¿Es que no ves que me he afeitado, y que ya sé hacerme el nudo de la corbata?

Pero entonces se puso serio:

-¿Y qué más?

-¿Has visto la nueva película del cine Metro?

Sonrió y aceptó mi silencio:

-Bueno, no es mala idea, venga, vamos a ver una película capitalista.

Madame Mariana se presentó en mi habitación para hacer una visita de cortesía. ¿Le hace falta algo? ¿Necesita algo? Diga, diga, sea sincero, su hermano lo era, y también un caballero en todo el sentido de la palabra, fuerte y grande, gigantesco, usted también es fuerte, aunque más fino, más proporcionado; bueno, quiero que se sienta aquí como en su propia casa, ¿eh?, y considéreme una amiga, una amiga de todo corazón.

Pero en realidad no había venido por buena educación, o la educación no era sino una excusa; la verdad es que había venido para confesarse, o para hacerme un interrogatorio personal cara a cara. De esta manera me contó voluntariamente la historia de su vida, su crecimiento holgado y acostumbrado a comodidades, su gran amor y primer marido -que había sido un capitán inglés-, su segundo marido, el Rey del caviar, con el palacio Alibrahimía, y finalmente, la época de decadencia, pero no cualquier tipo de decadencia, no, su pensión era una pensión de clase alta -bajas, beys- en los días de la Segunda Guerra Mundial.

Entonces me llegó el turno a mí y me invitó a revelar los secretos de mi vida con un chorro de preguntas... Era una mujer insólita, divertida y cargante, una mujer en su ocaso a la que, aun sin haberla conocido cuando era la reina de los salones, era posible imaginársela como una de esas mujeres fascinantes y despóticas, sí que era posible... Pero yo la veía cuando ya era un derruido escombros que se asía infructuosamente a los apéndices de la vida.

A la hora del desayuno conocí a los huéspedes. Una familia anómala e incompatible. Yo necesitaba distraerme, si lograba vencer mi sempiterno impulso hacia la introversión, disfrutaría de algún amigo o compañero. ¿Por qué no? Dejemos de lado a Ámer Wagdi y a Tolba Marsuq, son de un tiempo pasado. Pero ¿qué hay de Sarhán Albuheiri y Hosni Alam? En los ojos de Sarhán hay un atractivo natural, y es agradable y simpático según parece, a pesar de la voz molesta que tiene, pero ¿cuáles son sus intereses? En cuanto al otro, Hosni Alam, es irritante, por lo menos así me lo ha parecido a primera vista, con su silencio arrogante y como en guardia; me ha impacientado su figura sólida, la cabeza grande y en-

greída, ese sentarse con las piernas cruzadas como si fuera una autoridad, cierto, una autoridad pero sin territorio ni posesiones, quizás no hable con nadie sin trabas si no está seguro de que es más despreciable que él. Me dije a mí mismo: «Tengo que estar dispuesto a salir de mi caparazón, y el que está dispuesto a hacerlo, tiene que habituarse a la convivencia con los demás crustáceos». Como de costumbre, la timidez me dominó frente a los desconocidos. Me dije: «Dirán tal y tal, pensarán esto y lo otro...». Ésta es la causa que me ha hecho perder todas las oportunidades de mi vida.

Me sorprendí cuando vi a Sarhán Albuheiri entrando en mi despacho de la radio. Su cara resplandecía con la afebilidad de un viejo amigo. Me saludó cordial mientras decía:

-Pasaba por aquí abajo y me dije: «Voy a saludar a Mansur y a beberme un café con él».

Le di la bienvenida y ordené un café. Entonces bromeó:

-Algún día te pediré que me reveles los secretos de la radio...

Con todo placer, hombre de los corrillos de pueblo, ésos de los que yo no he disfrutado... En pocas palabras me contó sobre su trabajo en la Compañía de Hilaturas de Alejandría, que era miembro del Consejo de Dirección y miembro de la Unidad de Base. Comenté:

-¡Qué magnífico entusiasmo! Los tibios podrían aprender de ti...

Me escrutó con la mirada, y entonces apuntó:

-Es nuestra manera de compartir la construcción de un mundo nuevo.

-¿Creías en el socialismo antes de la revolución del cincuenta y dos?

-La verdad es que creí en él gracias a la revolución.

Me cosquilleó un impulso a discutir aquellas convicciones tuyas, pero lo reprimí. La conversación transcurrió hacia los derroteros de la pensión y manifestó:

-Es una curiosa familia, siempre con novedades, siempre entretenida...

Y le pregunté tras dudarle unos instantes:

-¿Y Hosni Alam?

-También él es simpático.

-Bueno, parece como si fuera la Esfinge.

-Tan sólo es una fachada, no, en serio, es bastante agradable, ¡y tiene una visible tendencia natural a la juerga!

Nos reímos juntos. No era consciente de que hablaba de él mismo más que del otro. Y añadió como advirtiéndome:

-Es de buena familia, no tiene trabajo, y es muy probable que tampoco tenga estudios, no pierdas de vista este dato...

Y prosiguió en su tono prudente y de aviso:

-Tiene *cien feddán*, y se ha atrincherado en las líneas delanteras de la guerra contra la revolución, no tiene estudios, así que ya puedes imaginarte el resto.

-¿Por qué vive en Alejandría?

-Es un espabilado, está buscando algún negocio lucrativo.

Le contesté riéndome:

-¡Pues tendría que cambiar ese aspecto arrogante del que hace gala, si no le van a salir huyendo los clientes!

Entonces se me ocurrió preguntarle por qué vivía él mismo en la pensión a pesar de llevar tanto tiempo en Alejandría. Lo pensó un rato y dijo:

-Prefería una pensión llena de gente mejor que estar aislado en un apartamento en medio de la ciudad...

Durante la noche de Umm Kulzum, noche de vino y música, el velo que cubre el rostro se retira para dejar ver los recónditos vericuetos del alma.

Sarhán Albuheiri fue el organizador de la velada, aunque quizás también fue el que menos dinero aportó. Yo miraba a Tolba Marsuq sin que nadie pudiera entender lo que él significaba para mí. Sí, me volvieron recuerdos entrañables mezclados con delirios sangrientos, la lucha de clases, libros y asambleas, la sólida construcción de una ideología... Me impresionaba su fragilidad y derrota, el temblor de sus labios, el acurrucamiento en el sillón, sometido, y los escasamente convincentes intentos de mostrar afecto por la revolución, como si él no perteneciera a la estirpe que había erigido sus fortalezas con la sangre y las lágrimas de los desposeídos. Finalmente le había llegado el turno de ejercitar su talento para la hipocresía, ahora que dejaba atrás una adormecida y marchita gloria, una nación de impostores. Ah, y qué era Hosni sino un ala rota de ese águila, pero un ala que todavía podía moverse, que no había perdido la capacidad para volar.

—Yo te digo que esas contradicciones se han borrado completamente.

-En absoluto, se han sustituido con otras distintas, ya lo verás con el tiempo.

Sarhán Albuheiri era el alma del grupo, con una apasionada alegría que no decaía nunca. Tenía buen corazón, era leal, y por qué no, ambicioso sin duda alguna: era la interpretación mundana de la revolución. Pero pronto comprendí que Ámer Wagdi era el más fascinante de los

presentes, y el que con más derecho se merecía el reconocimiento y el cariño. Sabía que él era el Ámer Wagdi al que yo había revisado en numerosas columnas de prensa cuando preparé el programa *Generaciones de revolucionarios*. Me habían conquistado sus ideas progresistas aunque contradictorias, e igualmente me había hechizado su manera de escribir: si bien comenzó con la prosa rimada, tradicional y pesada, poco a poco fue evolucionando hasta llegar a una relativa sencillez que no carecía de grandeza y elocuencia. Se alegró inmensamente cuando le dije que había leído sus artículos, con un júbilo que delataba la hondura del sentimiento de decadencia y olvido en el que vivía. Aquello me conmovió con punzante tristeza. Se agarró a mí como a un clavo ardiendo y se puso a contarme su dilatado pasado: la incesante lucha por los ideales, las corrientes políticas que lo habían atacado, los héroes en los que él había creído...

-¿Y Saad Zaglúl? La generación anterior lo adoraba sin remisión.

—¿Y qué valor tienen los ídolos obsoletos? Ese hombre apuñaló la verdadera revolución cuando aún estaba en pañales...

Pero ¿por qué me observa Tolba Marsuq con miedo? Lo he pillado mirándome a través del espejo del perchero desafiante y con odio. No importa. Una persona como él está hecho para temer a su propia sombra. Le puse una copa y me dio las gracias, entonces le pregunté qué pensaba de las reflexiones históricas de Ámer Wagdi, pero respondió como disculpándose:

-Pues no sé, lo hecho, hecho está; venga, escuchemos la música.

Me gustaba la manera en que Sohra se movía entre nosotros cuando nos servía, pero apenas se rió de nuestros chistes; se sentó donde el biombo y nos contemplaba de lejos con sus bonitos y enigmáticos ojos. Hosni Alam le preguntó aprovechando que le estaba poniendo té en la taza:

-Y a ti, Sohra, ¿qué te parece la revolución?

Se retiró con discreción del círculo de los juerguistas, pero madame respondió en su nombre de manera inequívoca. Parecía que con su pregunta Hosni había intentado atraerla a la conversación, así que noté cierta oculta decepción por su parte. Yo dije:

-Es natural que a ella le guste.

Él no me escuchó, o -el muy cerdo- me ignoró. Desapareció antes de que finalizara la noche, y Sohra nos informó de que había salido a la calle. Por mi parte, yo estaba admirado de que Ámer Wagdi pudiera permanecer despierto hasta el alba escuchando y cantando. Le pregunté cuando nos levantábamos para ir a la cama:

-¿Ha oído nunca una voz como ésa?

Y respondió sonriendo:

-Es la única cosa en el mundo a la que jamás le he podido encontrar parangón alguno...

Le rogué que se sentara, pero se quedó de pie apoyándose contra el ropero, mirando conmigo al horizonte cubierto de nubes a través de la ventana cerrada del balcón. Esperó a que terminase de beberme el té. Le había dado un trozo de chocolate que le había guardado y ella lo cogió como expresión de una amistad creciente entre ambos. Su corazón limpio sentía que yo la apreciaba, la respetaba y la admiraba, y aquello me alegraba enormemente. Estaba lloviznando. Las gotas corrían por la ventana y la imagen

del mundo exterior se estremecía. Le pregunté por su pueblo y me contó algunas cosas. Podía adivinar qué la había expulsado de su tierra, sin embargo comenté:

-Si te hubieras quedado allí estoy seguro de que un buen partido habría llamado rápidamente a tu puerta.

Y entonces me contó un relato atroz sobre el abuelo y el marido viejo que le había buscado. Concluyó:

-Y tuve que huir.

Me turbé por la historia y le dije:

-Pero no te librarás de las malas lenguas.

Ella respondió con desdén:

-Es preferible eso, y no lo que me esperaba si me llevo a quedar.

La admiraba hasta el límite del entusiasmo, aunque me preocupaba su soledad. Pero ella se sabía mantener erguida llena de seguridad, como un indestructible diamante.

Y la llovizna había teñido la ventana de oscuridad hasta hacer desaparecer el mundo, o casi.

¿Una bomba? ¿Un cohete? Qué idea tan absurda. No, es un coche. El muy imbécil... ¡Demonios, es Hosni Alam! Pero ¿es que quiere volar? Sólo él lo sabe, no, a su lado hay una chica, parece Sonia, sí, es Sonia, bueno, lo sea o no, que se vaya al infierno ese loco.

Apenas me senté en mi despacho cuando me siguió un compañero diciendo:

-¡Ayer pillaron a tus camaradas!

Por un momento la estupefacción me turbó la vista y no pude articular ni una sola palabra. Él continuó:

-Por lo que se dice, la razón ha sido que...

Lo interrumpí con dureza:

-Eso no tiene importancia.

-Sí, pero se rumorea que...

-Te he dicho que eso no tiene ninguna importancia.

Se apoyó sobre mi escritorio con ambos brazos extendidos y dijo:

-Tu hermano es un tipo listo.

Resoplé:

-Sí, muy listo...

Me dije a mí mismo que seguro que Hosni Alam ya había llegado a los confines de la tierra, y que Sonia estaría temblando de miedo y de placer.

-¡No se hable más! ¡Vas a salir inmediatamente de este antro!

—¡Te recuerdo que yo ya no soy un niño!

—¡Y yo que tú fuiste el culpable de la prematura muerte de nuestra madre!

-Acordamos no mencionar nunca más aquella época...

—Sin embargo, yo la tengo siempre presente; se acabó, vas a venir conmigo a Alejandría aunque me vea obligado a llevarte a la fuerza.

—Trátame como a un hombre, por favor.

-Lo que eres es un ingenuo, nos crees idiotas, y no lo somos.

Me clavó la mirada con dureza y añadió:

—Pero tú sí que eres tonto..., ¿quépiensas, que son unos héroes? Pues yo los conozco mejor que tú, y vendrás conmigo lo quieras o no.

Me abrió la puerta. El corazón latía, la garganta estaba seca y los pensamientos andaban revueltos y desordenados. Su blanca y cetrina cara se destacaba en el pasillo sombrío, y cuando los ojos sin vida me miraron no me reconocieron al principio. Entonces se abrieron de par en par debido a la inesperada sorpresa, y susurró:

-¡Mansur!

Se hizo a un lado y entré mientras decía:

-¿Cómo estás, Doreya?

Me condujo al salón. El aspecto abatido de Doreya lo cubría todo de melancolía y severidad. Nos sentamos en dos sillones, cerca uno del otro. En la pared, frente a mí, había una fotografía de él colgada y enmarcada en negro, y nos observaba a través del foco de la cámara. Era como si en aquel momento nos estuviera tomando una foto. Nos miramos silenciosos y tristes, y me preguntó:

-¿Llevas mucho tiempo en El Cairo?

-He venido directamente desde la estación.

-¿Entonces, ya sabes...?

-Sí, en mi despacho. En cuanto pude, salí; he tomado el tren de las dos de la tarde.

Miré la foto de nuevo. El olor de su tabaco aún seguía en el ambiente de la habitación. Inquirí:

—¿Los han cogido a todos?

-Eso creo.

-¿Adonde los han llevado?

-No lo sé.

Tenía el cabello desgreñado; su blanco cutis había palidecido aún más, y los ojos enviaban mensajes incomprensibles con una mirada apagada e insomne.

-¿Y tú?

-Pues ya me ves...

Sola y sin dinero. Él era profesor ayudante en la Facultad de Economía, pero no tenía nada ahorrado. La situación estaba clara, al igual que la desdicha y pesadumbre que ahogaba todo el lugar.

-Doreya, tú eres una antigua compañera mía, y él un viejo amigo, el más querido a pesar de todo...

Reuní fuerzas y continué:

-Tengo un buen trabajo, unos ingresos que tampoco están mal y, como sabes, no tengo responsabilidades familiares...

Movió la cabeza con angustia. Balbució:

-Pero tú sabes que yo no...

La interrumpí con vehemencia:

-No creo que vayas a rechazar una pequeña ayuda de un viejo amigo.

-Seguro que encuentro un trabajo adecuado.

-Bueno, cuando lo encuentres, pero eso no ocurrirá de manera inmediata.

La impronta del espíritu de él aún llenaba la estancia tal y como yo la conocía de siempre. El sofá del estudio y las estanterías llenas de libros, el magnetófono, el gramófono, el televisor y la radio, las fotografías, las películas, los álbumes de fotos..., pero ¿dónde estaba la fotografía en la que estábamos juntos en el restaurante Alfayum? Seguro que la había tirado en un momento de rabia.

Nuestros ojos se encontraban y se separaban con miedo. No cabía duda alguna que emociones parecidas nos estaban asaltando, que recuerdos compartidos nos estaban importunando, y que el pasado, presente y futuro estaban tomando la forma de una senda oscura. Le pregunté:

-¿Tienes idea de qué vas a hacer?

—No, aún no me he puesto a pensar.

Vacilé un momento pero finalmente inquirí:

-¿No se te había ocurrido escribirme?

También ella se lo pensó antes de responder:

-No.

-Sin embargo, la posibilidad de que yo viniese seguro que sí se te había pasado por la cabeza.

No contestó. Se levantó y desapareció unos minutos; después volvió con té y encendimos unos cigarrillos.

Sentí algo así como si retornara un antiguo olor añorado. Era imposible dejar de hacerlo, así que comencé a hablar aun cuando mi perenne tormento me estaba destrozando:

-Habrás sabido de mis intentos frustrados por volver, ¿no?

Siguió callada y yo concluí:

-No encontré ningún aliento, y eso es lo más suave que puedo decir.

Rogó en voz baja:

-Olvidemos el pasado...

-¡Incluso Fausi mismo me ignoró!

-Por favor, te he dicho que olvidemos el pasado.

-No, no puede ser, Doreya.

Entonces continué enfadado y dolorido:

-Sé lo que se dijo de mí, que quería volver y hacer de espía para mi hermano.

Ella gritó con fastidio e incomodidad:

-¿Es que no tengo bastante congoja ya?

Me disculpé con una mirada humilde y le dije:

-Doreya, tú sabes perfectamente qué siento...

-Y yo te lo agradezco.

Ante eso yo salté como si me hubiera agujoneado una avispa:

-¡Me refiero a mi sentimiento de que tendría que haber estado con ellos!

Ella dijo con tristeza:

-No merece la pena que te tortures.

-Quiero saber tu opinión, pero sinceramente...

El silencio se adueñó del lugar unos instantes preñados de angustia. Finalmente murmuró:

-Te he recibido en mi casa, o incluso si prefieres, en su casa, y eso ya es suficiente.

Suspiré de manera audible. Mi conciencia no estaba

completamente tranquila, estaba seguro de que volvería al infierno tal y como era habitual, pero no era el momento adecuado para justificar los errores pasados. Le comunicué:

-Vendré a verte de cuando en cuando, y si surge algún imprevisto, escíbeme.

El viaje de ida y vuelta me había agotado, así que decidí quedarme en la pensión y unirme a la tertulia alrededor de la radio en el vestíbulo. Por suerte estaban las personas de la casa a los que yo más apreciaba: Ámer Wagdi, madame y Sohra. Mis cavilaciones me tenían apartado de la charla general, hasta que escuché a madame que decía:

-¡Siempre está lejos de nosotros, rumiando no-sé-qué!

Ámer Wagdi intervino, mirándome con afecto:

-Eso es lo que les ocurre a las personas inteligentes.

Siguió mirándome con sus ojos velados por la vejez y entonces me preguntó:

-¿Nunca se te ha ocurrido extraer material para un libro de los programas culturales que haces?

Respondí sin prestar atención realmente:

-No, lo que estoy pensando es en escribir un programa sobre la historia de la traición en Egipto.

-¡La traición! ¡Qué tema tan amplio!

Se rió con ganas y después volvió a hablar:

-Si lo haces, consúltame: ¡yo te proporcionaré fuentes documentales y recuerdos!

-Yo te amo, tú me amas a mí... ¡Déjame que hable con él!

—¡Tú estás loco!

-Es un hombre inteligente y razonable, nos entenderá, seguro, ya verás como nos perdona...

-Pero él también me quiere, y a ti te considera su único amigo, ¿es que no lo comprendes ?

-Él odia la falsedad, lo conozco perfectamente y sé cómo va a reaccionar.

Ámer Wagdi continuó hablando:

-Un programa sobre la traición, ¡qué magnífica idea!, pero como colofón debes escribir un libro, si no, la gente te olvidará al igual que me olvidaron a mí; nada queda de aquéllos que no recopilan sus ideas, bueno, Sócrates es la excepción que confirma la regla.

Madame estaba escuchando una canción griega -que ella misma había pedido a la radio- en la que una doncella enumeraba las cualidades que el hombre de sus sueños debería tener, o al menos así lo explicó ella. Verla arrobada por la canción, con los ojos cerrados siguiendo la melodía, era un espectáculo realmente conmovedor: la versión tragicómica de eso llamado amor a la vida.

Ámer Wagdi proseguía:

-Y fue inmortalizado gracias a su discípulo Platón. Sin embargo, es extraño que aceptara beberse el veneno sin ni siquiera considerar la idea de huir.

Repliqué amargamente:

-Cierto, y que se lo tomara a pesar de no sufrir por tener sentimientos de culpa o fracaso.

-Sobre todo porque hay tanta gente que, comparada con Sócrates, te acabas convenciendo de que no pertenecen a la misma especie...

Atormentado por mi delirio afirmé:

-Ésos son los traidores.

-Hay realidades y hay mitos, y la vida, hijo mío, es verdaderamente desconcertante.

-Pero usted pertenece a una generación de firmes convicciones, ¿no?

Se rió:

-Ah, las convicciones, las dudas... Ambas son las dos caras de una misma moneda.

-¿Eso qué quiere decir?

Permaneció en silencio un momento y después respondió:

-Quiero decir que son inseparables... Y tú, hijo mío, ¿a qué generación perteneces?

Le dije malhumorado:

-Lo que cuenta es lo que hacemos, no lo que pensamos, así que yo no soy más que un proyecto en potencia...

Madame terció riéndose:

-Hacemos, pensamos..., pero ¿esto qué es?

También el anciano se rió y aseveró:

-Seguro que en más de una ocasión lo que un filósofo oprimido piensa es que lo mejor del mundo se resume en una comida deliciosa y una hermosa mujer.

Madame se carcajeó y dijo:

-¡Bravo, bravo!

También Sohra se rió. Era la primera vez que oía su risa y consiguió que mis preocupaciones se desvanecieran por algún tiempo. Hubo unos minutos de silencio en los que el sonido del viento se oyó claramente mientras retumbaba en el exterior, chocando con las paredes y sacudiendo las ventanas cerradas. De nuevo me invadieron la angustia y la melancolía, y le dije a Ámer Wagdi:

-Crear en algo y trabajar para ese algo, ésa es la aspiración más elevada; otra actitud distinta es la de no creer en nada, pero eso es estar perdido..., y creer y no hacer nada, eso, eso es el infierno.

-Sí, tú no has visto a Saad Zaglul ya viejo mientras desafiaba el exilio y la muerte.

Entonces miré a Sohra, la única desterrada. Estaba ahí, sentada, llena de confianza y esperanza... Y la envidié, la envidié profundamente.

Fui a ver a Doreya a la semana de la primera visita. Su casa había recuperado su elegancia proverbial y ella tenía un aspecto cuidado, aunque en sus ojos aún se leía el malestar: sola, sin trabajo, sin esperanza. Le dije:

-Espero que no te moleste mi visita.

Respondió con una voz que no mostraba ningún matiz:

-Por lo menos, me hace sentir que no he dejado de estar unida a la vida.

Mi corazón se compadeció. Me imaginé la situación en su cruda y desnuda realidad. Deseé poder expresarle claramente mis emociones, pero el pasado me sujetó la lengua. Hablando coincidimos en que trabajar era la mejor manera de salir del malestar, pero ¿cómo? Cierto, ella era licenciada en Lenguas Clásicas, pero había otro tipo de impedimentos en absoluto baladíes.

-No te encierres en casa.

-Ya he pensado en eso, pero aún no me he movido de aquí.

-Ojalá pudiera venir a verte cada día.

Sonrió mientras pensaba y finalmente propuso:

-Sería mejor que nos viéramos fuera.

Yo habría preferido seguir viéndola allí, pero tenía razón y se lo dije:

-Sí, no está mal pensado.

La tercera vez que nos vimos fue en el zoológico. Su rostro era el de los primeros tiempos, mostraba la belleza y el esplendor de siempre, pero la expresión que había en sus ojos carecía de alegría, de gozo. Caminamos unos minutos a lo largo de la valla que daba a la avenida de la Universidad, una calle de recuerdos compartidos e imposibles de olvidar. Dijo:

-Te estás tomando muchas molestias por mí.

-Tú no sabes qué feliz me siento por ello.

¿Era yo la persona más indicada para hablar de una pretendida felicidad? Proseguí:

-La soledad, Doreya, es el peor castigo que se le puede infringir a un ser humano.

Le dije aquello -puede que con segundas intenciones- con el tono de quien lo ha probado, pero ella no pareció darse por enterada:

-No había vuelto al zoológico desde los tiempos de la universidad.

Le dije sin prestar atención a la digresión:

-Yo también estoy solo; conozco el sabor del aislamiento.

Parecía sitiada. Aquello me angustió y me sentí aún más confuso y trastornado, pero con todo, también me daba cuenta de que la inundación estaba a punto de arrastrar la presa. Cuando nuestros ojos se encontraron adiviné que estaba asustada. De repente ella dijo:

-Me atormenta el pensamiento de que yo pueda pasar mientras que él está... allí dentro.

Percibió mi ansiedad y me preguntó:

-¿Qué te pasa?

-Apenas si puedo sentir otra cosa que no sea culpa.

-Pues lo que yo temo es que mi compañía sea causa de sufrimiento para ti.

-No, en absoluto, ese sentimiento infernal se alimenta de la desesperación...

-Estas citas deberían servir al menos para encontrar cierto consuelo.

-... y la desesperación te lleva al hundimiento; la desesperación empuja al enfermo a intentar curar su dolencia con otra quizás peor...

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir...

Dudé en seguir, pero después lo hice:

-Quiero decir que disculpes mi insensatez si algún día no puedo resistir por más tiempo este impulso que me arrastra, y te digo que te amo, que te quiero como siempre te he querido.

Súbitamente tomé conciencia de mi precipitación. Qué estupidez, qué locura, pero ¿qué pretendo? Sentía que había estado, como un maníaco, persiguiendo un único fin, como alguien cuando se arroja al agua para apagar sus ropas ardiendo. Ella sólo supo decir en tono de reproche:

-;Mansur!

Di marcha atrás como si me hubieran dado un tremendo bofetón, y en un tono de derrota me excusé:

-Lo siento, no sé qué es lo que he dicho, ni cómo lo he podido decir, pero ten por seguro que no es la felicidad lo que buscaba al hacerlo; simplemente, no he podido evitarlo...

Cuando cogía el tren de vuelta pensé: «Es más fácil ser valiente por carta».

Me desperté por un estrepitoso griterío... ¿Son esas las voces que se escapan de mi propia lucha interior? No, es una pelea de otro tipo. Salí de mi cuarto y vi el espectáculo fi-

nal de una batalla. Supe por los rastros dejados en las caras que Sarhán, una desconocida y Sohra eran los héroes o las víctimas de la contienda. Pero ¿quién era esa mujer? ¿Y qué relación había entre Sohra y todo el asunto?

Cuando, como de costumbre, Sohra me trajo el té, se puso a contarme los hechos tal y como sucedieron: la mujer saltó violentamente sobre Sarhán en el momento en el que él estaba entrando en la pensión; se enredaron en una pelea, y después ella misma se vio envuelta en el altercado mientras intentaba separarlos.

-Pero ¿quién es la mujer, Sohra?

-No lo sé.

-He oído de madame que era la novia de Sarhán, ¿no? Se calló un buen rato y entonces dijo:

-Puede ser.

-Y a ti, ¿qué te va en ello?

-Ya he dicho que lo único que quería era separarlos.

-Pero eso no justifica el que ella empezara a pegarte a ti.

-Pero así fue.

La miré con delicadeza y cariño y entonces le pregunté:

-¿Es que entre tú y...?

Pero ignoró mi pregunta. En vista de aquello, la tranquilicé:

-Sohra, no es ninguna vergüenza, yo soy un amigo, y es en nombre de esa amistad que te lo pregunto.

Entonces asintió con la cabeza.

-¿Así que estás comprometida y me lo ocultas?

Negó con un movimiento de cabeza y seguí indagando:

-¿Aún no se ha hecho oficial el compromiso?

Me inquietó su silencio y pregunté:

-¿Cuándo se hará público?

Respondió con seguridad:

-Cada cosa a su tiempo.

Sentí una temerosa aprensión y le dije:

-Pero ha dejado a la otra, tal y como viste...

Contestó inocentemente:

-Es que él no la ama.

-Y entonces no se comprometió con ella, ¿no?

Me miró con compasión y entonces se animó a explicarme:

-Es que en realidad no era su novia, es una mujer de mala vida.

-La traición es la traición, en cualquier caso.

Las palabras sonaron en mis oídos de forma extraña y trágica y en mi boca dejaron un regusto a veneno y castigo. Sarhán entró a formar parte del delirio de resentimiento que yo ya sentía contra mí mismo, y lo maldije mil veces. Cuando unos días más tarde me trajo el té comenzó con extrema alegría:

-Ustás, ¿le puedo contar un secreto?

La miré con curiosidad, esperando que me contara progresos en su relación con Sarhán, pero me contó:

-¡Voy a aprender a leer y escribir!

No entendí a qué se refería y seguí mirándola inquisitivamente. Y me explicó:

-Nuestra vecina, la señorita Aleya Muhammad -la maestra-, y yo nos hemos puesto de acuerdo para que me dé clases.

Me quedé pasmado y grité:

-¿De verdad?

-Sí, sí, ya nos hemos puesto de acuerdo en todo.

Y comentó con orgullo:

-Se me ha ocurrido a mí sola.

-Pero ¿qué te ha hecho pensar en ello?

-Bueno, pues que no quería ser analfabeta para siempre, tengo otras aspiraciones, ¿sabe usted?

-¿Otras aspiraciones?

-Sí, quiero aprender un oficio.

La miré con orgullo y felicidad y grité:

-¡Magnífico, Sohra, magnífico!

Permanecí a solas en la habitación, exultante de alegría y admiración. La lluvia caía en abundancia y el estruendo de las olas se sucedía en sonoros lapsos intermitentes hablando en su lengua incomprensible. Entonces la emoción empezó a calmarse, a disminuir, a enfriarse, hasta que se desparramó en un agua estancada y pútrida cubierta con la espuma de la melancolía. El ascenso evoca el descenso, la fuerza rememora la debilidad, la inocencia alude a la corrupción y la esperanza, a la desilusión. Y por segunda vez no encontré a nadie contra quien desfogar mi cólera más que contra la persona de Sarhán Albuheiri.

Elegimos un lugar para sentarnos bajo un eucalipto en el Casino Ashati. El sol había pasado ya su cénit derramando sobre nosotros unos rayos templados que disolvían el intenso frío de El Cairo. En todo momento ella evitaba que nuestros ojos se encontraran, y repetía:

-No debería haber venido, no debería haber venido...

Intenté calmarla:

-Sin embargo lo has hecho, y tu presencia ha zanjado toda duda.

-No, no ha zanjado nada, tenlo por seguro.

La contemplé al tiempo que sentía el tremendo impulso de precipitarme al vacío:

-Estoy seguro de que el que hayas acudido...

-No, la cuestión es que no me quedaba tranquila si no aclarábamos el asunto frente a frente.

-No creo que mis cartas contengan nada nuevo para ti.

-¡Se las estás enviando a una persona que ya no existe!

Acaricié su mano extendida sobre la mesa como si quisiera asegurarme de su presencia, pero la retiró mientras decía:

-Las has enviado con cuatro años de retraso.

-Lo que dicen está por encima del tiempo y del espacio.

-¿Es que no ves que soy débil y estoy cansada?

-Y yo también; a los ojos de nuestros amigos soy un espía, y ante los míos propios, un traidor. No tengo más refugio que tu persona.

-No soy un buen remedio.

-Pues entonces, no me queda más que la muerte o la locura...

Respiró con crispación dolorida y entonces balbució:

-Yo también soy una traidora desde hace tiempo...

-En absoluto, sólo eras un modelo de lealtad mal entendida.

-Eso sólo es llamar de otra manera a la traición que me desgarraba.

Le respondí enfadado:

-Nos estamos despedazando sin motivo alguno, y ése es todo el nudo del argumento en este drama.

Observamos el Nilo con su color plumizo y las olas casi quietas. Entonces deslicé mi mano hacia la suya por debajo de la mesa y la cogí con ternura, apretando ligeramente para acallar sus débiles intentos de resistencia. Susurré:

-No podemos dejarnos vencer por los recuerdos del pasado.

Ella aseguró con tristeza:

-Nos estamos precipitando al vacío mucho más rápido de lo que me imaginaba.

-No, no, de esta prueba saldremos endurecidos como el metal tras la forja.

Sentía un deseo imperioso que me empujaba a la degradación, como si ésta fuera el objetivo en sí; como el hombre que, en busca de la felicidad, se marca un trayecto cuya meta final es el infierno.

En la estación de tren de El Cairo me encontré con un viejo amigo periodista y de tendencia progresista -aunque no se dedicaba a los temas políticos. Nos sentamos en la cafetería de la estación mientras yo esperaba el tren y él a una persona que llegaba del canal de Suez. Comenzó:

-¡Qué contento estoy de que hayamos coincidido! Hace tiempo que quería verte.

Vaya, ¿qué querría de mí? No lo veía desde que me trasladaron a Alejandría. E inesperadamente me preguntó:

-¿Qué es lo que te trae por El Cairo?

Le clavé la vista sorprendido. Cierto, él sabía que su pregunta me desconcertaría, y prosiguió:

-Espero que nuestra vieja amistad interceda y así me disculpes por mi sinceridad, pero dicen que vienes a ver a madame Fausi...

No me molesté todo lo que yo esperaba. Doreya y yo habíamos previsto aquello, así que le contesté con indiferencia:

-Ella necesita compañía, como sabes.

-Y también sé...

Lo interrumpí con desprecio:

-También sabes que siempre la he amado.

Me preguntó con preocupación:

-¿Y Fausi?

-Él es mejor de lo que los demás piensan.

Dijo incómodo:

-A mí, como amigo, no me gusta lo que se dice.

-A ver, dime qué es lo que se dice.

Pero se calló. Entonces le respondí nervioso:

-Se dice que soy un espía, que huí en el momento oportuno y que después me introduje en la casa de un viejo amigo.

-No me refería a...

-¡Y tú te crees todo eso!

-¡No, no, y no te perdonaría que tú pensaras eso de mí!

En el camino de vuelta a Alejandría me preguntaba: «¿Tendré derecho a disfrutar de la vida? Yo estoy buscando una solución para todas las contradicciones, pero según parece es difícil, de manera que, ¿no podría ser la muerte la solución definitiva?». Me apetecía estar un rato en el Trianón, pero vi desde la calle que Sarhán Albuheiri y Hosni Alam estaban allí sentados hablando, así que desistí de entrar. Había nubes bajas, todas de una misma tonalidad, corriendo veloces, y el viento racheado soplabla refrescante. Estuve andando por el Paseo Marítimo, que aquel día desafiaba al mar con el agua espumosa elevándose y volando hasta el camino. Pensé que si poseyera algo valioso lo destruiría, porque el orden sólo se puede llegar a restaurar con un terremoto devastador.

Vino Sohra con el té. Segura y confiada de mi interés por sus asuntos, me contó:

-Ha venido mi familia a llevarme con ellos, pero me negué.

A pesar de la apatía que sentía por todo, mi afecto por Sohra no había muerto, y la elogíé:

-¡Bien hecho!

-Incluso el bueno de Ámer bey me aconsejó volver a la aldea.

-Eso es porque teme por ti, y te quiere proteger.

Me escrutó con la mirada y entonces inquirió:

-Hoy no sonríe usted como siempre.

Le esbocé una sonrisa con desgana y entonces exclamó:

-¡Ya, ya entiendo!

-¿Qué entiendes?

—Sí, sí, sus viajes cada semana y su preocupación...

Me reí a mi pesar y ella me deseó:

-Espero poder contemplar su felicidad.

-Dios te oiga, Sohra.

Simplemente con miradas cómplices nos entendimos. Hizo un gesto con la mano como si me invitara a estar alegre y dije:

-Hay una persona que turba mi calma.

-¿Quién es?

-Uno que ha traicionado sus creencias.

De nuevo hizo un gesto con la mano pero esta vez con desaprobación y horror.

-Y que también ha traicionado a su amigo y maestro.

Continuó haciendo gestos con la mano y le pregunté:

-¿Lo exime de su culpa el hecho de que ame?

Ella respondió mostrando su desagrado:

-El amor de un traidor es tan sucio como él mismo.

Me sumergí en el trabajo, y cuando mis nervios se sentían inquietos o cuando mis pensamientos se dispersaban, me iba a El Cairo. Allí estaban la felicidad y el amor, pero ¿qué felicidad? Me alegré infinitamente cuando dejó de resistirse y permitió que cogiera su mano entre

las mías. Sin embargo, tras eso padecí emociones febriles y angustiosas, y me dominó la extraña idea de que el amor era el sendero hacia la muerte, y que yo, puesto que exageraba en general en todo, quizás alcanzase el final de esa senda. Le dije cierta vez:

-Te amo desde hace tanto tiempo, ¿te acuerdas?, y después tu compromiso, que me cogió por sorpresa...

Replicó tristemente:

-Tú siempre pareces dudar, y es fácil malinterpretarte.

Y siguió como en una confesión:

-Acepté a Fausi impresionada por su personalidad. Como bien sabes, se merece toda la admiración del mundo.

Alrededor de nosotros había sentadas muchas parejas de enamorados. Le inquirí:

-¿Somos felices?

Me clavó la vista con extrañeza y dijo:

-¡Mansur, qué pregunta!

-Quiero decir que quizás te duela que por mi culpa te hayas convertido en el tema de conversación de los cotillas de esta ciudad...

-Eso no me importa, pero Fausi...

Evidentemente quería repetir lo que yo mismo le había dicho infinidad de veces sobre la enorme comprensión y grandeza de corazón de Fausi, pero se calló. No podía soportar oír ese disco rayado de nuevo, así que inopinadamente le demandé:

-Doreya, ¿has dudado de mí alguna vez, como el resto de la gente?

Frunció el ceño con descontento, porque me había advertido en más de una ocasión que no tocarse ese tema, pero yo me sentía llevado por un deseo apremiante:

-Si lo hubieses hecho, habría sido algo natural.

Se volvió hacia mí protestando:

-¿Por qué te empeñas en hurgar en las heridas?

Volví a sonreír mientras decía:

-Es que lo que yo me pregunto a mí mismo es por qué demonios habrías tenido que disentir de la creencia general.

Entonces dijo enfadada:

-Pues porque tú no tienes calaña de traidor.

-¿Y cuál es esa calaña, según tú? Soy débil: la sumisión ante mi hermano es eso, sin duda alguna, y los débiles son los mejores candidatos a la traición.

Cogió mi mano entre las suyas y suplicó:

-No te tortures a ti mismo, no nos tortures a los dos...

Y me dije que lo que esta mujer no sabía es que ella misma era uno de los instrumentos de mi martirio.

Madame entró en mi habitación. En cuanto la vi, supe que iba a escuchar novedades. Ella siempre iba como una mariposa, revoloteando con noticias de un lugar a otro. Está bien. ¿No ha oído usted, monsieur Mansur? Mahmud Abualabbás, el vendedor de periódicos, ha pedido a Sohra en matrimonio, ¡pero ella lo ha rechazado!

-¡Es una locura, monsieur Mansur!

Pero le dije con sentido común:

-Ella no lo ama, madame.

-Ah, pero el corazón de esa chica marcha por un camino erróneo...

Y me guiñó un ojo. Yo pensé: «¡Ay de él si la engaña!» De repente me dominó una idea absurda, o un deseo pervertido, y era que la engañase para poder infringirle yo mismo el castigo que se merecía. Madame se inclinó sobre mí, susurrando:

-Aconséjela usted, por favor, hará lo que le diga, a usted lo aprecia.

Me irritó el que nombrara el cariño que me tenía, y me tuve que esforzar al máximo para reprimir la ira.

-Es una mujer de buena familia, casi aristocrática, pero no pasa por ser ninguna santa; regentar una pensión conlleva ciertos tejemanejes ineludibles, como ya sabes, y si no hubiese sido por mí le habría confiscado casa y dinero hace ya tiempo...

La tempestad azotaba las ventanas con un auténtico aguacero. El estruendo de las olas me invadía las entrañas. No me enteré de la presencia de Sohra hasta que no puso la taza de té sobre la mesa, frente a mí. Me alegré de verla, ciertamente me libraba de los negros pensamientos. Nos sonreímos. Le ofrecí una barra de chocolate y le tomé el pelo riéndome:

-¡O sea, segundo novio al que das calabazas!

Me miró con cautela y yo proseguí:

-¿Quieres saber mi opinión, Sohra? Mahmud Abualabbás es mejor que Sarhán.

Ella me interrumpió:

-¡Eso lo dice usted porque no lo conoce!

-¿Y es que conoces al otro como deberías?

Me dijo con fiereza:

-¡Nadie piensa que yo soy suficiente para él!

-Eso se lo dices a los que no te quieren bien, no a mí.

-¡Ese hombre no distingue entre una mujer y un cinturón!

Me reí y entonces me contó la anécdota sobre cuál sería su comportamiento y qué opinaba de las mujeres. Pero yo le rebatí:

-Bueno, tú podrías devolvérselo mejor aún...

Pero ella amaba a Sarhán y seguiría amándolo... Finalmente se vería si él se casaba con ella o la engañaba. Le dije:

-Sohra, respeto tu opinión y lo que haces, y lo que me gustaría es poder felicitarte muy pronto.

Falté a la cita de El Cairo para acabar un trabajo urgente e importante. Doreya me llamó por teléfono pidiendo que la socorriera de su extenuante soledad. Cuando a la semana siguiente nos encontramos me dijo nerviosa:

-Ahora me ha llegado a mí el turno de ser la acosadora.

Besé su mano. Estábamos a solas en una habitación en el hotel Florida. Le resumí mis novedades, que en cierto modo incluían una disculpa. Estaba angustiada, tensa, y fumaba un cigarrillo detrás de otro. Yo no estaba mucho mejor:

-He estado abrumado por el trabajo, pero iba a la deriva contra mi voluntad, una voz intrusa me susurraba que había cometido algún error en lo que estaba haciendo, o que no había meditado como es debido algún asunto importante; a menudo descubría de repente que había olvidado algo necesario en la pensión o en el despacho...

Ella dijo con ansiedad:

-Pero yo estoy sola, y ya no soporto mi soledad.

-Somos como peonzas, damos vueltas y vueltas, pero en realidad no movemos ni un dedo para solucionar nuestro problema.

-Bueno, ¿y qué podemos hacer?

Pensé unos instantes intentando seguir tan sólo los caminos de la lógica, pero ¿qué lógica? El que vive re-

torciendo sus emociones no sabe poner en marcha la capacidad de razonar. Me sentía como si estuviera horadando la tierra en busca de nuevas provocaciones. Le dije:

-Si pensamos con la cabeza, la respuesta es muy simple: o tenemos que separarnos, o comenzamos el asunto del divorcio.

Sus ojos grises se dilataron alarmados, quizás porque asentían, no porque rechazasen la idea, y gritó:

-¡El divorcio!

Yo insistí con calma:

-Y después comenzaríamos una nueva vida.

-Sería una cobardía...

-Puede ser, pero también lo más natural, e incluso moral, si quieres...

Callada y hundida apoyó la cabeza sobre sus manos. Entonces la interpelé:

-¿No te he dicho que no estamos moviendo ni un dedo?

Y después de un momento de silencio:

-Dime ¿qué haría Fausi si estuviera en mi lugar?

Ella balbució con voz rota:

-Tú sabes que él me ama.

-Pero no se quedaría contigo si supiera que tú me amas a mí.

-¿No estás siendo muy teórico?

-No, conozco a Fausi, y ésa es la realidad.

-Imagínate, imagínate que dijese...

-Que lo dejaste en la estacada cuando estaba en prisión, ¿no? Eso no tiene importancia, lo abandonas a él, no a sus principios.

Me lo imaginé echado sobre el sofá del estudio, observándome con sus ojos almendrados y negros, fumando en pipa y ocupándose de infinidad de asuntos sin du-

dar ni por un momento de su felicidad matrimonial. Do-reya me preguntó:

-¿En qué piensas?

Le respondí:

-En que la verdadera vida sólo es generosa con los que pueden asumirla.

Cogí su mano y le sugerí:

-Bebamos y dejemos de pensar por un tiempo.

Me aislé de todo lo que había alrededor de mí. Estaba hirviendo de rabia, desde que supe que Hosni Alam se había abalanzado sobre Sohra, hervía de rabia. Estaba sentado en el vestíbulo con Ámer Wagdi y madame, pero no escuchaba de la conversación más que un zumbido. También me había enterado del altercado entre Sarhán y Hosni, y pensé que ojalá hubiera acabado con la muerte, la de ambos. Igualmente me habría gustado enseñarle modales a Hosni, pero no albergaba ninguna duda sobre su capacidad de pulverizarme a golpes, lo cual provocó que lo odiara hasta casi enloquecer. Madame se levantó y se fue, y eso me hizo volver al mundo real. Miré a Ámer Wagdi y vi que él me observaba con preocupación y cariño, así que rebajé el grado de acaloramamiento beligerante que bullía en mi interior. De repente me vino a la cabeza la sorprendente idea de que el anciano habría podido ser un excelente amigo de mi padre y de mi abuelo. Se puso a preguntarme sobre mis ilusiones y le respondí conciso:

-Bueno, en realidad lo que pienso es que no tengo futuro.

Esbozó una sonrisa de experto, como si él ya hubiera pasado por los mismos trances de mil maneras posibles, y aseveró:

-La juventud y la satisfacción se llevan mal, eso es todo lo que te ocurre.

-Me siento tan atrapado en el pasado que he llegado al punto de pensar que no existe futuro.

La sonrisa desapareció de su rostro. Con el tono de la voz grave me dijo:

-Puede ser que hayas pasado por dificultades, fracasos, mala suerte, lo que quieras, pero tienes derecho a vivir con toda la felicidad del mundo...

Detestaba hablar con él de mis preocupaciones, aunque fuera de manera superficial, así que cambié de tema y le pregunté:

-¿Y qué sueños tiene usted, Ámer bey?

Se rió con ganas y contestó:

-Las horas de dormir de los viejos disminuyen de tal manera que incluso dejamos de soñar, y en cualquier caso, lo único que a estas alturas deseo es una muerte placentera.

-Ah, pero ¿hay distintos tipos de muertes?

-¡Claro...! ¡Qué feliz es aquel que se duerme tras una buena velada y ya no se despierta nunca más!

Indagué, prendido en el placer de su charla:

-¿Usted cree que resucitará algún día?

Se rió de nuevo y bromeó:

-¡Sí, si recopilas tu programa sobre mí en un libro!

Me gusta el clima de Alejandría. No cuando está calmo y los dorados rayos del sol son acariciadores y templados, sino en sus furias estacionales, cuando los nubarrones se amontonan y se condensan formando inmensas montañas en la bóveda del cielo, que se satura en un instante de un silencio sospechoso; entonces un golpe de viento vibra y agujerea el vacío como si fuera la lia-

mada de un predicador o el carraspeo de un orador. En esos momentos las ramas de los árboles oscilan y se esconden los pájaros; las ráfagas se suceden y los vientos, ebrios de locura, arrollan con silbidos que resuenan por todos los confines de la tierra; el rugido de las olas brama y la espuma se empina hasta los márgenes de los caminos. El trueno retumba transportando aromas efervescentes desde mundos desconocidos, y las chispas de los relámpagos restallan, ofuscan la vista, electrizan el corazón. La lluvia cae maniática en tromba, y la tierra y los cielos se funden en un abrazo húmedo. Cuando eso ocurre, los elementos del Cosmos se amalgaman, y sus componentes se ondulan y entrechocan como si la Creación quisiera volver a nacer.

Sólo entonces surge la calma, se restablece el sosiego; las sombras se disipan y Alejandría se descubre el velo bajo el cual aparece un rostro acicalado, el fresco verdor, calles brillantes, purificados soplos de viento, rayos templados y una placentera bonanza.

Contemplé la tormenta a través de la ventana hasta que la retornada serenidad del cielo me deleitó una vez más. Algo me decía que aquel drama celestial narraba una leyenda sepultada en mi corazón, que trazaba una senda cuyo fin permanecía en tinieblas, o que fijaba una cita en un murmullo aún incomprensible.

El reloj grande sonó. Me puse los dedos en los oídos para no saber qué hora era. Entonces escuché un vocerío inexplicable que se prolongaba machaconamente y aumentaba en volumen. ¿Una pelea? ¿Otro altercado? Los hechos que ocurrían en la pensión no tenían fin. Intuí que Sohra era el eje, como de costumbre. Una puerta se abrió con violencia y entonces se oyeron claramente las voces. Sohra y Sarhán. Salté hacia la puerta y la abrí. Los vi en el salón, frente a frente como dos ga-

líos de pelea mientras madame se interponía entre ambos. Sarhán tronaba con ira:

-¡Soy libre, y me casaré con quien yo quiera! ¡Y para que te enteres, me voy a casar con Aleya!

Sohra estaba encolerizada como un volcán, humillada por el desprecio, desconsolada por la frustración de sus ilusiones, dolorida por tener que retirarse de la contienda y ser del bando de los vencidos. Así que él había conseguido su objetivo y ahora quería ocuparse de otro frente. Me acerqué a él y lo cogí por la mano llevándolo hacia mi habitación. El pijama estaba hecho jirones casi por completo y tenía los labios sangrando. Comenzó a increparla:

-¡Mala bestia!

Le pedí que se callara, pero él continuaba rabioso:

-¡Imagínate, Su Señoría quiere que me case con ella!

Le volví a aconsejar que se calmara y gritó:

-¡Puta loca!

Me enfadé y le pregunté:

-Bueno, ¿y por qué crees tú que ella querría casarse contigo?

-¡Yo qué sé! Pregúntale, pregúntale a ella...

-Pero te estoy preguntando a ti.

Por primera vez me miró con atención y repetí:

-Debe de haber algún motivo que justifique su petición, ¿no?

En sus ojos vi que la atención se transformaba en cautela y entonces me demandó:

-¿Qué quieres decir?

Le solté ofuscado:

-Quiero decir que eres un miserable.

-¡Ustás!

Le escupí en el rostro mientras gritaba:

-¡En la cara, y en la de todos los canallas, y también en la cara de todos los traidores!

Rápidamente nos liamos en una violenta pelea, aunque madame irrumpió en la habitación antes de que arreciasen los puñetazos.

Se metió entre nosotros mientras suplicaba:

-¡Por favor! ¡Estoy harta de todo esto! ¡Resuelvan sus diferencias en la calle y no en mi casa!

Y se fue con él hacia fuera.

La cabeza ida, el corazón abrumado, los pensamientos dispersos... Así me fui a la emisora. Cuando entré en mi despacho vi una mujer sentada frente a mi mesa. ¿Una mujer? ¡Doreya! Sí, Doreya y no otra. La sorpresa me dejó mudo, estuve como clavado en el suelo ante ella un buen rato. Finalmente las tinieblas de mi cabeza se disiparon y exclamé:

-¡Doreya!

Sonreí. Tenía que sonreír, no sólo eso, la cara tenía que iluminarse de alegría. Cogí su mano entre las mías y la apreté con ternura. Me invadió una emoción de alegría, se despejaron la angustia y los temores que laceraaban mi alma. Dije:

-¡Qué sorpresa! ¡Y qué alegría, Doreya!

Se disculpó mientras me observaba con el rostro demacrado:

-Debería haber esperado un par de días hasta que nos viésemos en nuestra cita, pero no he podido; te llamé por teléfono, y como no te encontraba...

Se apoderó de mí una inquietud cuyo fondo me resultaba incomprensible. Traje mi silla y me senté frente a ella mientras decía:

-Espero que no sea nada malo lo que te ha traído aquí.

Respondió bajando la mirada:

-He recibido una carta de Fausi a través de un amigo periodista...

Mi corazón palpitó con fuerza. Ah, el amigo periodista. Seguro que nada bueno podía ser. Continuó:

-Me da libertad absoluta para que haga con mi futuro lo que desee.

Los latidos se apresuraron. La cuestión estaba meridianamente clara, pero me obstiné en analizar punto por punto. Y lo más asombroso era que la confusión se adueñó de mí hasta tal extremo que no podía saborear ningún sentimiento de alegría, incluso se me llegó a pasar por la cabeza que no me sentía feliz. Ofuscado, indagué:

-¿Eso qué quiere decir?

-Está claro que él se ha enterado de nuestra relación.

-Sí, pero ¿cómo?

-¡Pues como sea, eso no importa!

Nos miramos perplejos. Sentí que me ponían los grilletes. Pensé: «Tendría que sentirme afortunado por haber conseguido un poco de felicidad, de tranquilidad..., ¿qué me está ocurriendo?». Inquirí:

-¿Se ha enfadado?

Ella respondió alterada:

-¡En cualquier caso, se ha comportado como tú esperabas!

Incliné la cabeza en un gesto de sumisa perplejidad, y ella demandó:

-Ahora tienes que darme tu opinión.

Cierto, no tengo más que darle la señal de salida y se pondrán en marcha los papeleos del divorcio; no me queda más que construir un nido de amor matrimonial tal y como yo le había propuesto. Ah, ahí, ahí está el sueño dorado pidiéndome permiso para irrumpir en el mundo real. Pero no soy feliz, debo ser sincero conmi-

go mismo, no lo soy en absoluto, es más, me siento en las antípodas de la dicha. Atormentado, con miedo. Y no es que me sienta arrepentido o avergonzado por lo que ha ocurrido, no, es que es algo que me supera, está adherido a mi ser, a mi ser y a nadie más. Es mío y sólo mío: si no estoy abrumado por la tarea de defender mi felicidad, ¿cómo estoy?, ¿qué soy?, ¿en qué fuego puedo quemarme?

Ella resopló en un tono de voz cuando menos indignado:

-Cuanto más tiempo te quedes callado y pensativo, más me harás sentirme repudiada y mortalmente sola.

Pero yo necesitaba poder meditar más, El pánico y la inquietud habían alcanzado tal límite que ya no me podía preocupar por sus sentimientos, ni siquiera por ser amable con ella. Me había recobrado del hechizo como si un garrote hubiese golpeado mi cabeza. Me liberé de su dominio. Una ola negruzca de aversión y crueldad se elevó en mis confusas, angustiadas y asustadas entrañas. No podía encontrarle a eso ninguna explicación más que el que fuera la misma esencia de la locura.

Ella me preguntó desafiante:

-¿Por qué no hablas?

Le dije con una calma terrorífica:

-Doreya, no aceptes su generosa oferta.

Me miró fijamente a la cara. Me miró fijamente a la cara, y la suya estaba pálida, incrédula, desgarrada, enfurecida. Le repetí ensañándome:

-No dudes en hacer lo que te digo.

-¿Tú estás diciendo eso?

-Sí...

-Es de risa, no, vamos, es para llorar... Dios mío, no entiendo nada...

Exclamé con desesperación:

-¡Más tarde llegará el momento de comprender, no ahora!

-¡No puedes dejarme así, sin ninguna explicación!

-¡Es que no tengo ninguna explicación!

Los destellos de ira le brotaban desde lo más profundo de los ojos grises y farfulló:

-Me estás haciendo dudar de tu cordura.

-Es lo menos que me merezco.

Entonces chilló con rencor:

-¡Te has estado divirtiendo conmigo todo el rato! ¿Eh, es eso?

-¡Doreya!

-Dime, sé sincero, ¿me has estado mintiendo?

-¡Jamás!

-Entonces, ¿tu amor por mí ha muerto de repente?

—No, no, eso nunca...

-¡Me sigues tomando el pelo!

-No tengo nada que añadir... Me aborrezco a mí mismo, eso es lo único que te puedo decir claramente... Nunca te acerques a un hombre que se odia a sí mismo...

Los ojos clavados en mí reflejaban el hundimiento interior. Apartó entonces la mirada con desprecio y rencor. Permaneció un rato en silencio, como si no supiera qué hacer consigo misma. Entonces murmuró en algo que parecía un soliloquio:

-Soy tonta, y ahora tengo que pagar el precio de mi estupidez. Tú jamás me has hecho sentir confianza y seguridad, ¿cómo he podido olvidarlo? Me has arrastrado al son de tus impulsos enloquecidos. Sí, sí, estás loco, trastornado...

Me mostré humilde como un chiquillo culpable y obediente y me quedé en silencio como mejor recurso para acabar con la dolorosa escena. Evité levantar mis ojos hacia ella e ignoré sus miradas, el tamborileo de sus

dedos sobre el borde de la mesa, su respiración agitada; me convertí en un cadáver inánime...

Me llegó su desplomada voz:

-¿No tienes nada más que decir?

Me mantuve en la parálisis. Se levantó con cierta rabia y yo me levanté también. Salió de la oficina y yo la seguí hasta que llegamos a la calle. La cruzamos juntos. Entonces aceleró el paso, dándome a entender su negativa a que la acompañase, así que me detuve. Mis ojos la siguieron como quien mira una fantasía. La fantasía se engrandeció y extendió sus dominios sobre mí, y la realidad se fue alejando hasta esconderse tras del horizonte. Miré sus andares -familiares, amados- con extrañeza, con tristeza. Incluso en aquel momento, en pleno torbellino de locura, no se me ocultaba que ese ser vacilante y derrotado que se perdía poco a poco en la corriente de los peatones había sido mi primer amor -y quizás el último- en este mundo. Con su desaparición me precipitaba al fondo del abismo. Y pese a mi evidente desdicha, me invadió una oscura y extraña paz.

El mar se extendía bajo una superficie lisa y de un azul sonriente. ¿Dónde estaba la violenta tormenta? El sol caía en el ocaso lanzando destellos diamantinos que se adherían a los flecos deshilachados de unas nubéculas tenues. ¿Dónde están las montañas de nubarrones? El viento jugueteaba con las hojas de las palmeras en la espesura de Assilsila haciéndole caricias transparentes y delicadas. ¿Dónde está el zarandeo del viento tempestuoso?

Observé la demacrada cara de Sohra, las huellas de las lágrimas secas sobre las mejillas, la mirada derrotada y marchita, y pensé que estaba contemplando mi propia

imagen reflejada en un espejo. La vida me estaba enseñando su temperamento áspero, grosero, rudo; las posibilidades escasas, la dureza sin fisuras y recubierta de espinas, las crueles perspectivas en una espiral cuyo principio y fin estaban envenenados, su alma eterna que seduce a los aventureros y a los desesperados, pero que sólo da a cada cual su justa medida..., y a Sohra la había despojado de su honra y dignidad. Cierto, me veo reflejado en un espejo.

Ella me miró con recelo y pidió:

-Por favor, no quiero ni reproches ni censura.

Le respondí abatido:

-Como ordenes.

Aún no me había repuesto de mi amarga experiencia con Doreya, ni tampoco había encontrado el momento oportuno para analizarla y entenderla, pero me sentía poseído por ella hasta enloquecer. No me cabía la menor duda de que la tormenta estaba aún por llegar, que el nudo del argumento aún no había tenido su desenlace.

Me resultaba imposible quedarme callado, así que la consolé:

-Sohra, es lo mejor que te podía haber ocurrido.

No contestó a ello. Le pregunté:

-¿Qué piensas hacer?

Murmuró con desgana:

-Sigo viviendo, como usted ve.

-¿Y tus ilusiones?

-Aún continúan ahí.

Pronunció aquellas palabras con tozudez y determinación, pero ¿dónde estaba el ánimo? La reconforté:

-La tristeza se irá como si nunca hubiera estado; te casarás y tendrás hijos...

Me replicó con amargura:

-Lo mejor que puedo hacer es evitar a los hombres...

Me reí. Era la primera vez desde hacía mucho tiempo. Ella no sabía del torbellino que se agitaba en mí, ni tampoco del delirio que me tendía una emboscada.

Se me ocurrió una idea. ¿De repente, sin previo aviso? No, era indudable que tenía raíces abisales de las que no había sido consciente. Era un disparate, y por ello mismo, atrayente. Una insólita idea deslumbrante y original, y no estaba lejos de ser lo que yo andaba buscando. Sería un bálsamo para mis infecciones crónicas. Miré a Sohra con cariño, y comencé:

-Sohra, mi vida no se restablecerá mientras tú sigas triste.

Trabajosamente esbozó una sonrisa de agradecimiento y añadí, sintiendo la ola de euforia que se elevaba en mi interior un poco más:

-Sohra, olvida las penas, vuelve a ser la de siempre; dime, ¿cuándo veré una sonrisa de felicidad en tus labios?

Sonrió con la cabeza inclinada. La ola de delirio se elevó un peldaño más. Aquí, aquí está ella, repudiada, sola, proscrita y deshonrada. Y proseguí con desusada agitación:

-Sohra, quizás ignoras hasta qué punto eres importante para mí. Sohra, ¡acéptame como esposo!

Se giró hacia mí, estupefacta e incrédula, con un movimiento rápido. Sus labios se abrieron para hablar pero no pronunciaron ni una sola palabra.

Le repetí, aún bajo el dominio de mi extraña perturbación:

-Sohra, cástate conmigo, te estoy hablando en serio.

Cuando se pudo reponer de la sorpresa simplemente profirió:

-No.

-¡Casémonos cuanto antes!

Movió los fuertes dedos con nerviosismo mientras decía:

-Usted ama a otra.

-No era amor, es un cuento que tu imaginación se ha inventado, déjame oír un «sí», Sohra, por favor...

Suspiró, me observó con recelo, y finalmente declaró:

-Usted es un hombre generoso y noble, y sus sentimientos le empujan a hacer cosas sin pensar... No, no puedo aceptar, y usted tampoco lo quiere, no, no vuelva a decirlo.

-Entonces, ¿me rechaza?

-Le estoy muy agradecida, pero no creo que haya una auténtica petición que yo pueda rechazar o aceptar.

-Créeme, te lo juro, dame una promesa..., una esperanza... Te esperaré...

Me repitió con obstinación, y sin tomar mis palabras auténticamente en serio:

-No, le agradezco su afecto y su aprecio, pero no puedo aceptar. Vuelva usted con su novia. Si ha habido alguna falta, seguro que es ella la culpable, pero debe perdonarla.

-¡Sohra, por favor, créeme!

-No, no, no vuelva a empezar.

Lo dijo con una firmeza aterradora. Entonces la fatiga apareció en el fondo de sus ojos, como si estuviera hastiada de toda la escena. Me dio las gracias con un gesto mientras se iba con una resolución contundente. Volví a la nada. Miré a mi alrededor como si buscara socorro. ¿Cuándo ocurrirá el terremoto? ¿Cuándo estallará la tormenta? ¿Qué es lo que he dicho? ¿Cómo lo he dicho? ¿Por qué? ¿Es que hay otra entidad acurrucada en mi interior que me utiliza de médium cada vez

que le viene en gana? ¿Cómo puedo poner límite a todo esto?

«¿Cómo puedo poner límite a todo esto?»

Enajenado, me hacía esta pregunta una y otra vez mientras salía de mi habitación. Vi a Sarhán en el salón hablando por teléfono, y le lancé una mirada a la maleta que, tras la puerta, anunciaba su partida definitiva. Con repugnancia fijé la vista en su nuca inclinada sobre el auricular, como si estuviera frente a un enemigo acérrimo. Él llenaba mi vida más de lo que yo me había imaginado. Si también él desaparecía para siempre, ¿qué sería de mí? ¿Cómo podría verlo de nuevo? Él tiraba de mí con fuerza, como la luz atrae los insectos; era la dosis venenosa, la droga con la que quizás me curase.

Resonaba su potente voz mientras decía por teléfono:

-De acuerdo, esta noche a las ocho, en el Albagaa.

Me estaba emplazando, y quizás también, sugiriéndome un objetivo. Estaba sacando mi demencia a bailar. Su sonora voz me atrae al suicidio, me ordena que lo siga, y me concede liberar a alguien de la nada, del vacío absoluto.

Volví a mi habitación temiendo precipitarme con mis turbulentas emociones. Cuando salí de la pensión no quedaba ni rastro de él.

Fui primero al Atheneus. Pensé en escribirle una carta a Doreya pero la locura había barrido todo deseo en mí, al igual que me había aniquilado el juicio.

Después, ya en el casino Albagaa, me acomodé en un rincón del patio interior. Me sentía como el que ha decidido emigrar y se está despidiendo de la ciudad y de todas sus tribulaciones. Encontré cierta tranquilidad,

parecía que tenía la mente un poco más despejada. Mi rincón estaba escondido detrás de mesas ocupadas con hombres y mujeres. Pedí una copa de coñac, después la hice seguir de otra mientras mis ojos apuntaban a la entrada, y hacia las ocho menos cuarto llegó el héroe esperado con Tolba Marsuq, que lo precedía. ¿Era él la persona con la que había estado hablando por teléfono? ¿Desde cuándo existía esa repentina amistad entre ambos? Se sentaron como a unas diez mesas de mí, y el camarero les trajo también coñac. Recordé que por la mañana, a la hora del desayuno, había estado de acuerdo con la propuesta de Tolba Marsuq de pasar Nochevieja en el Monseigneur. Ah, sí, es cierto, había prometido celebrar la noche de Fin de Año...

Seguí mirándolos a escondidas mientras ellos bebían, conversaban y reían.

Intenté por todos los medios que no me viera, pero me vislumbró en el reflejo del espejo. Lo ignoré, maldiciendo mi mala suerte. Salí a la calle completamente desierta, podía escuchar el golpeteo de sus zapatos detrás de mí. Ralentiqué el paso hasta que casi me alcanzó. Nos metimos en la calle desierta, se puso a mi altura. Me miró con suspicacia, aminorando su marcha para no mostrarme la espalda indefensa, y dijo:

-Me estás siguiendo, te he visto desde el principio.

Le dije fríamente:

-Sí.

Se puso en guardia mientras me preguntaba:

-¿Por qué"?

Saqué las tijeras del abrigo y declaré:

-Para matarte.

Me espetó, sin poder apartar los petrificados ojos de las tijeras:

-¡Sin duda estás loco!

Ambos saltamos al mismo tiempo -para atacar al otro o para defenderse-, y empezó a gritar:

-¡Tú no eres el tutor de Sohra!

—¡No es por Sohra, no sólo por ella!

-Entonces, ¿por qué?

-¡No puedo seguir viviendo si no te mato!

-Pero si lo haces, a ti también te matarán, ¿o es que no lo sabes?

Me invadió de nuevo esa sensación de ser un emigrante que se despide de la ciudad y de todas las preocupaciones de ésta; me sentía ebrio, borracho. De repente me preguntó:

—¿Cómo sabías dónde estaba?

-Te escuché en la pensión mientras hablabas por teléfono.

-¿Y entonces decidiste matarme?

-Sí.

-¿No lo habías pensado antes?

Sorprendido, no respondí, pero tampoco renuncié a hacerlo.

-En realidad no quieres matarme.

—Sí, sí que quiero y lo voy a hacer...

-¿Y si no me hubieras visto ni oído en ese momento?

-Pero sí te vi, y te oí... ¡Y te voy a matar!

-Pero ¿por qué?

Me sorprendí de nuevo, pero mi propósito de matarlo era firme, no sólo eso, era inalterable, así que comencé:

-¡Por esto te mato..., y por esto..., toma..., y toma...!

Escuchaba las risas de Sarhán mientras hablaba con Tolba Marsuq. De vez en cuando se levantaba y se iba, para después volver y sentarse de nuevo.

Maldije a Tolba, su presencia lo había estropeado todo. Pero a la hora de estar allí más o menos se levantó, se despidió de Sarhán -que se quedó solo- y se fue.

Yo no veía el momento en el que mi sufrimiento desapareciese. Continuó bebiendo aunque a menudo se volvía hacia la entrada del local, y cada vez que lo hacía quedaban patentes la impaciencia y la angustia que sentía. ¿Está esperando a otra persona? ¿Vendrá el otro y se perderá mi oportunidad para siempre?

El camarero lo avisó de una llamada de teléfono y rápida y ansiosamente se levantó. Se ausentó un rato, y cuando volvió se le veía taciturno y desanimado. No, lo cierto es que regresó derrotado. ¿Qué había ocurrido? No se sentó, pagó la cuenta y salió. A través de la cristallera que separaba el patio de la entrada lo seguí con la mirada y lo vi dirigirse a la barra, quizás para seguir bebiendo. Esperé impaciente a que se moviera de allí y se dirigiera al exterior. Entonces me levanté con calma y parsimonia. Cuando salí ya había atravesado la calle. Me arrebujé en mi abrigo para protegerme de la brisa, que aunque suave, era fría y cortante como un cuchillo. La calle estaba completamente vacía, la luz de las farolas estaba envuelta en halos de niebla, y el susurro de la vegetación a ambos lados de la vía desgarraba un silencio por otra parte total. Anduve con cautela, casi pegado a la pared, pero él parecía ajeno en sus pensamientos, abstraído de lo que ocurría a su alrededor, con las facultades completamente inmersas en un mundo aparte. Incluso había olvidado ponerse el abrigo y lo llevaba doblado en el brazo. ¿Qué ocurría? Estuvo todo el tiempo hablando y riendo. ¿Por qué había dado ese vuelco? Yo me concentré en una sola idea, como si ésta fuera mi única posibilidad de redención. De improviso se desvió hacia la carretera que conduce al Palma, un camino despoblado y oscuro, absolutamente solitario a aquellas horas de la noche. ¿Qué se proponía? ¿Por qué se comporta como si estuviera entregando el cuello a las manos de su verdu-

go? Me apresuré ligeramente para no extraviarlo al tiempo que palpaba la valla de los huertos, y juntos nos sumergimos en la negrura. Seguía su sombra, listo para saltar sobre él, pero súbitamente se paró y yo, temblando, hice lo mismo. Algo va a ocurrir. Quizás haya venido algún desconocido, tengo que esperarme. De repente se oye algo, ¿está hablando...? No..., ¿qué sonido es ése? ¡Un vómito! Se movió con lentitud una distancia corta y entonces cayó al suelo. Borracho, definitivamente borracho. Había bebido más de lo que podía aguantar y ahora ha perdido el conocimiento. Esperé aguzando el oído, pero no sucedía nada. Me acerqué hasta casi tropezar con él. Me incliné, quise llamarlo, pero no me salía la voz. Le toqué el cuerpo y la cara, pero no reaccionó. Estaba completamente sumido en un coma etílico, e iba a abandonar este mundo sin dolor ni miedo, como el anciano Ámer Wagdi deseaba. Lo moví con suavidad, pero no se dio cuenta; lo sacudí de nuevo con más energía, pero tampoco lo advirtió, entonces lo zarandeé con violencia, y en absoluto mostró síntoma alguno de despabilarse. Me incorporé resentido. Deslicé mi mano en el bolsillo del abrigo para sacar las tijeras pero no encontré ni rastro de ellas. En vano las busqué en el lugar que se suponía que estaban. ¡Había olvidado cogerlas! Cuando iba a hacerlo -agitado, en estado crítico, desesperado- llegó madame para pedirme opinión sobre la noche de Fin de Año. Está bien, vale, dejé la habitación sin llevar a cabo el único objetivo que me había hecho ir allí. El enfado contra mí mismo creció, y creció también contra aquel borracho cómodamente instalado en un estado de inconsciencia que no merecía. Le di un puntapié en un costado. Le volví a dar otro con más fuerza. El tercero fue con violencia. Entonces enloquecí, y sin control alguno comenzaron a diluviarle patadas por todo el cuer-

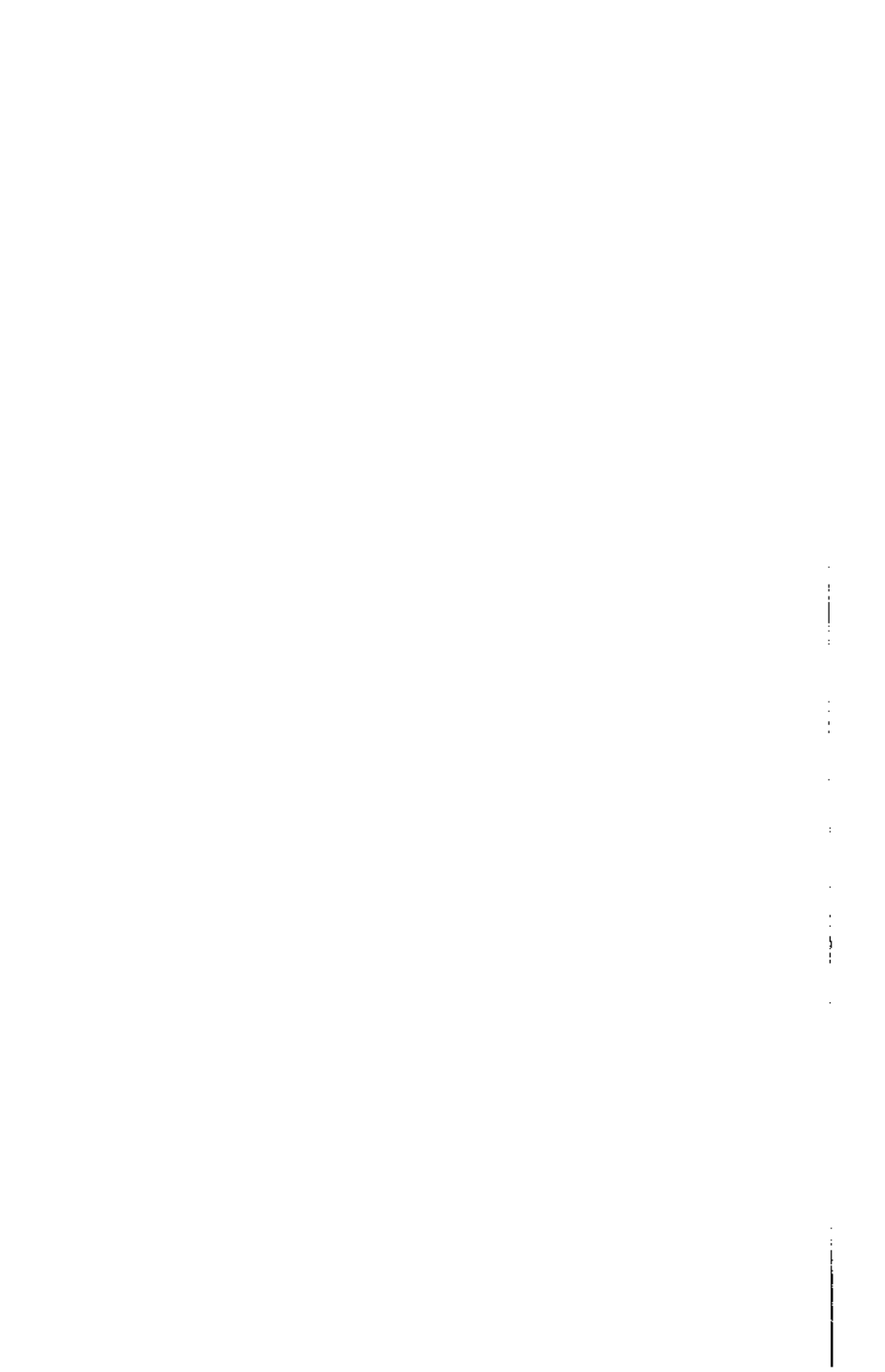
po hasta que desfogue rabia y furia por completo. Regresé a la valla sintiendo vértigo por la debilidad y repitiendo: «Lo he matado, lo he matado». Respiraba con dificultad y sentía náuseas; me dominó la percepción de mí mismo de ser un trastornado que se agitaba enloquecida y violentamente en la oscuridad. Recordé a Doreya. La recordé, cuando ella miró en las profundidades de mis ojos, cuando ella se perdió en la aglomeración de la gente...

Volví a la pensión andando. Me imaginé a Sohra sumergida en un sueño opresivo, pesado, sofocante.

Tomé una pastilla para dormir y me dejé caer en la cama.

Me empujaba con insistencia agarrándome por los hombros, y le grité encolerizado:

-¡Me estás condenando para siempre!



Sarhán Albuheiri

El High Life.

Una exhibición de formas y colores que despiertan tumultuosamente los sentidos y las apetencias. Un enorme escaparate de luces brillantes en el que se muestran pequeños barreños de encurtidos y aceitunas, latas de escabeches y adobos, botes de dulces, carnes secas, ahumadas y frescas, lácteos y derivados, botellas -en forma de bota, con muescas, cuadradas, con el vidrio de superficie lisa o con pequeños poliedros, etcétera- llenas de todo tipo de vinos de distintos países.

Por eso mis pies se detienen de manera automática frente a todos los ultramarinos griegos.

El viento del otoño golpea suavemente con untuosidad sensual. Mis ojos se posan en la campesina que está de pie entre dos clientes, frente al mostrador. ¡Bendita sea la tierra que te ha visto nacer! La descubrí cuando repasaba los precios de las botellas. Desde mi posición exterior los ojos se quedaron prendados en ella: pasaron sobre un barril de aceitunas, se escurrieron entre una botella de Haig y otra de Dewar's, se alejaron con asco de un *basterma*¹, hasta que se instalaron sobre su perfil moreno levantado hacia el tendero de bigote balcánico. En aquel momento sujetó bajo el brazo la cesta de paja trenzada llena de compras -de donde sobresalía el cuello de una botella de Johnnie Walker-, y cuando dejé la tienda me dirigí hacia ella.

i. Embutido hecho de carne de vaca y muy especiado, producido y consumido mayoritariamente por los árabes cristianos. (IV. de la 'I'.)

Nuestros ojos se encontraron. Una mirada severa pero curiosa chocó contra la mía, sonriente y admirada. Siguió por su camino y yo me fui tras ella sin otro propósito que brindar por aquella belleza de aroma a campo, ese campo que tanto amo. En el Paseo Marítimo hicimos frente a las ráfagas del viento húmedas por el oleaje y enhebradas con los débiles rayos del sol otoñal. Ella iba delante de mí en una especie de vigorosa marcha militar hasta que dobló por detrás del edificio Miramar. Se volvió hacia mí cuando pasaba rápidamente hacia la entrada del edificio y vislumbré unos ojos color de miel y elusivos.

Y evoqué los días de cosecha en la aldea...

Su perfume ya se me había volatilizado de las mientes, o casi, cuando al final de la semana la vi por segunda vez. La reconocí frente al puesto de Mahmud Abualabbás mientras compraba los periódicos. La alcancé antes de que se marchara y le dije:

-Buenos días...

Fue Mahmud el que me devolvió el saludo y no ella, pero sí que me lanzó una mirada que yo recogí con ojos de halcón. Se fue presurosa, pero su aroma me excitó de nuevo, llenando todos mis sentidos. Me dirigí a Mahmud:

-¡Te felicito!

Él se rió inocentemente y le pregunté:

-¿De dónde viene?

Respondió sin interés:

-Pues trabaja en la pensión Miramar.

Le devolví una cantidad de dinero que le había pedido prestada en un momento de necesidad por cuestiones familiares. Después me puse a andar alrededor de la fuente porque estaba esperando a Ali Bakir, un in-

geniero de mi empresa. Una campesina bonita, verdaderamente bonita; me había robado el corazón. Me sentía ligero y alegre por la emoción de haberla visto, confortado por los deliciosos rayos del sol, encantado y entretenido con la gente que, como yo, estaba a mi alrededor haciendo tiempo en espera de alguien, o que simplemente deambulaba por allí...

Y evoqué los días de cosecha en la aldea...

Ali Bakir llegó alrededor de las diez de la mañana y nos fuimos a mi casa, en Azzarita. Safeya ya estaba vestida, así que los tres nos encaminamos hacia el cine Metro. Al terminar la película era la una del mediodía, y mientras ellos se adelantaban al apartamento yo fui al High Life para comprar una botella de vino chipriota.

Entonces vi a la campesina haciendo la compra. ¡Aquello era como un bello sueño, parecía que la fortuna me sonreía! Algo la avisó de mi presencia y se volvió inquisitiva. Lo que se encontró fue mi cara exultante. Se giró hacia delante, pero en un espejo-estantería en el que se desplegaba un escuadrón de botellas de vino, vislumbré una sonrisa que se asomaba por sus labios rojos. Me puse a soñar con los ojos abiertos, y me imaginé que vivía en la pensión, disfrutando de cuidados y de amor. La chica había penetrado en mi ser, había reanimado mi corazón tal y como había ocurrido cuando estudiaba en la Facultad de Economía. Esta sonrisa era genuina y pura como el sol brillante del mediodía. Una campesina lejos de su lugar de origen, una extraña en la pensión, como un perro fiel que, perdido, busca a un amo.

Le dije mientras dejábamos la tienda:

-Si no fuera porque es de día, te acompañaría hasta tu casa...

Frunció el ceño, burlona, mientras replicaba sin auténtico enfado:

-Me parece que es usted un caradura...

Soné, feliz, con la fragancia del campo y con los amores primerizos.

Encontré a Ali Bakir en el salón sentado con las piernas cruzadas sobre un cojín, y a Safeya preparando la comida en la cocina. Me eché al lado de Ali y puse la botella frente a mí al tiempo que comentaba:

-Están que arden... ¡Ésa es la más reciente definición técnica para los precios!

Me apretó el brazo y me preguntó:

-¿Ya ha pasado tu particular crisis anual del comienzo de curso?

-Sí, ya ha pasado, pero no sin dejar secuelas...

Cierta vez yo le había contado sobre la cesión a mi madre y hermanos de mis rentas por los cuatro *feddán* de tierra que me habían tocado en herencia, pero en realidad cuatro *feddán* no daban para mucho.

Me dijo animándome:

-Todavía estás en la flor de la vida, y ante ti se extiende un futuro brillante.

Le respondí molesto:

-Habíame del presente, por favor, y dime por Dios qué sentido tiene la vida si no posees un chalé, un coche y una mujer.

Ali Bakir se rió asintiendo. Safeya, que escuchó lo que decía mientras traía la comida, me miró feroz y entonces se dirigió al ingeniero:

-No le falta de nada, pero es un ingrato hijo de puta.

Me corregí:

-¡En realidad lo único que tengo es la mujer!

Safeya se quejó:

-Vivimos juntos desde hace más de un año; me propuse enseñarle a ahorrar, pero al final él me ha arrasrado al despilfarro.

Bebimos, comimos y dormimos.

Salimos de casa antes del atardecer. Safeya se encaminó al Genevoise, y Ali Bakir y yo nos fuimos al Café de la Paix. Estábamos saboreando un café cuando me preguntó:

-¿Todavía cree que se va a casar contigo?

-Está chiflada... ¿Qué esperas de una chiflada?

-Pues me temo que al final...

-Las estrellas del cielo están más cercanas a ella de lo que yo lo estoy, y además me aburre soberanamente.

A través de los ventanales del café se veía una atmósfera limpia, pura. Sentí los ojos de Ali Bakir posarse sobre mí y los ignoré pero en mi interior sentí una señal de alarma. No tardó en hablar:

—Bueno, vayamos al asunto.

Volví la mirada hacia él, cara a cara. No había escapatoria. Le contesté:

-Pues vayamos al asunto.

Empezó con una inexplicable calma:

-Bien, ya hemos estudiado el tema con todo detalle.

Se encogió mi corazón.

Se acobardó.

Lo miré resignado, preocupado y angustiado, pero él continuó:

-Yo soy el ingeniero encargado y tú el jefe de contabilidad; ya tenemos al conductor del camión, al igual que el vigilante; sólo resta que nos reunamos para jurar sobre el Corán.

Me reí a pesar mío. Me miró inquisitivo y entonces se dio cuenta del chiste sacrilego que le había salido sin

querer. Se rió también, y después frunció el entrecejo y siguió:

-Que así sea, en realidad es un dinero sin dueño... Imagínate lo que significa un camión de hilaturas en el mercado negro, y total, es un asunto seguro y se puede repetir cada semana.

Me puse a pensar y a soñar. Entonces me llegó su voz que decía:

-El procedimiento para hacerlo legalmente es una falacia, créeme. Ascensos, promociones, ¿y después qué? ¿Cuánto valen los huevos? ¿Cuánto vale la ropa? Y tú me vienes hablando de un chalé, un coche y una mujer... Vale, dime entonces: te han elegido miembro de la Unidad de Base, ¿y qué provecho has sacado? Eres miembro del Consejo de Dirección, ¿y qué ha ocurrido? Te has ofrecido voluntario para solucionar los conflictos de los trabajadores, ¿y se te han abierto las puertas del cielo? Los precios suben, los sueldos se deprecian, y la vida sigue... Bien, bien, ¿dónde está el fallo? ¿Cómo ha ocurrido? ¿Es que somos conejillos de Indias? Querido amigo, indícame dónde está el camino recto...

Le pregunté, y oía mi voz como si me fuera ajena:

-¿Cuándo nos ponemos en marcha?

-No empezaremos hasta dentro de dos o tres meses, la planificación tiene que ser la base de nuestro trabajo, y después, a vivir como nuestro mítico califa Harún Arrashid...

Pese a la genuina repulsa que sentía, el asunto se había caído por su propio peso desde hacía mucho tiempo, sólo que era mi corazón el que soportaba esa carga. Se puso a mirarme fijamente, y por último me demandó:

-¿Sí?

Estallé en carcajadas. Me reí hasta que se me llenaron los ojos de lágrimas. Su rostro me observaba todo el

tiempo, duro, frío, inquisitivo. Me incliné hacia él sobre la mesa y susurré:

-OK, mi querido camarada.

Me dio un apretón de manos y se fue. Me quedé solo, absorto en mis pensamientos.

-Ustás, pronto necesitaré su ayuda.

Le pregunté a Mahmud Abualabbás que en qué, y me explicó:

-Si Dios quiere, compraré el restaurante Panayoti cuando el dueño se vaya del país.

Me quedé realmente pasmado. Contemplé su puesto atestado de libros, periódicos y revistas. ¿Había podido ahorrar lo suficiente como para comprar el Panayoti? Indagué:

-¿Y qué puedo hacer por ti? Yo no sé nada sobre comidas excepto que se comen.

-Ya, es por si usted me puede echar una manita con las cuentas...

Le prometí que sí. Después se me ocurrió que podía vender mis tierras y asociarme con él, y le inquirí:

-¿Te gustaría tener un socio?

Respondió con espanto evidente:

-No, no me gustan los socios, y tampoco quiero que el restaurante crezca y llame la atención del gobierno.

Me fui a la sede central de la Unión Socialista y escuché una conferencia sobre el mercado negro, a la que le siguió un debate. Ya concluida la reunión, oí una voz que me llamaba cuando iba camino de la salida en medio de la aglomeración. Me detuve y al volverme contemplé a Raafat Amín frente a mí. No lo había visto desde los

tiempos de la universidad. Nos saludamos con efusión, después seguimos la corriente hasta que llegamos a la calle. Me contó que había asistido a la reunión en calidad de miembro de la Unidad de Base de la Compañía Metalúrgica Unificada. Nos dirigimos hacia el Paseo Marítimo atraídos por la bonanza del tiempo, y cuando nos quedamos a solas, o casi, estallamos en carcajadas. Nos reímos sin motivo aparente, simplemente empujados por los recuerdos compartidos imposibles de olvidar o de obviar; recuerdos de reuniones parecidas, de las que fuimos testigos uno al lado de lo otro, que aplaudimos y vitoreamos juntos. Aquello ocurrió cuando éramos miembros del Comité de Estudiantes del Wafd en la facultad. ¿Te cuerdas? Por supuesto, ¿quién puede olvidar? En aquellos tiempos éramos enemigos del Estado. Sí, pero hoy día *somos* el Estado. Así transcurría la conversación entre el pasado y el presente, hasta que le dije:

-¡No me creo que tú, precisamente tú, reniegues de haber pertenecido al Wafd!

Le volvió la risa mientras decía:

-Y tú, ¿no eras un wafdista convencido, eh? ¡Donde las dan, las toman!

Entonces me dio un codazo y me preguntó:

-Pero ¿de verdad eres socialista?

-¡Claro que sí!

-¿Por qué, si se puede saber?

-Porque la revolución de Náser representa inmensos logros, hasta un ciego lo podría ver...

-Y el que realmente ve, ¿qué?

Le repliqué con seriedad:

-Creo firmemente en lo que digo.

-Entonces, ¿eres un socialista revolucionario?

-Sin la menor duda.

-Enhorabuena..., bueno, a ver, ¿dónde vamos a pasar la velada?

Lo invité al Genevoise. Nos quedamos allí hasta medianoche, quería esperar a Safeya, pero finalmente me avisó de que se iba a ir con un cliente libio...

Estaba saliendo del cine Strand cuando vi a la bonita campesina, que venía de la calle Safeya Zaglul en compañía de una vieja griega. Una beldad morena de mirada hechizante y suculenta lozanía. La acera estaba llena de gente; el viento soplaba fresco transportando el olor a salitre; un inmenso halo de algodón cardado cubría la bóveda celeste y confería al ambiente un color blanco, soñoliento y delicado como de plácida alegría. Ambas mujeres se abrían paso entre el gentío. Rápidamente volví sobre mis pasos y la saludé con un guiño. Sonrió con cautela. Bien, había respondido. Ya había picado el anzuelo.

En mi interior se propagó un embriagador placer, como el dulce líquido que se disuelve en la boca tras comer un melocotón maduro que acabas de arrancar del árbol, y aroma y sabor te colman los sentidos.

Miré a hurtadillas su cara mientras me bebía el café de la tarde. Los ojos estaban hinchados y enrojecidos como resultado del sueño profundo, y los gruesos labios se entreabrían deformados. Como siempre a aquella hora, tenía un aspecto horrible. Totalmente ajena a lo que se le venía encima, comencé a decir en un tono de lamento artificial:

-Safeya...

Me miró de manera inquisitiva y proseguí:

-Inesperadamente han ocurrido ciertas cosas, estu-

pideces, pero tenemos que adaptarnos a las circunstancias...

En sus ojos asomó una luz de alarma y movió la cabeza indicándome que hablara claramente, de manera que continué:

-Tenemos que cambiar nuestra situación actual, quiero decir, el vivir juntos.

Frunció el ceño. La ira se concentró entre sus cejas como el agua de la lluvia se acumula en un hoyo fangoso en el suelo. Se preparó para la pelea, y yo seguí:

-Es un desastre, un desastre absoluto, ¡con la escasez de viviendas que hay! Pero un compañero en la Compañía me ha estado insinuando que puedo tener problemas... Ya te hablé una vez de la vigilancia moral a la que nos tienen sometidos, y bueno, no quiero que te ocurra nada malo...

Protestó con enfado:

-¡Pero si hemos estado viviendo juntos alrededor de año y medio!

-Yhan sido los mejores días de mi vida... Habríamos podido seguir así para siempre si no se hubiese enterado nadie.

Miré fijamente el fondo de la taza como si quisiera leer los posos del café, entonces retomé la palabra:

-Pero tengo mala suerte, volveré a un desordenado piso de soltero, o quizás me vea obligado a vivir en un hotel mezquino o en una incómoda pensión.

Resopló con brusquedad:

-¡Hay otra solución, la hay, pero eres un canalla hijo de puta!

-No, yo soy un hombre muy directo y sincero, de verdad que te quiero y siempre te amaré, hasta el último día de mi vida, pero desde el principio te dije que Dios no me había hecho para el matrimonio.

-¡No, lo que no te ha hecho es con vergüenza!

-Por tanto, no hace falta volver a discutirlo si no vamos a sacar ningún provecho de ello.

Clavó sus ojos en los míos como si los quisiera perforar y soltó:

-¡Quieres dejarme!

Le respondí:

-Safeya, soy un hombre muy claro, si tuviera la intención de dejarte te lo diría francamente y me iría.

El enfado se apoderó de todo su ser y el gesto hosco de su cara aumentó la deformidad pasajera de después de la siesta. En el fondo lo que yo quería era que me despreciara y me odiara, así cada cual se podría ir por su camino.

Tenía la conciencia tranquila porque el día del Juicio Final estaríamos igualados: nuestra vida en común lo había sido en todo el sentido de la palabra, excepto en los regalitos que ella solía ofrecerme en las celebraciones y aniversarios y a los que yo -debido a mis circunstancias particulares- no podía corresponder, no como otros que se aprovechaban descaradamente de sus amantes. También era cierto que yo no acostumbraba tener detalles con las mujeres y, en cualquier caso, esperaba la ineludible ruptura, ya lo había hecho más de una vez. Había amado aquella vez en la facultad, pero llegué tarde y se perdió la oportunidad. Habría podido ser un matrimonio muy conveniente: una chica bonita, con futuro, e hija de un médico al que no dejaba de lloverle el dinero de sus enfermos, pero ¿de qué sirve decir «ojalá...»? Ah, aunque aquí está mi corazón, latiendo una vez más. Sí, me gusta la campesina, aunque no sea más que un capricho, como el que me llevó hasta Safeya cuando la conocí en el Genevoise.

-Quisiera una habitación para una temporada larga.

Asomó una mirada de satisfacción en los ojos azules e inquisitivos, entonces se relajó apoyándose sobre el respaldo del sofá que había bajo la estatua de la Virgen. Había en sus gestos una distinción que evocaba un pasado ilustre -y el cabello teñido de rubio delataba el terco deseo de no despegarse de aquel pasado-, aunque para el precio supiera regatear con maneras de comerciante de zoco, insistiendo en el extra especial de verano.

-Pero ¿es que ha llegado usted recientemente a Alejandría?

No era una pregunta aislada, sino el primer eslabón de la cadena inquisitorial, comprensible por otra parte. Le seguí la corriente para consolidar mi relación con ella, y le ofrecí una completa confesión de mi trabajo, edad, lugar de origen y situación social. En medio de todo aquello la campesina volvió de hacer unos recados en la calle. Al verme bajó los ojos, intuyendo la auténtica situación de un solo vistazo, y se marchó torpe por la confusión. Naturalmente, madame no se dio cuenta de nada, ni tampoco vio el rubor de la joven, y cuando me precedió hacia la última habitación vacía que daba a la calle, éramos como amigos cuyo vínculo se remontaba a tiempos inmemoriales.

Pasé revista al dormitorio con agrado y después me senté en el sillón con un presentimiento favorable. Desde allí -y sin preguntárselo- supe el nombre de la campesina, ya que alguien la llamó. No tardó en entrar en mi cuarto llevando la ropa de cama para prepararla. Feliz, me puse a inspeccionarla, prestando una cuidadosa y apasionada atención a cada uno de sus elementos: el cabello, los rasgos de la cara, la constitución del cuerpo...

Querido Abualabbás, la chica es guapa, guapa hasta el extremo del arrebató, y además, tiene personalidad. Intentó mirarme de reojo pero yo estaba continuamente al acecho. Dije sonriendo:

-¡Qué feliz soy, Sohra!

Siguió trabajando como si no hubiera escuchado nada, y añadí:

-Que Dios te conserve la vida, has conseguido hacerme recordar la tierra de donde vengo.

Sonrió y yo proseguí:

-Sarhán Albuheiri, para lo que mandes.

No se pudo contener y me preguntó:

-¿Albuheiri?

-Sí, de Farqasa, en la Albuheira.

Sofocó una risa mientras explicaba:

-¡Pues yo soy de Azziyadía!

Era como si ser de la misma comarca fuese un signo sobrenatural que los cielos me enviaban para confirmarme un futuro de amor y felicidad, de manera que proferí excitado:

-¡Dios mío!

Había acabado su trabajo y se disponía a salir de la habitación cuando le rogué:

-Quédate un poco más, hay muchas cosas que quisiera decirte...

Pero movió la cabeza con coquetería inocente y se fue. Me gustó su negativa y lo consideré un trato «especial» que no le daría a cualquier huésped. Sí, es una fruta madura, y no tengo más que recolectarla... Aunque, según parece, su cuerpo es aún inexperto, y la verdad es que no tengo ni la más remota idea de hasta qué punto está dispuesta a dejarse... Ah, qué me gusta, no puedo pasar sin ella. Y deseé que nos fuéramos a vivir juntos, lejos de aquella pensión llena de pesados fisgones.

En el desayuno conocí a dos viejos algo chocantes. El mayor de ellos era un muerto viviente, una momia, pero tenía cierta chispa. Según oí, había sido periodista. El nombre del otro, Tolba Marsuq, no me era totalmente desconocido; era uno de aquéllos a los que les habían confiscado sus bienes. No se me ocurría qué era lo que lo había traído a esta pensión. Despertó mi curiosidad desde el primer momento; todo lo descarriado me fascina por igual, sea criminal, loco, convicto, o alguien con los bienes en decomiso, como él. Además, era de la clase social de la que se suponía que, de una manera u otra, habíamos heredado. Y ahí estaba él, aislándose en la taza de té y evitando mirarme por miedo, o por orgullo. Me provocaba sentimientos extremos y disonantes que iban desde alegrarme por la desgracia ajena de un lado, a la compasión por el otro. Pero una de esas emociones se destacaba nítidamente, y era mi inexplicable espanto ante la noción del embargo... El que a su vecino ve las barbas cortar, que ponga las suyas a remojar...

Ámer Wagdi quiso ser cortés conmigo y me dijo:

-Me alegra que seas economista, hoy día el Estado se debe apoyar en primer lugar en los tecnócratas y los ingenieros...

Me acordé de Ali Bakir y no me sentí cómodo con la alabanza. El anciano seguía hablando:

-..., en cambio nuestra generación lo hizo en la retórica de los políticos.

Me reí socarrón creyendo que así asentía con él, pero se mostró sorprendidamente decepcionado, de manera que comprendí que no había sido una crítica, sino una constatación histórica. Entonces se puso a defender su época:

—Hijo mío, nuestro objetivo era despertar al pueblo,

y los pueblos se despiertan con las palabras, no con los ingenieros o con los economistas.

Rápidamente reaccioné disculpándome:

-Por supuesto, por supuesto, si ustedes no hubiesen cumplido con su deber político, ahora no podríamos nosotros ocuparnos de nuestra tarea técnica...

Tolba Marsuq permanecía inmerso en el más absoluto de los mutismos.

Mi corazón recupera su inocencia y frescura, como esta mañana soleada, como el azul puro del mar, como este bendito calor. El amor a la vida se renueva con cada respiración, fluye por la saliva, revivifica mi alma con alegría y pasión. Tuve un buen día de trabajo en la Compañía y después me fui a comer con Safeya en mi antigua casa. No dejaba de escrutarme con la mirada, así que yo dejé caer sobre mi cara la máscara de la tragedia al tiempo que me quejaba de la soledad de la pensión y de su frialdad. Una vida insoportable, querida, y por eso le he pedido a un corredor de pisos que me busque una casa...

Ella me repitió expresiones familiares del tipo «bastardo hijo de puta», etcétera. En el momento de echarnos la siesta me pregunté a mí mismo: «¿Cuándo me libraré de ésta?».

Vi a Sohra cuando le llevaba el café a Ámer Wagdi a su habitación. En el reloj grande sonaron las cinco y pedí una taza de té. Me llegó radiante como una flor, espléndida como una melodía compuesta con la negrura del cabello, la finura morena de la piel y el arroje de los ojos. Acaricié su mano mientras me tomaba el té y susurré:

-Por ti me he recluso en este cuarto...

Frunció el ceño para ocultar sus emociones, entonces se dio la vuelta para irse y le dije antes de que desapareciera de la vista:

-¡Sohra, te quiero, no lo olvides nunca!

Pero no reaccionó a mis palabras hasta la tarde del día siguiente. Quería saber de ella todo lo posible, así que le pregunté:

-¿Qué es lo que te ha traído aquí desde Azziyadía?

Me respondió con el acento familiar de nuestra tierra:

-El pan de cada día...

Entonces me habló de su familia, de las circunstancias de su huida, y finalmente del cobijo que halló en casa de madame, a la que conocía porque había sido dienta de su padre. Le dije con pena:

-Pero es una griega..., y ya sabes que la pensión es como un mercado...

Respondió con seguridad y orgullo:

-Yo ya conocía bien el campo y el mercado.

No era una ingenua, ni tampoco frágil. Pero ¿debía creerme esta historia al pie de la letra? Las que huyen de la aldea, huyen por algo..., ¿o no? Le dije mientras la contemplaba con arrobo:

-Todo aquello pasó para que nos llegáramos a conocer.

Me miró de manera inquisitiva y algo suspicaz, pero no me pude contener y le solté:

-¡Sohra, te amo, no me cansaría de decírtelo!

Ella murmuró:

-¡Ya es suficiente!

-¡No, no lo será hasta que no oiga lo mismo de tus propios labios, hasta que no te refugies en mis brazos!

-¿Eso es en lo que está pensando?

-¡No disfrutaré de nada en la vida hasta que no lo consiga!

Se fue con la cara bien alta, sin rastro de confusión o enfado. Me felicité a mí mismo por haber alcanzado el objetivo y me puse a rumiar mi viejo deseo de casarme, sí, sí, antaño había tenido ese deseo, y ahora me inundaba de nuevo como un manantial que fluye tras una sequía... Cómo quisiera desde lo más profundo de mi ser que..., ah, Sohra, ojalá... Cierto, «ojalá», sólo «ojalá»... ¡Malditas sean las estúpidas circunstancias de la vida!

Se unieron a nosotros dos nuevos jóvenes, Hosni Alam y Mansur Bahi. Ansiaba poder establecer relación con ellos; era como estar impelido por el instinto de un cazador que no para de aumentar sus contactos y amistades con cada cara nueva que se encuentra. Hosni Alam era de una familia con solera de Tanta, un miembro de la alta sociedad, dueño de cien *feddán*, apuesto, fuerte y bien parecido, como cualquiera de nosotros esperaría que fuese. Yo quizás aborreciese su clase social, pero me hechizaban sus integrantes si es que se daba la feliz coincidencia de conocer a alguno. Era fácil imaginarse la vida que llevaba un muchacho como él -pese a los cambios sociales ocurridos-y si, después de todo, era tan generoso como mandan los cánones, me iba a correr magníficas juergas a su costa.

Mansur Bahi era de otro tipo. Locutor en Radio Alejandría, tenía un hermano comisario de policía. Eso era bueno, y también útil, pero parecía más introvertido de lo que nadie se pudiera imaginar. Era como una estilizada estatua de buena hechura, con rasgos inocentes de los que normalmente sólo los niños tienen el privilegio de gozar. En cualquier caso, ¿dónde se podía encontrar la llave de su alma? ¿Cómo descubrir el escabroso atajo

que conducía a su corazón? Son muchos los que me llegan del pueblo en busca de trabajo, de la misma manera que también son muchos los problemas que me plantean y que para solucionarlos se requiere acudir a un comisario de policía...

Yo estaba sentado en el sillón. De repente la cogí del brazo. Esperé hasta que puso la taza de té sobre la mesa y la atraje hacia mí. Perdió el equilibrio y se cayó sobre mis piernas. La abracé y la besé en la mejilla, que era lo que tenía disponible de su cara. Besos robados, tensos, voraces, precipitados. Sohra era fuerte, así que se opuso y consiguió escaparse. Se levantó retrocediendo con el gesto hosco. La miré con expectante cautela y le sonreí conciliadoramente. Parecía que embellecía aún más con la firmeza; el rostro brillaba y se había calmado como la mar en una mañana apacible de otoño. Le supliqué con un gesto que se acercara. No aceptó, pero tampoco se fue. Salté sobre ella ardiendo de enloquecido deseo y la apreté contra mi pecho sin apenas resistencia por su parte, y por fin nuestros labios se encontraron en un beso largo e insaciable. Le susurré al oído mientras el olor de su cabello me llenaba los sentidos:

-Ven aquí por la noche...

Me clavó la mirada brevemente y entonces me preguntó:

-¿Qué es lo que quieres?

-Te quiero a ti, Sohra.

Percibí una expresión seria en sus ojos mientras pensaba, pero insistí:

-¿Vendrás?

Y ella repitió con amargura:

-¿Qué quieres de mí?

Me espabilé ligeramente de mi arrebató y le dije con prudencia:

-Hablar de nuestro amor...

-Eso es justamente lo que estamos haciendo ahora.

-Sí, pero deprisa y con miedo, eso estropea la felicidad del momento.

-No me gusta tu propuesta.

-¡Sohra, me estás malinterpretando!

Ella sacudió la cabeza, indicando estar segura de haber comprendido el asunto. A pesar de todo, sonreía al irse.

Me sentía realmente desolado, y empecé a hablar en voz alta: «Si fuera de buena familia...», «Ojalá tuviera dinero y estudios...», y de mi lengua comenzaron a salir juramentos a borbotones.

Llegó la velada de Umm Kulzum.

Me apetecía más pasarla en casa de Ali Bakir para escuchar el concierto en un ambiente tranquilo, e igualmente Raafat Amín me había invitado a la suya, pero después de pensármelo preferí quedarme con la familia de la pensión para fortalecer mi relación con sus miembros. Vi una bandeja grande llena de carne a la brasa y ensaladas, así que me apresuré a beber para acumular la energía necesaria para el ataque. Como quiera que la palabrería ampulosa ejerce una influencia decisiva sobre nuestras opiniones, me dediqué a crear el mito de la familia Albuheiri y del puesto como jefe de contabilidad, no sólo por falso orgullo, sino para prepararle el camino a las esperadas ganancias que conseguiría con Ali Bakir. Inevitablemente, también hablamos de política, como si fuera un decreto divino irrevocable... ¿No

habéis escuchado lo de...? ¿Qué decís de...? ¿Queréis oír realmente lo que pienso de...? Era obvio que yo asumiría el papel de representante de la revolución, con una posible participación de Mansur en dicho asunto, de manera que no pararon de llover los elogios y los brindis. Yo miraba a Sohra y me decía a mí mismo que ella era en realidad su auténtica defensora, porque recordé cómo cierta vez había hablado a su favor, y cómo me chocó la honradez de sus palabras y el ingenuo entusiasmo. Ah, ¿que Mansur Bahi duda de mi sinceridad? Camarada, en mi naturaleza está el ser enemigo de los opositores a la revolución, ¿no lo entiendes? Yo soy de los que esperan beneficiarse de ella, ¿o es que no lo ves?

-Bueno, se han abierto puertas, pero también se han cerrado otras muchas...

-Recuerda las masas y después, juzga por ti mismo.

-Vale, ¿y qué piensas de los que se han aprovechado sin medida?

-Que son los enemigos de la revolución, así que no la evalúes a través de ellos...

Me encantaba madame Mariana. Además de gustarle mucho nuestras canciones, es muy jovial y ocurrente, y un archivo viviente que relata una y otra vez sus memorias particulares con típica nostalgia griega. A través de sus recuerdos me vinieron imágenes de mi propia vida, como los amores perdidos, o me sentí identificado con ella, como en el gusto por el *dolcefar niente*... En definitiva, madame desciende de un pueblo de viajeros y emigrantes habituados a cimentar su patria allá donde se les prodiga felicidad.

Ámer Wagdi es un resto arqueológico -descubierto por Mansur Bahi- de una atractiva época de nuestra historia de la que apenas sabemos nada. Y por fin, el último de los tres viejos, Tolba Marsuq. Cuando empezó a ensalzar los logros de la revolución no pude menos que festejar para mis adentros su espléndida hipocresía, y aquello me acabó de convencer de que el género humano, pese a su progreso y desarrollo, no ha dejado de estar hundido hasta las narices en la estulticia y la mediocridad. Bueno, quizás no sea del todo inútil que de vez en cuando se junte un grupito de enemigos para pasar una larga noche de borrachera y música.

-¿Entonces tú no crees en la existencia del paraíso y del infierno?

—El paraíso es el lugar en el que la gente goza de paz, de dignidad, de respeto..., y el infierno es la ausencia de todo eso, ni más ni menos.

Cuando Mansur se ríe de mis ocurrencias parece un precioso chiquillo, y me ilusiono pensando que quizás llegue a encontrar la senda que conduce a su corazón, que una agradable camaradería nos espera cuando finalice la reunión. Y Hosni Alam..., ¡que viva Hosni Alam! Él sólito se presentó con dos botellas de Dewar's. Se acomodó en su asiento como si fuera un cacique de pueblo, y llenaba los vasos y los repartía mientras sus carcajadas retumbaban en la sala. Cuando pasada la medianoche se esfumó sin decir palabra, la velada acusó el golpe de esa pérdida irreparable.

Contra lo que es habitual en mí, no pude prestarle atención a la música de Umm Kulzum -ni siquiera

corear ningún estribillo-, porque mis arrebatos eufóricos se habían conectado con Sohra como si se hubiera establecido una corriente eléctrica entre nosotros. Cuando va y cuando viene, cuando está quieta, sentada al lado del biombo contemplando con ojos maravillados y sonrientes el tumulto que formamos... Y nos dirigimos miradas furtivas en las que nos imaginamos que nos abrazamos, que nos besamos, que nos deseamos.

Seguro que he visto a este hombre antes. Iba hacia el Trianón desde la calle Saad Zaglul y yo venía en dirección contraria, por la parte de la plaza. Súbitamente me di cuenta: ¡era Tolba Marsuq! Lo veía por primera vez vestido de calle, con abrigo y bufanda, e incluso llevaba puesto un fez granate. Lo saludé respetuosamente y lo invité a una taza de café. Cedió ante mi insistencia, y nos sentamos en una mesita al lado del ventanal que asoma al mar. El viento jugueteaba con las hojas de las palmeras que rodeaban la estatua de Saad Zaglul, y en el cielo había nubes de aspecto plumoso y fino cuyos penachos iluminaba el sol con tonos diamantinos. Charlamos de banalidades intrascendentes, pero durante todo el tiempo procuré mostrarle respeto y afecto a través del buen trato y la cortesía. Algo en mi interior me decía que no era posible que tuviera las alforjas totalmente vacías. Sí, seguro que había una manera u otra de llegar a ese dinero, y quizás le interesara invertir lo que le quedaba, pero el miedo lo tenía maniatado. Aproveché que estábamos hablando del coste de la vida y dije:

-Es imposible que un joven como yo pueda vivir tan sólo de un sueldo de funcionario.

-¿Yeso qué solución tiene?

Bajé la voz como si estuviera haciéndole una confidencia:

-Pues algún negocio, en eso estoy pensando...

-¿Y de dónde sacará usted el dinero?

Le contesté mientras disimulaba mis intenciones reales con una sonrisa candorosa:

-Pues venderé parte de mis tierras y entonces me pondré a buscar un socio.

-Pero ¿es que se puede trabajar para el Estado y tener negocios al mismo tiempo?

Le dije riéndome:

-No, el negocio tendría que permanecer en el mayor de los secretos.

Me deseó buena suerte y entonces abrió el periódico para echarle una ojeada, como si hubiera olvidado el asunto completamente. Puede que fuera sincero, pero también podía ser una maniobra; en cualquier caso sentí una enorme decepción.

Señaló un titular sobre Alemania oriental y dijo:

-Seguro que ha escuchado algo de lo que se dice sobre la miseria en esa Alemania, en especial si se compara con la occidental.

Estaba hablando de la situación interior usando la jerga de la política exterior. Me mostré de acuerdo, pero insistió:

-Rusia no tiene nada que ofrecer a un país de su órbita, ahora bien, América...

-Bueno, justamente Rusia nos ha ofrecido a nosotros una gran ayuda.

Entonces se retractó con premura:

-Eso es diferente, nosotros no pertenecemos al Pacto de Varsovia.

A partir de ese momento se mostró receloso y pru-

dente, tanto que hasta me arrepentí de haber protestado. Y continuó:

-Lo cierto es que ambos por igual, Rusia y América, quieren dominar el mundo, por ello la postura de los países no alineados -la que nosotros hemos adoptado- es la más sabia de todas.

Sentí que se me había escapado de las manos y que no habría forma de recuperar el terreno perdido de una manera rápida, así que afirmé:

-Bueno, si no hubiera sido por la revolución del cincuenta y dos, en el país habría estallado una revuelta sangrienta y devastadora...

El fez se movía al son de su cabeza mientras asentía:

-Gracias a Dios, que nos ha salvado de la ruina.

«Vaya, ¿dónde has estado?, no nos honraba el caballero con su presencia desde hacía tres días. ¿Cómo es que Su Señoría se ha acordado de mí finalmente? ¿Se puede saber por qué vuelves a los trastos viejos olvidados en un armario? ¿Te he dicho alguna vez que eres un miserable hijo de puta? No, no, que me das dolor de cabeza con tus estúpidas excusas, no me hables de la labor esa tan importante que tienes en la Compañía, ¡vamos, que ni siquiera un ministro, si tuviera una amante, la descuidaría como tú haces conmigo!» Yo sonreía y ponía vino en un par de vasos, pero mis tripas se retorcían de ira contenida de tal forma que hasta llegué a sentir náuseas. «Está jugando conmigo a hacerse la dictadora, no me queda más remedio que acabar de una vez por todas con esto, tengo que librarme de ella para siempre...»

Pero todas las preocupaciones de este mundo se desvanecieron, todas se esfumaron, ante la presencia de

Sohra cuando me llevó el té a la habitación. Nos abrazamos, y yo le besaba los labios, las mejillas, la frente, el cuello. Plenamente consciente de mí, de ella y de lo que hacíamos, disfruté de su boca. Entonces se separó ligeramente de mí, suspiró y susurrando se quejó:

-A veces me da la impresión de que los de aquí lo saben todo...

Le respondí despreocupado, inmerso en la euforia de mi pasión:

-Eso no debería afectarte...

-A ti no te importa nada, pero a mí, sí.

-Te equivocas, a mí sólo me importa una cosa, Sohra...

Y la miré con intensidad, de manera que entendiese a qué me refería. Entonces le supliqué:

-¡Vayámonos a vivir juntos, lejos de aquí!

Preguntó suspicaz:

-¿Adonde?

-¡A nuestra propia casa!

Permaneció en silencio a la espera de que yo añadiese algo más, y cuando comprendió que eso no iba a ocurrir, se le turbaron los ojos por la decepción. Finalmente me demandó:

-¿De qué estás hablando?

-Tú me amas lo mismo que yo a ti.

Y replicó en un susurro de voz:

-Yo sí te amo, pero tú a mí, no.

-¡Sohra!

-Me miras por encima del hombro, como el resto de la gente.

Protesté con vehemente sinceridad:

-¡Sohra, yo te amo, con toda mi alma y con todo mi corazón te quiero, Dios es testigo de ello!

Se quedó callada un momento, confusa, y después me inquirió:

-¿Me consideras una persona como tú?

-¡Pero bueno...! ¿Es que hay alguien que lo pueda dudar?

Movió la cabeza diciendo que no. Intuí qué era lo que le estaba dando vueltas en la cabeza, y le expliqué:

-Sohra, es que hay obstáculos que no se pueden superar.

Continuó moviendo la cabeza pero esta vez con el ceño fruncido por el enfado y dijo:

-Me enfrenté a problemas de todo tipo cuando estaba en la aldea, y nunca me dejé vencer.

No me podía imaginar que tuviera tanto amor propio. Sentí que la pasión me arrastraba hacia el abismo conyugal, pero clavé los talones justo al borde del precipicio tirando con todo el peso de mi cuerpo hacia atrás... Restablecido, cogí su mano entre las mías, le besé la palma y el dorso, y le murmuré al oído:

-Te quiero, Sohra.

Cada vez que miraba la cara fuerte y apuesta de Hosni Alam soñaba con noches de juerga y desenfreno. Sin embargo, cierto día me enteré de los proyectos que lo habían traído a Alejandría, y aquello cambió el rumbo de mi interés por él. Tolba Marsuq era un espejismo fuera de la realidad, era mejor no tenerlo en cuenta, pero Hosni Alam era un hombre que estaba firmemente resuelto a trabajar, y todo lo que yo tenía que hacer era buscarme una función en esos negocios. No era simplemente una cuestión de trabajo y de triunfar en la vida, también me salvaba en el último momento del diabólico plan de Ali Bakir. Era realmente lamentable que Hosni Alam fuese escurridizo como una angula, nada fácil de atrapar. A veces hablaba de sus proyectos, pero después

vagabundeaba todo el tiempo en su coche a una velocidad de vértigo, y sin faltarle nunca una mujer en el asiento del copiloto. Finalmente un día me atreví a decirle:

-Un hombre que está pensando abrir un negocio no pierde el tiempo en juergas.

Se rió y me preguntó:

-¿Y entonces cómo lo pierde?

Le respondí asumiendo el papel del consejero que mira con celo por su bien:

-Analiza el asunto, lo piensa, y después actúa.

-Suena muy bien eso que dices, pero resulta que a mí no me gusta ni analizar ni pensar si no me estoy divirtiéndoo...

Y riéndose a carcajadas añadió:

-¡Vamos! ¿No sabes que estamos viviendo los últimos días antes del Juicio Final?

Lo dejé pensando para mis adentros: «Dios mío, yo ya tengo contactos y estoy bien relacionado... Si encontrara a alguien con dinero y dispuesto a trabajar, podríamos beneficiarnos los dos enormemente... ¿Qué debo hacer para conseguirlo?».

Las maldiciones volaban entre nosotros como si fueran piedras o balas. Le grité enfadado:

-¡Siempre lo mismo! Pero ¿qué pasa? ¿Es que llevas el registro celestial de los pecados?

Y de nuevo volaron las imprecaciones entre nosotros. Mahmud Abualabbás me había acompañado a casa de Safeya para recibir su tercera lección de contabilidad, y estaba atónito contemplando aquel espectáculo. Me puse en pie resuelto a irme y el hombre salió conmigo, pero en la entrada del edificio le rogué que le dijese a aquella loca que había decidido no volver nunca más.

Me dirigí a Miramar, pero no me di cuenta de que me estaban siguiendo hasta que Sohra me abrió la puerta. Fue entonces cuando sentí una mano que me agarraba por la nuca y la voz de Safeya mugiendo:

-Me quieres dejar, ¿eh? ¿Qué te has creído, que soy una cría o un juguete?

Me deshice de ella con esfuerzo, pero para entonces ya había conseguido entrar en el piso. Con la respiración entrecortada, mascullé:

-¡Vete de aquí, la gente duerme!

Pero ella chilló con toda la potencia de su voz:

-¡Me robas y ahora huyes! ¡Te he dado de comer, de beber, te he vestido, y encima quieres dejarme! ¡Hijo de mala perra!

La abofeteé y ella hizo lo propio. Nos enzarzamos en una pelea violenta. Sohra no se escabulló -como habría cabido esperar de no haber sido por el amor que me tenía-, sino que intentó separarnos. Al no lograrlo, le pidió:

-¡Por favor, ésta es una casa respetable!

Como quiera que no recibiese contestación, le gritó:

-¡Vayase de aquí, si no, avisaré a la policía!

Safeya se retiró un paso mientras, sorprendida, se giraba hacia Sohra. Entonces comenzó a mirarnos. Los ojos le iban suspicaces del uno al otro, hasta que finalmente le gritó a Sohra con arrogancia:

-¡Tú, criada!, ¿cómo...?

Antes de que llegase a concluir la frase la mano de Sohra ya le había golpeado en la boca. Safeya se abalanzó sobre la joven pero empezó a recibir un aluvión de bofetadas de la fuerte chica hasta que se desplomó, o casi. La pensión entera se había despertado: las puertas se abrieron y los pies se arrastraron somnolientos hasta la entrada. Hosni Alam, que fue el primero en llegar, cogió sin más a Safeya por la mano y se marchó con ella afuera.

Me fui a mi habitación ciego de ira. Madame me siguió muy molesta quejándose por lo que había ocurrido. Le pedí disculpas, y ella me preguntó:

-;Quién era esa mujer?

Me inventé una mentira que me salvara de aquella penosa situación:

-Era mi novia, pero se anuló el compromiso.

Me contestó mientras meneaba la cabeza:

—Su comportamiento confirma que tenía derecho a hacerlo, pero...

Permanecí en silencio unos instantes y entonces terminó la frase:

- ¡... pero le ruego que salde sus cuentas con ella lejos de aquí!

Y mientras dejaba mi habitación dijo:

-¡Yo vivo de mi buen nombre!

Cuando Sohra se presentó con el té a la hora habitual, su cara aún tenía huellas del incidente. Le di las gracias y me disculpé por los golpes que había recibido. Me lanzó una honda y dolorida mirada. Sentí que debía añadir algo:

-La he dejado por ti...

Me preguntó con rudeza:

-;Quién es?

-Una perdida, alguien que pertenece al pasado... Pero a madame le he tenido que mentir y le dije que era mi novia.

Y comencé a besarla en la mejilla con gratitud y arrepentimiento.

El bramido del viento resuena en el exterior como si fuera un trueno ininterrumpido, y el ambiente del cuarto destila aroma nocturno pese a que la jornada aún no

se allega al ocaso. Me imaginé las nubes amontonadas en el cielo y las olas embravecidas y empinadas. Cuando Sohra llegó, encendió la luz. No la había visto desde el suceso del día anterior, y a duras penas había conseguido soportar el momento de volver a estar con ella. La intensidad de mi súplica la sorprendió:

-¡Sohra, por favor, vayámonos de aquí!

Puso la taza sobre la mesa mientras me miraba con reproche amargo y le juré:

-Viviremos juntos para siempre, para siempre...

Ella entonces me preguntó sarcástica:

-Ah, ¿para eso no hay obstáculos?

Le respondí con sinceridad quejumbrosa:

-¡Los obstáculos a los que yo me refería los crea el matrimonio!

Murmuró con un soterrado enojo:

-Debería arrepentirme de amarte...

Insistí en mi ruego y en mi explicación, sin tapujos, a tumba abierta:

-No digas eso, Sohra, tienes que entenderme, yo te quiero, y sin tu amor la vida no tiene ningún sentido ni ningún sabor, pero el matrimonio me crearía problemas con la familia y con el trabajo, amenazaría mi futuro además de amenazar nuestra vida en común, dime, ¿qué puedo hacer?

Y dijo, aún más encolerizada que antes:

-No sabía que yo pudiera traer todas esas desgracias...

-No eres tú, sino la estupidez humana, las rígidas barreras, la podrida realidad, ¿qué puedo hacer?

Entrecerró los ojos con rencor y me espetó:

-¿De verdad quieres saber qué puedes hacer? ¡Pues convertirme en una mujer como la de ayer!

Le grité desesperado:

-¡Sohra, si me quisieras como yo te quiero a ti, me entenderías!

Me replicó desafiante:

-Yo sí te amo, es un error inexcusable, pero ya no tiene remedio.

-¡El amor es más fuerte que todo, que todo...!

Se me enfrentó irónica:

-¡Pero no es más fuerte que los obstáculos!

Nos miramos en silencio. Yo, febril y desesperado; ella, testaruda y enfadada. Y de no haber sido por mi fuerza de voluntad, o por el miedo, me habría precipitado al abismo, pero con el pensamiento a toda marcha para encontrar una solución, se me ocurrió:

-Sohra, hay caminos intermedios: el primitivo matrimonio islámico, por ejemplo.

En sus ojos asomó la expectación en vez del enfado, y seguí hablando aunque yo no tenía más que vagas nociones sobre el tema:

-Nos podemos casar como lo hacían los primeros musulmanes.

-¿Y cómo se casaban ellos?

-Nos declaramos el uno al otro que nos tomamos en matrimonio según la Ley de Dios y de su Profeta.

-¿Sin testigos?

-Dios es el Testigo.

Respondió con desdén:

-Ninguna de las personas que tenemos alrededor se comporta como si creyera que Dios existe, así que eso no tendría ninguna validez...

Hizo un gesto con la cabeza y rechazó:

-No.

Es terca como una muía. «Va a ser un paseo», había creído yo, pero no, es terca como una muía. He renunciado a convencerla, es imposible. Estaría dispuesto -si ella lo aceptara- a convivir para siempre y sacrificar así mis esperanzas puestas en un matrimonio de conveniencia. Incluso he pensado en dejar la pensión como primer paso para olvidarla, pero el amor que siento por esta campesina permanece obstinado -como ella- y está adherido a mi corazón. Y lo peor es que no ha habido distanciamiento entre nosotros, me trae el té a su hora y no se resiste si la beso o la abrazo...

Un día me quedé estupefacto cuando la vi -en el vestíbulo- absorta en un libro para estudiantes de primaria. Clavé los incrédulos ojos en ella. Madame estaba sentada bajo la estatua de la Virgen y Ámer Wagdi cómodamente echado en el sofá. Madame me dijo sonriendo:

-Fíjese en esta nueva alumna, monsieur Sarhán.

Le lanzó una mirada de ánimo mientras proseguía:

-Se ha puesto de acuerdo con nuestra vecina, la maestra, ¿qué le parece?

Realmente era algo extraordinario. Casi no conseguí sofocar una carcajada, pero me contuve y pude expresar con entusiasmo:

-¡Bravo! ¡Bravo, Sohra!

El anciano me miraba con ojos velados e inexplicablemente sentí miedo de él, así que salí de la pensión. Ya fuera la turbación alcanzó tal grado que conmovió lo más profundo de mi ser, y una voz interior me dijo que si despreciaba el amor de la chica, Dios jamás volvería a otorgarme su bendición. Pero la terrorífica idea del matrimonio no me concedía tregua. El amor es un sentimiento que se puede curar de una manera u otra, pero el matrimonio es una institución, una empresa como la

Compañía en la que trabajo, que tiene sus reglamentos, sus diplomas de capacitación profesional y sus procesos administrativos. Si no me eleva en la escala social, ¿qué sentido tiene? Si la novia no es por lo menos funcionaría, ¿cómo puedo montar una casa que merezca tal nombre en estos tiempos arduos y difíciles?

Pero el origen de mi desgracia es que amo a una chica que no cumple las condiciones de conveniencia. Si aceptase mi amor sin imponerme restricciones, yo sacrificaría por ella el tipo de matrimonio que me propuse cuando era un adolescente.

Aquella tarde, en nuestra cita cotidiana, aplaudí su decisión:

-¡Tienes altas aspiraciones, Sohra!

Le decía aquello mientras la miraba con admiración, aunque añadí con pena:

-Pero te exiges demasiado a ti misma, y te vas a gastar todo tu sueldo...

Estaba de pie frente a mí y la mesa se interponía entre ambos. Respondió con orgullo:

-No seré siempre una analfabeta.

-¿De qué te sirve leer y escribir?

-Pues porque después aprenderé un oficio y así no seré una criada el resto de mi vida.

El dolor me dio una punzada en el corazón y me trabó la lengua, pero ella continuó en un tono distinto:

-Hoy ha estado aquí mi familia; me querían convencer de que regresara a la aldea.

Elevé hacia la chica mis ojos inquisitivos mientras ocultaba mi angustia con una sonrisa. Ella hizo como que no se había dado cuenta bajando los párpados.

-¿Y cuál fue tu respuesta?

-Hemos decidido que vuelva a principios del próximo mes.

Le dije con preocupación:

-¿De verdad? ¿Vas a reencontrarte con el viejo?

-No, se ha casado ya.

Y añadió en voz baja:

-Pero se me ha presentado otro hombre...

La cogí por la mano con fuerza y le supliqué:

-¡Sohra, vayámonos juntos, mañana, hoy si quieres!

-Bueno, es que ya nos hemos puesto de acuerdo en mi regreso a principios de mes...

-Sohra, ¿es que tienes el corazón de hierro?

-Esa solución no tendría obstáculos.

-¡Pero tú me quieres a mí!

Ella replicó disgustada:

-¡El amor es una cosa y el matrimonio otra muy distinta, eso es lo que tú me has enseñado!

En aquel momento la traicionaron los labios, que delataban una leve sonrisa. Grité:

-¡Qué demonio de chica!

Me invadió un torrente de paz y alegría. Entonces entró madame en la habitación; venía bebiendo una taza de té que traía en la mano. Se sentó al borde de la cama y me contó lo que había ocurrido con la familia de Sohra y cómo la chica se había negado. Le pregunté para disimular:

-¿No habría sido mejor que se fuera con su familia?

Madame sonrió como sólo una experimentada alcahueta sabría hacerlo, y replicó:

-Su verdadera familia está aquí, monsieur Sarhán.

Evité sus ojos y me hice el desentendido, pero estaba claro que un pajarito había estado contándoles a todos la noticia de nuestra relación, y quizás madame fuese mucho más malpensada de lo presumible.

En cualquier caso, me sentí feliz porque creí que, en el tira y afloja que había entre Sohra y yo, acabaría ven-

ciendo mi anhelo de poseerla... Pero no, en realidad esa inamovible terquedad de la chica le daba a mi esperanza con la puerta en las narices; no cedía ni un solo centímetro, no bajaba la guardia ni un solo instante. Y me pregunté cuándo hallaría el valor suficiente para dejar la pensión y no verla nunca más.

La escena era, hasta cierto punto, la de siempre. Madame estaba sentada escuchando sus canciones extranjeras -tan pegada a la radio que le faltaba poco para meter la cabeza en el aparato- y Ámer Wagdi estaba explicándole vocabulario a Sohra. Entonces sonó el timbre, e inesperadamente apareció la maestra de Sohra. «Le ruego me disculpen, pero mi casa está repleta de invitados, y si ustedes me lo permiten, hoy le daré a Sohra la lección aquí.» No había duda de que era una chica educada, y también nosotros la recibimos con cordialidad y buenas maneras. Tenía buena presencia, era elegante... y funcionaría. No dejaba de mirarla mientras le daba su clase a Sohra, y casi sin querer me vi a mí mismo comparando entre ambas con un sentimiento de pena. De un lado, un bellissimo diamante en bruto, pero pobre e ignorante; del otro, estudios, saber estar y un trabajo digno. ¡Ah, si la materia prima de Sohra se hubiera pulido en el ambiente -y con las oportunidades- de la otra! Madame se entrometió para satisfacer su insaciable curiosidad, así que nos enteramos de ciertos detalles de la historia familiar, incluso de que al hermano lo habían destinado a Arabia Saudita. Yo aproveché para indagar:

-¿Sería posible que nos enviara algunos productos difíciles de encontrar aquí?

No se negó, pero tan sólo dijo que se lo consultaría al interesado.

Salí de la pensión hacia el Café de la Paix, donde tenía una cita con Ali Bakir, el ingeniero. Me lanzó una mirada confiada de las suyas y comentó:

-Todo está ya bajo control, los resultados están garantizados...

Bien, demos el salto que haga de nuestra visita a este mundo un trayecto con sentido y provecho. Entonces Ali Bakir me preguntó:

-He visto a Safeya Barakat en el Délices, ¿es verdad que...?

Lo interrumpí contrariado:

-¡Esa maldita zorra!

Se rió, aunque me observaba con preocupación, e insistió:

-Sí, pero ¿de verdad que la has dejado por...?

-¡Por favor, no me digas que te has tragado lo que sea que te ha dicho! ¿Desde cuándo es ella alguien a quien se pueda creer?

Se quedó pensativo y preocupado hasta que añadió:

—Nuestro secreto es de los que no se cuenta ni a una esposa.

Grité en tono de reproche:

-¡Venga ya, hombre!

Pensé para mis adentros: «¡Qué maravilla!». Una de esas miradas en las que la vanidad de un hombre se regodea. No movió ni un músculo de la cara, nada, ni una sonrisa, ni un temblor de pestañas. Fue de repente, la maestra apartó los ojos de la alumna y de su libro, y me clavó los ojos. No duró más de unos segundos. Me la lanzó a escondidas de Sohra y Ámer Wagdi; no duró más que unos segundos. Quizás reciba decenas de miradas por la calle, pero no se me altera ni un pelo porque son de pasada,

pero ésta reflejaba una chispa significativa de difícil descripción, como si me estuviera haciendo llegar una declaración completa. De manera que decidí probar a ver qué pasaba y cambié mi itinerario habitual. Me atrincheré tras el ventanal del café Miramar, observando las nubes y esperando. Una gestión sin propósito claro, sin ninguna intención en particular, simplemente buscaba -porque no tenía nada mejor que hacer- alguna aventura, cualquier aventura. La maestra no era del tipo de mujer que me podía partir corazón, ni siquiera me excitaba, pero supuestamente me había lanzado un mensaje en el que me invitaba a pasear en aquel aburridísimo domingo.

Entonces pasó por delante del café con las manos en los bolsillos de su abrigo gris. La seguí de lejos hasta que la alcancé en el Atheneus, donde compró algunos dulces. Después se paró indecisa, y yo entonces me acerqué a ella. Nos saludamos y la invité a una taza de té, que ella aceptó encantada porque, según me dijo, estaba pensando sentarse un rato allí. Mientras bebíamos un té y nos comíamos un par de trozos de pastel hablamos de cuestiones superficiales pero útiles, porque contenían datos interesantes sobre la familia y el trabajo. Fue exclusivamente el hilo de la conversación el que me hizo pedirle una segunda cita. Quedamos en el ambigú del cine Amir, donde vimos una película. Estaba claro que era yo quien tenía que delimitar qué tipo de relación quería... En lo tocante a los sentimientos, no despertaba en mí nada que fuese digno de mención. Sabía que ella estaba buscando marido, así que la sopesé fríamente, calculando su salario junto con los extras de las clases particulares. Por otra parte, cada vez me sentía más y más desesperado con respecto a Sohra, por lo que cuando finalmente me invitó a visitar a su familia, acepté. En su casa me topé con un nuevo incentivo: sus pa-

dres poseían un edificio de tres o cuatro plantas en Kar-muz. Me encontré a mí mismo considerando seriamente el asunto, no ya por codicia de dinero, ni mucho menos por sentir amor hacia ella, sino impelido por mi antiguo propósito de hacer un casamiento de conveniencia... ¿Y Sohra? No sé, es como si ese mismo matrimonio que me uniría para siempre con una mujer que no amo me consolara por dejarla, que esa misma boda fuera ya mi castigo..., pero ¿podré realmente llegar a domar alguna vez esta salvaje pasión que me abrasa las entrañas?

Me disponía a marcharme después de comprar el periódico. Mahmud Abualabbás estaba ocupado con otro cliente, pero me hizo un gesto indicándome que esperase un momento. Cuando terminó de cobrarle, vino hacia mí y me comunicó:

-Ustás, me voy a casar con Sohra.

Disimulé mi turbada cólera con una sonrisa y le dije:

-Enhorabuena..., ¿ya se lo has pedido?

Contestó, henchido de seguridad en sí mismo:

-No, pero muy pronto lo haré.

Mi corazón palpitó dolorido, pero seguí investigando:

-Según tú, ¿qué quiere decir exactamente «muy pronto»?

-Bueno, no hemos hablado claramente del asunto, pero la veo cada día cuando viene por los periódicos, y como entiendo bastante bien a las mujeres...

En aquel momento lo odié hasta el punto de desearle la muerte, pero él continuaba:

-Ustás, usted que la conoce, ¿es una chica decente?

-Sí que lo es, te lo digo de verdad...

-Le pediré su mano a madame Mariana hasta que sepa cómo llegar hasta su familia.

Le deseé lo mejor y me fui, pero apenas me había alejado un par de metros me alcanzó para preguntarme:

-¿Qué sabe usted de la pelea entre ella y su familia?

-¿Cómo sabes que están peleados?

-Ámer bey, el viejo, me ha contado algo.

-En resumen, todo lo que sé es que es una joven terca y con mucho amor propio.

Se rió y sentenció, ufano:

-No importa, conozco el mejor remedio para ese tipo de males...

Hubo una petición de mano... que obtuvo su correspondiente negativa.

Aquello me satisfizo enormemente, pero redobló mi sentimiento de culpabilidad. La angustia me desgarraba, el amor me devastaba, y Aleya iba retrocediendo poco a poco en la imagen hasta casi convertirse en una figura desvaída.

Cogí a Sohra por las muñecas con ternura y le supliqué vehementemente:

-¡Sohra, te lo ruego, sálvame! ¡Vayámonos inmediatamente!

Se deshizo de mí con brusquedad mientras zanjaba:

-¡No vuelvas a empezar, no puedo soportar escuchar eso de nuevo!

Nunca podríamos llegar a un acuerdo. Ella me amaba, pero se negaba a rendirse incondicionalmente; yo la amaba a ella, pero rechazaba las ataduras. «Y ni esto ni lo otro existe en el amor verdadero, ése que borra la voluntad y la razón...»

Un día el señor Mahmud, el padre de Aleya, me invitó a comer, y yo acepté. El fin de semana yo invité a la familia a cenar en el Pastoroudis. El tiempo dio un vuelco

nada más sentarnos a la mesa: el viento silbaba y la lluvia caía a mares. Durante todo el tiempo intentaba convencerme a mí mismo de que Aleya era una chica excelente y de que podría ser una esposa cabal. Atractiva, muy elegante, con un trabajo estable y digno, universitaria, ¿qué más podía pedir? ¿Y si yo no le gusto? Pero ¿por qué dudo tanto? No, no, está claro que ella me ama, la que quiere casarse quiere también amar. Y además, la cosa ésta llamada «matrimonio», ¿quién se ha creído que es? No puede ser que nos prometa el Paraíso sin cumplir aunque sea con una mínima parte de su promesa, algo de bueno tendrá que tener... La tormenta empeoró en el exterior de tal manera que llegué a pensar que arrancarían esta bella ciudad con raíces incluidas, pero en el restaurante teníamos una creciente sensación de bienestar y seguridad. Seguí hablando conmigo mismo y me reproché el haber forzado las puertas de una familia respetable movido por impulsos atolondrados, sin un proyecto real o un propósito sincero. Y tampoco se podía decir que yo dispusiera de recursos económicos suficientes; debía contarles cuál era mi situación y las cargas familiares que tenía, y dejarles después a ellos que tomaran la decisión. En aquellos momentos la conversación había derivado hacia el tema del «matrimonio» de manera general, y el padre de Aleya comentó:

-En nuestra época nos casábamos muy jóvenes, y gracias a eso podemos disfrutar viendo a nuestros hijos ya crecidos.

Hice un movimiento de pena con la cabeza para corroborar mis palabras:

-Aquello ya ha desaparecido, hoy día la vida es una abrupta senda llena de dificultades.

Entonces se inclinó ligeramente hacia mí y me dijo con la voz en un susurro:

-Encontrar un buen hombre para una hija ya es un tesoro, así que los padres honrados tienen que ayudar y allanarle el camino al pretendiente quitándole los escollos...

¡Qué rostro tan sombrío! Me había visto cuando yo estaba a un par de pasos de su puesto, e inmediatamente su cara se oscureció mientras los ojos me lanzaban unas miradas coléricas que me dejaron estupefacto. Entonces me preguntó con sarcasmo y sin darme el periódico como solía hacer cada día:

-¿Por qué me ocultó usted que era su amante?

Me sorprendí de lo que decía y del tono insolente en el que me hablaba, y no pude contenerme:

-¡Estás loco!

Él a su vez me gritó:

-¡Yusted es un cobarde!

Perdí el control y lo abofeteé en la cara. Y sin más, Mahmud respondió y descargó su enorme mano sobre mi mejilla. Comenzamos a pegarnos como bestias inmisericordes hasta que otros clientes se interpusieron, e incluso cuando nos separaron seguimos lanzándonos terribles insultos. Estuve andando un rato sin rumbo fijo, preguntándome quién habría puesto aquella repugnante idea en su hueca cabeza.

Pasó mucho tiempo hasta que lo volví a ver. Entré en el restaurante Panayoti para tomar una cena ligera y me lo encontré sentado en el asiento del dueño, detrás de la máquina registradora. Me disponía a darme la vuelta cuando de un brinco se puso a mi altura y empezó a abrazarme y a besarme en la cabeza. De ninguna manera aceptó que me fuera de allí sin que yo cenara de su cuenta, era su disculpa por lo que había pasado, y en-

tonces reconoció que había sido Hosni Alam el que había inventado aquella calumnia...

-Querida..., te pido que no le cuentes a Sohra nada de lo nuestro...

Estábamos sentados bajo un agradable sol a orillas del canal Almahmudía, en el casino Palma. Su contacto diario con Sohra me tenía muy angustiado. Ella no sabía nada de las verdaderas razones que habían empujado a Sohra a ser su alumna, de la misma manera que Sohra no se imaginaba que su maestra le había robado el hombre. Aleya me miró con suspicacia y me preguntó:

-¿Por qué?

-Es una chismosa, y los chismes no son recomendables en estos momentos de nuestra relación.

Las sospechas no abandonaban del todo su mirada y replicó:

-Pero lo nuestro se sabrá tarde o temprano.

Entonces le solté con brutal sinceridad:

-Es que a veces creo que me mira de una manera especial...

Esbozó una sonrisa desvaída e insinuó:

-Quizás tenga alguna razón para hacerlo.

Yo le respondí con seriedad:

-Todos los inquilinos bromean con ella a veces, y yo también lo he hecho, no hay más.

No me importaba si me creía completamente, pero sí que se anduviera con cuidado delante de Sohra. Por parte de Aleya, nuestra relación había evolucionado hasta convertirse en amor; por la mía... había vencido la cabeza sobre el corazón. Tan sólo restaba anunciar el compromiso. Yo estaba indeciso, e hice retrasar el día convenido con la excusa de que tenía que ir a la aldea

para que la familia jugara su papel tradicional. Cada día que pasaba mis sentimientos para con Sohra se volvían más tensos, mi vergonzosa huida me desgarraba el corazón, y entre suspiros me lamentaba: «Ah, si cediese..., si bajara la cabeza le daría mi corazón para siempre...».

¿Qué es eso? ¿Truenos? ¿Un terremoto? ¿O quizás una revuelta? ¿Es que ha caído un cuerpo en mi habitación?

Saqué la cabeza de debajo de las mantas a la oscuridad total. Yo, sí, soy yo..., y ésta es mi cama en la pensión Miramar... Pero ¿qué es esto? ¡Dios mío! ¡Es la voz de Sohra! ¡Está llamando a mi puerta!

Salí rápidamente y a la luz de la lamparilla nocturna la vi enredada con Hosni Alam en una lucha feroz. De una sola mirada comprendí qué estaba sucediendo. Quise salvarla sin escándalos y sin estropear mi relación con él, así que le puse la mano sobre el hombro y con amabilidad susurré:

-¡Hosni!

Sin embargo, no me escuchó, así que le apreté más el hombro mientras decía en voz un poco más alta:

-Hosni, ¿te has vuelto loco?

Me empujó brutalmente con la espalda, pero yo lo agarré por los hombros y le ordené con determinación:

-¡Entra en el baño y métete los dedos en la boca!

Y entonces, inopinadamente, se dio la vuelta hacia mí y me golpeó en la frente. Perdí completamente los estribos y caí sobre él pegándole. No dejamos de zurrarnos hasta que madame llegó a donde estábamos..., y una vez allí trató al agresor con una amabilidad que no se merecía. Sí, ya sé de qué va la vieja. Por mí mismo sé perfectamente qué persigue. Todos nosotros revoloteamos alrededor de Hosni alimentando la esperanza de

aprovecharnos de ese utópico negocio, y mientras que ella, dubitativa, da un paso para delante y otro para atrás, yo estoy continuamente preparado para dar el salto. Y ahora, esta puerta se me cierra en las narices para siempre..., y ella está a punto de regañar al vapuleado por motivo del vapuleador.

Unos días después lo vi cuando salía del Genevoise alrededor de la una de la noche acompañado de Safeya Barakat. No me sorprendí demasiado, pues recordé el día en el que ella vino a la pensión. Eran el uno para el otro, los dos vehementes y con inmensos castillos en el aire, así que seguro que el amor y las fantasías los unirían. Yo estaba pasando el rato en el bar George con Ali Bakir y Raafat Amín, tras lo cual nos fuimos a dar una vuelta por el Paseo Marítimo, animados por el buen tiempo y los calores del vino. Raafat Amín no tenía otra conversación -especialmente si estaba borracho- que el Wafd, pero por parte de Ali Bakir me quedó muy claro que apenas conocía la diferencia entre un partido político como el Wafd y un club de fútbol como el Nadi Alahli. En lo que a mí respecta, en el fondo no me interesaba demasiado la política, a pesar de lo implicado que estaba en diversas actividades revolucionarias.

Raafat Amín no dejaba de hablar, bebido como una cuba, sobre el Wafd y las excelencias de aquella época. Finalmente le pregunté con ironía:

-¿Es que no sabes admitir que ha muerto, que ya no existe?

Su voz retumbó en el camino desierto:

-¡Vale, di lo que quieras de la revolución...! ¡No seré yo quien niegue la fuerza de su hechizo! ¡Pero el pueblo mismo dejó de existir cuando el Wafd desapareció!

En aquel momento vi a Hosni Alam y a Safeya Barakat que llegaban al Paseo Marítimo dando tumbos como

un par de osos, y le tomé el pelo riéndome mientras lo señalaba de lejos:

-¡Mira, ése es el pueblo, que continúa su lucha pasada la medianoche!

En el momento de separarnos, Ali Bakir me susurró al oído:

-Muy pronto daremos la señal para comenzar nuestro asunto...

Volví a la pensión cuando el silencio de la noche se había adueñado de todos sus rincones. A través de la puerta acristalada de Mansur Bahi se filtraba la luz y, empujado por los vapores del alcohol, me animé a pedir permiso para entrar, aunque sin saber muy bien por qué. Estaba sentado en el sillón, y cuando pasé me miró con cierta sorpresa. En sus pequeños y bonitos ojos se asomaba la melancolía y la reflexión. Me disculpé mientras me acomodaba en una silla cercana:

-¡Perdona, estoy borracho!

Él respondió indiferente:

-Sí, ya se ve.

Me reí, entonces añadí en un tono de lamento:

-La verdad es que no he sido capaz de ganarme tu afecto, parece que eres muy introvertido...

Contestó educado, pero sin darme ningún aliento para que siguiera por ese camino:

-Cada cual es como es...

-No hay duda de que piensas demasiado y eso te oprime.

Respondió misterioso:

-Bueno, los pensamientos son el origen de todas las desgracias.

Le contesté riéndome:

-Entonces, ¡benditos seamos los que tenemos la cabeza vacía!

-No exageres, tú eres un permanente foco de actividades.

-¿De verdad?

-Sí, tus ocupaciones políticas, tus ideas revolucionarias, tus líos de faldas...

Sus últimas palabras me chocaron, pero la sacudida se ahogó en la pleamar de la borrachera. Estaba claro que no se alegraba de mi presencia -él no se alegraba de la presencia de nadie-, así que me despedí y me fui.

Cuando Sohra viene a mi cuarto con el té se acaban mis cavilaciones y proyectos, y el corazón se dedica sólo al amor genuino. Pero hoy la cara, roja de ira, muestra una dureza pétrea. La contemplé allí inmóvil, con el gesto adusto, aterradora. El corazón se me llenó de angustia y pesimismo. Le dije preocupado:

-Sohra, estás rara.

Masculló con resentimiento asesino:

-Si no fuera porque sé que la sabiduría de Dios es infinita, perdería la fe en sus criaturas.

Mi pecho se agitó con ansiedad y le pregunté:

-¿Hay alguna nueva preocupación que se acumule a las de siempre?

Me espetó concisa y desdeñosa:

-Os he visto con mis propios ojos.

Sabía a quién se refería. Mi corazón se hundió en un profundo abismo, pero igualmente le inquirí con desaliento:

-¿De quién estás hablando?

-¡De la maestra!

Y añadió con odio furibundo:

-¡Esa ladrona indecente!

Me reí. Tenía que hacerlo, y hacerlo con el desdén con el que normalmente nos enfrentamos a un desatino fuera de lugar. Me reía mientras me inventaba:

-¡Pero qué...! Vamos, me encontré a la maestra por casualidad y entonces la acompañé a...

Me interrumpió con dureza:

-Mentiroso, no fue por casualidad, hoy me lo ha dicho.

Exclamé irritado:

-¡No!

-La muy cerda ha reconocido vuestros encuentros, y por cierto, ni su padre ni su madre parecían sorprendidos, aunque sí lo estaban, y mucho, porque pensaban que yo me estaba entrometiendo en algo que no me incumbía nada...

Me quedé mudo, absolutamente mudo, y ella continuó con asco y amargura:

-¿Por qué Dios creará a cobardes como tú?

Me habían derrotado, me derrumbaba, pero incluso en esos momentos, desde lo más hondo del precipicio y del abatimiento le supliqué:

-Sohra, todo eso no tiene ningún fundamento, no ha sido más que un extravío producido por el despecho, vuelve en ti, por favor, vamos a vivir juntos...

No escuchó ni una sola palabra de lo que dije, pues ella seguía con su perorata:

-¿Qué voy hacer ahora? ¡No tengo ningún derecho sobre ti, miserable canalla! ¡Húndete, húndete una y mil veces en el infierno!

¡Y me escupió en la cara!

Me enfurecí, a pesar de mi vergonzosa posición, me enfurecí, y le grité:

-¡Sohra!

Y me volvió a escupir de nuevo. Me cegó la ira y chillé:

-¡Vete, porque si no te voy a romper la cabeza!

Entonces cayó sobre mí y me abofeteó con una fuerza sorprendente. Me puse en pie, sin ningún control sobre mí mismo, y le agarré la mano con dureza, pero ella se desasíó violentamente y me volvió a abofetear por segunda vez. Enloquecí completamente y empezó a caerle un diluvio de golpes y bofetadas que ella me devolvía con una fuerza muy superior a lo que nunca me habría podido imaginar. De repente madame se presentó y rápidamente nos separó mientras farfullaba en mil lenguas distintas. Alejó a Sohra de mí y grité en el culmen de la locura:

-¡Soy libre, y me casaré con quien yo quiera! ¡Y, para que te enteres, me voy a casar con Aleya!

Entonces llegó Mansur Bahi y me llevó a su habitación. No recuerdo de qué hablamos, pero sí sus ataques contra mí con extraña insolencia, y cómo acabamos enzarzándonos en una nueva pelea. Su reacción me había cogido por sorpresa, ¡y menuda sorpresa! Nunca se me habría pasado por la imaginación que él también amaba a Sohra; de esta manera conocí el misterio de su insólito rechazo hacia mí. Madame apareció una vez más y en esta ocasión decidió hacer de mí el chivo expiatorio, esa vieja alcahueta. Dijo que la pensión no había conocido la calma desde que yo había llegado, que yo había convertido el lugar en un mercado de ganado, chabacano y grosero. Y con franqueza descarada concluyó desafiante:

-¡Será mejor que se busque otro lugar para vivir!

Ya no había nada que me retuviera allí, sin embargo me empeñé en quedarme hasta la tarde del día siguiente, que era el final de la semana que ya había pagado; en

realidad insistí no por el dinero, sino por terquedad y orgullo...

Salí de la pensión y vagué durante largo rato bajo el cielo nublado, resistiéndome a las ráfagas incesantes de aire frío mientras me entretenía viendo brillantes escaparates llenos de regalos de Año Nuevo y mirando con indiferencia al viejo Papá Noel.

Me fui al Petro por una cita que tenía concertada de antes con Ali Bakir. Me preguntó:

-¿Ya has pensado cómo vas a tapar el agujero en la contabilidad?

Le dije que sí y él me comunicó:

-Mañana al amanecer, lo haremos mañana al amanecer.

Me dije mientras iba a la Compañía por la mañana temprano: «Ya ha amanecido, la suerte está echada».

Estaba inquieto, ávido de noticias. Telefoneé a la fábrica preguntando por Ali Bakir y me dijeron que estaba en su ronda de inspección. Por lo tanto, el plan se había llevado a cabo -y con éxito- y ahora él se dedicaba a su trabajo cotidiano. Pero me sentía inquieto, así que dejé la Compañía antes de la hora de salida aduciendo un pretexto cualquiera. Cuando pasé delante de la emisora de Radio Alejandría vislumbré a Mansur Bahi con una guapa chica saliendo juntos del lugar. ¿Quién sería esa mujer? ¿Su novia? ¿Una amante? ¿Iba a verse Sohra de lado otra vez? Entonces la recordé abatido. Aún no me había librado de su amor; era el único sentimiento verdadero que hacía palpar mi corazón desgarrado por los caprichos.

Me fui a visitar a Aleya y su familia, pero lo que me encontré fue un recibimiento no sólo frío, sino gélido.

Me disponía a soltar unas cuantas mentiras, como de costumbre, pero su padre me reprochó indignado:

-¡Imagínese qué situación tan humillante! ¡Una criada que nos pide cuentas a nosotros!

Cuando llegó la hora de la cena no me invitaron. Me fui de la casa sin esperanza de rehacer lo que ya se había desbaratado, aunque lo cierto era que no me preocupaba mucho. Entre aquel instante y la opulencia no me separaban sino horas, encontraría una esposa de lujo, más apropiada con la nueva posición.

Cené en el restaurante Panayoti, ahora llamado Mahmud Abualabbás, y después continué hasta la casa de Ali Bakir, pero no lo encontré. Volví a la pensión mientras la incertidumbre me tenía sobre ascuas. Preparé la maleta y la llevé hasta la entrada, desde donde telefoneé a Ali Bakir. Sentí que me inundaba una enorme alegría cuando su voz me respondió «dígame»:

-Hola, soy Sarhán, ¿cómo ha ido todo?

-Bien, bien, aunque todavía no he visto al conductor.

-¿Cuándo sabremos el resultado final?

-Pues si quieres nos vemos esta noche, a las ocho, en el casino Albagaa.

Le respondí ansioso:

-De acuerdo, esta noche a las ocho, en el Albagaa.

-Hasta luego.

-Adiós, adiós.

Me trasladé a la pensión Eva, y mientras llegaba el momento de la cita me puse a deambular por distintos cafés, bebiendo una copa aquí y otra allá, despilfarrando el dinero sin medida alguna. Con el alcohol acallaba el runrún de la ansiedad y los estertores de un amor moribundo. Me juré que mi familia viviría una bonanza con la que nunca habría podido soñar desde la muerte de mi padre. Me encaminé hacia el casino adonde lie-

gué un poco antes de la cita. En la entrada vi a Tolba Marsuq, lo cual me molestó enormemente, pero lo saludé aparentando alegría. Y me preguntó:

-¿Qué le trae a usted por aquí?

-Pues tengo una cita importante...

-Permítame que corresponda con la generosidad que usted me ha demostrado siempre; por favor, siéntese conmigo hasta que llegue su amigo.

Nos acomodamos en el salón de invierno, y él me preguntó con una voz grave que le salía de las profundidades de las hinchadas mejillas:

-¿Coñac?

Yo ya estaba borracho, pero tenía ganas de estarlo más, así que bebimos juntos, charlamos y reímos. Entonces, sin venir a cuento me preguntó:

-¿Usted cree que me permitirán viajar a Kuwait para visitar a mi hija?

-Imagino que sí... ¿Qué, quiere usted empezar allí una nueva vida?

-No, en absoluto, pero mi yerno, que es también mi sobrino, ha hecho un buen dinero y me han invitado a ir.

-Ah, ¿no sería para siempre?

Se puso en guardia y respondió:

-No, no, sólo quiero ver a mi hija.

Me acerqué a él como si fuera a hacerle una confidencia:

-¿Le digo algo que le servirá de consuelo?

-¿El qué?

-Bueno, los hay que no soportan la revolución, pero ¿qué otro sistema podría haber? Piénselo un poco -o mucho, si quiere- y verá que no hay más que una de dos, o bien es el comunismo, o bien los Hermanos Musulmanes, de manera que ¿cuál de los dos prefiere en lugar de la revolución?

Contestó apresuradamente:

-¡Ni uno ni otro!

Seguí mientras sonreía con aplastante seguridad:

-Eso es exactamente lo que yo pienso, y ése es el consuelo que ahora tiene usted...

Se acercaba la hora de la cita y Alí Bakir no venía. Esperé otra media hora que transcurrió en un doloroso tormento. Me levanté para llamarlo por teléfono pero no contestaba nadie; quizás estuviera en camino, pero ¿por qué se retrasaba? ¿Es que no se daba cuenta de lo que me estaba haciendo sufrir su demora? Tolba Marsuq miró su reloj y me comunicó: «Debo marcharme», y entonces se despidió y se marchó. Solo o acompañado, yo no paraba de beber. Por fin vino el camarero y me dijo que tenía una llamada. Me puse en pie de un salto y corrí hacia el teléfono. Cuando cogí el auricular el corazón me golpeaba enloquecido:

-¡Diga! ¿Alí? ¿Qué pasa? ¿Por qué no has venido?

-¡Sarhán, escucha, nos han descubierto!

Sus palabras se fusionaron en mi oído con los vahos del alcohol y aquella mezcla explosiva se expandió en ondas orbitales que contenían los cielos y la tierra:

-¿Qué has dicho?

-¡Nos han pillado!

-Pero ¿cómo...? ¡Cuéntamelo todo de una vez por todas!

-¿Para qué, qué más da? El conductor se quería quedar con el botín él solito y al final metió la pata... ¡Seguro que va a cantar de plano, si es que no lo ha hecho ya!

Le pregunté con la boca seca:

-¿Qué se puede hacer?, ¿qué se puede hacer? ¿Tú qué vas a hacer?

-¡Qué más da, si nos han pillado! ¡Pues lo que me mande el diablo, eso es lo que haré!

Y colgó el teléfono.

Estoy temblando, apenas me sostienen las piernas. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue salir corriendo, pero volví -con los atentos ojos del camarero puestos en mí- a la mesa. No me senté, y de pie me bebí la copa y pagué la cuenta. El desaliento y un miedo diabólico trepaban hacia mi corazón con una velocidad sorprendente. Dejé la mesa y me encaminé hacia la barra del casino directamente, sin pensar. Le pedí al barman una botella y me puse a beber compulsivamente mientras él me observaba preocupado. Maldigo, bebo, maldigo; sin decir una palabra, sin un gesto, sin parar, bebo y maldigo. Entonces levanté la cara y lo miré:

-Por favor, déme una hoja de afeitar.

Se quedó indeciso, sin moverse, pero cuando vio en mi rostro la determinación llamó al camarero y le pidió una cuchilla de afeitar. El camarero se metió en la parte reservada para el servicio y volvió con una usada y sin papel. La cogí dando las gracias y me la puse en el bolsillo.

Me alejé de la barra con cierta dificultad y me dirigí hacia la puerta exterior. Con vértigo. Desesperado. Trastabillando. Crucé la calle, ojalá hubiera podido correr.

Estaba desesperado, desesperado, desesperado...

Mi paz se había turbado con los sucesos acaecidos en la pensión. Me había refugiado allí para disfrutar de algo de sosiego, tan necesario en mi vejez, y para gozar de un poco de consuelo por las amargas decepciones que había sufrido al final de mi vida profesional. Nunca se me habría ocurrido que este lugar se convertiría en un brutal campo de batalla destinado a concluir en asesinato.

Tras unos días de haber estado postrado en cama sentí una ligera recuperación, así que salí de mi dormitorio y me reuní con Mariana y Tolba Marsuq en nuestra tertulia habitual del vestíbulo. Me habría gustado ver a Sohra allí también, pero la agitación de Mariana y los ataques de Tolba me hicieron entender que era mejor no llamarla a un ambiente que con seguridad contribuiría a aumentar su dolor y no le mostraría el respeto debido. Supe que Hosni Alam había salido de la pensión más o menos a la hora de siempre; había estado inquieto un rato por la sangrienta noticia, pero después se fue a hacer sus cosas, y en cuanto a Mansur Bahi, contra su costumbre aún seguía durmiendo. Mariana comentó disgustada:

-Hoy es el último día del año, y peor final no podía tener... Si esto acaba así, ¿qué nos traerá el que viene?

Tolba Marsuq exclamó igualmente nervioso y descontento:

-¡Sí, habrá que ver qué nuevas desgracias nos ocurrirán!

Murmuré con voz desanimada:

-Bueno, mientras seamos inocentes, no...

Me interrumpió bruscamente:

-Tú estás atrincherado en tu vejez, y nada te va a hacer daño...

Oímos la puerta de Mansur que se abría. Fue al cuarto de baño y a la media hora volvió a su habitación.

No tardó en aparecer por detrás del biombo, vestido y con el abrigo puesto para salir, aunque tenía muy mala cara: extremadamente pálida, la mirada opaca y las facciones tensas. Madame le indicó que el desayuno estaba preparado, pero lo rechazó con un movimiento de cabeza, sin decir ni una palabra. Su aspecto nos preocupó realmente, y madame fue la primera en expresarlo:

-Siéntese, monsieur Mansur, venga y siéntese... ¿Se encuentra usted bien?

Respondió sin moverse:

-Perfectamente, gracias, es que he dormido más de lo habitual, eso es todo.

Entonces madame le dijo mientras señalaba hacia el periódico abierto sobre el sofá:

-¿Ha escuchado la noticia?

Aunque él no mostró ningún interés, ella prosiguió:

-Sarhán Albuheiri, lo han encontrado muerto en el camino al Palma.

La miró largo rato. No se sorprendió, ni se alteró, tan sólo la miraba fijamente a los ojos como si no hubiera escuchado sus palabras, o como si no las comprendiera, o como si en realidad tuviera una enfermedad más grave de lo que nos habíamos imaginado. Mariana le sugirió que leyera la noticia, y él le echó un vistazo lento y moroso con nuestros ojos fijos en él. Finalmente levantó la cabeza y habló:

-Sí..., lo han encontrado muerto...

Le comenté preocupado:

-Hijo, pareces cansado, siéntate...

Respondió fríamente, o quizás con indiferencia:

-No, gracias, estoy bien.

Mariana intervino:

-Como podrá usted observar, estamos sumamente inquietos.

Nos miró uno a uno, y después preguntó:

-¿Por qué?

-Porque creemos que vendrá la policía y se acabará nuestra tranquilidad...

—No, no vendrá.

Tolba Marsuq terció:

-Bueno, ya sabe, la policía tiene que...

Pero lo interrumpió sin alterarse:

-Yo he matado a Sarhán Albuheiri.

Antes de que sus palabras llegaran realmente a penetrar en nuestras cabezas se fue hacia la puerta, la abrió, y entonces se giró y declaró:

-Yo mismo me presentaré a la policía.

Y cerró la puerta tras de sí. Nos miramos estupefactos; pasó un rato y aún nos seguíamos mirando perplejos y en silencio. Mariana finalmente exclamó asustada:

-¡Ha enloquecido!

Yo la corregí:

-No, está enfermo...

Tolba se quedó pensando, y después aceptó:

-¡O quizás sea el asesino!

Mariana chilló:

-¡Ese joven tímido y educado!

Yo continuaba preocupado:

-Está enfermo, sin duda alguna está enfermo.

Mariana se preguntaba:

-¿Y qué razón podría tener para matarlo?

A su vez Tolba se cuestionó:

-¿Por qué si no confesaría ser el homicida?

Mariana volvió a su idea primitiva:

-No puedo olvidar su cara, algo le ha alterado el juicio.
Tolba añadió para corroborar la suya:

-Fue el último en pelearse con él...

Aquí yo objeté:

-¡Pero si no quedó nadie que no lo hiciera!

Señaló hacia la habitación de Sohra e insistió:

-Allí está la razón.

Furioso le recordé:

-Él es el único que no mostró ningún interés especial por ella.

-Eso no significa que no la amase, o que no la deseara en venganza ante su enemigo.

-Caballero, le recuerdo que Sarhán la dejó y se fue.

-Pero ya le había robado el corazón a la chica, al igual que su honra...

-¡Chitón! ¡No se deben afirmar ese tipo de cosas sobre la gente sin saberlo con seguridad!

Mariana se preguntó:

-¿Realmente irá a la policía?

Prosiguió una acalorada conversación hasta el agotamiento, entonces exclamé:

-¡Basta, ya está bien! Lo único que podemos hacer es ponernos en manos de la Providencia...

Leo en el Corán la azora de la Luz:

... O como tinieblas en un mar abisal, cubierto por una ola, y por encima de ésta otra, y por encima de todo ello nubes, sombras, las unas sobre las otras, de manera que si alguien extiende la mano apenas la verá... Aquél a quien Dios no le ha otorgado la luz, no la tendrá.

¿Es que no ves que a Dios lo alaban los que están en los cielos y la tierra, que las aves tienen sus alas extendidas?

Todo aquél que haya aprendido sus plegarias y alabanzas,
Dios ya lo sabe.

Dios es el rey de los cielos y la tierra, y todo retorna a Él.

Mis ojos se cansan rápidamente con la lectura. Salí de la habitación y me dirigí al vestíbulo mientras en el reloj sonaban las cuatro de la tarde. Encontré a Mariana escribiendo algo, absorta en la tarea. Al verme, se empezó a quejar:

—¡Es la primera vez en mi vida que voy a pasar un Fin de Año como si fuera un velatorio!

Tolba Marsuq pidió con firmeza:

-Por favor, no volváis a sacar el tema de las preocupaciones y los disgustos...

Madame dijo enfadada:

-Le han echado mal de ojo a la pensión, estoy segura de ello, y Sohra es la culpable... Tiene que irse y buscarse el sustento en otro lugar.

Su ira me hirió en lo más profundo, y la lástima me empujó a defenderla:

-Mariana, ella es inocente, sólo ha tenido mala suerte..., y recuerda que vino a refugiarse en ti...

-Ella es la que ha traído la mala suerte, eso es.

Tolba chasqueó los dedos como si se le hubiera ocurrido de repente una buena idea y preguntó:

-¿Qué nos impide celebrar la Nochevieja?

Le dije asombrado:

-¿Qué nos impide...? ¡Qué cosas tienes!

Hizo como que no me había escuchado y se volvió hacia Mariana:

-Querida, prepárate..., ¡nos vamos a celebrarlo tal y como acordamos!

La mujer vaciló:

-Mis nervios..., mis nervios, Tolba bey...

-Precisamente por eso te invito a salir.

El ambiente cambió, por lo menos con respecto a ellos dos. Se pusieron a planear la propuesta seriamente. En aquel momento Hosni Alam llegó de la calle y anunció que había decidido mudarse. Madame le contó la extraña historia de Mansur Bahi, que él escuchó con enorme sorpresa, y se quedó comentándola un rato; después encogió los anchos hombros -como si de esta forma se lo sacudiera de encima- y se fue a hacer la maleta, se despidió y se marchó.

En aquel momento susurré con tristeza:

-Volvemos a estar solos como al principio...

Pero Tolba se alegró:

-¡Demos gracias a Dios!

Resurgió en ambos un espíritu de diligencia compulsiva que les extirpaba del interior los jirones de angustia y desaliento. Mariana se arregló como en sus mejores tiempos: se puso un vestido de noche azul oscuro -que resaltaba la blancura de su cutis, dándole claridad y esplendor- y un abrigo negro con cuello de piel auténtica; los zapatos eran dorados, y llevaba unos pendientes de diamantes y un collar de perlas. La apariencia era la de una mujer rica, atractiva y aristocrática, e incluso había conseguido ocultar los estragos de la edad bajo una máscara de polvos de tocador. Nos miramos unos instantes cuando ella llegó y se colocó en medio del vestíbulo en una pose de maniquí, después se rió como si fuera una chiquilla y le dijo a Tolba:

-¡Te espero en la peluquería!

Me encontraba solo, sin más compañía que el aullido de un viento iracundo. Llamé a Sohra; tres veces lo tuve que hacer antes de que apareciera por detrás del biom-

bo. Se quedó allí, de pie, y era tal la apariencia de tristeza, aniquilación y desánimo que hasta llegué a pensar que había disminuido y se había encorvado.

Le señalé el sofá y en silencio avanzó lentamente hacia él. Se acurrucó bajo la estatua de la Virgen, con los brazos cruzados sobre el pecho y sin despegar la vista del suelo. Mi alma rezumaba cariño y ternura, y mis reseco ojos, pese a estar ya poco acostumbrados a aliviar a su dueño con el llanto, se llenaron de lágrimas. Le dije:

-¿Por qué estás encerrada como si no tuvieras ningún amigo? Escúchame, soy un hombre viejo, no, mejor dicho, soy muy viejo..., he tropezado en la vida tres o cuatro veces, y en cada una de ellas deseé suicidarme; gritaba desde lo más profundo de mi corazón: «¡Se ha acabado todo!»... Yya ves, a mis espaldas tengo una larga existencia que pocos han conseguido alcanzar... Te aseguro que del desaliento no me quedan más que vagos recuerdos sin sustancia ni significado, como si le hubieran ocurrido a otra persona...

Me oía, pero no me escuchaba. Continué:

-El tiempo lo cura todo, ahora lo que tienes que hacer es pensar en tu futuro, Sohra... Madame ya no te quiere aquí...

Ella reaccionó con vehemencia:

-¡Eso no me importa!

-¿Qué has pensado hacer?

Me contestó sin dejar de mirar al suelo:

-Exactamente lo mismo que antes, no descansaré hasta que consiga lo que me he propuesto.

Percibí en sus palabras una firmeza que me tranquilizó y le pregunté:

-Está muy bien que continúes estudiando y que aprendas un oficio, pero ¿cómo te podrás mantener?

Respondió desafiante y segura de sí misma:

-No paran de llegarme ofertas de trabajo.

Le sugerí con la delicadeza a la que recurro cuando quiero convencerla:

-¿Y la aldea? ¿No has pensado en volver allí?

-Jamás, murmuran de mí.

Insistí con algo que parecía súplica:

-/YMahmud Abualabbás? Está claro que tiene defectos, pero tú eres fuerte y podrías enderezarlo y llevarlo por el buen camino...

-Es como el resto, no tiene buena opinión de mí.

Suspiré con resignación y pena, y le dije:

-Sohra, es que me quiero quedar tranquilo, ¿sabes?, te aprecio mucho. Yes un cariño correspondido, según creo, así que en su nombre te ruego que, cuando estés en dificultades, me busques.

Me miró con agradecimiento y amor. La animé:

-Sean lo amargas que sean las experiencias pasadas, no conseguirán cambiar el curso natural de la vida, así que no te preocupes, estoy seguro de que encontrarás un buen hombre...

Bajó la cabeza mientras suspiraba.

-Y sin duda, uno que te merezca; ahora mismo ya existe en algún lugar, y quizás nada más está esperando el momento oportuno...

Balbució algo inaudible, pero en mi interior sentí que expresaba fortaleza y esperanza, y concluí:

-Sohra, el mundo aún es hermoso, y siempre lo será.

Nos quedamos un buen rato allí, disfrutando de los silencios y las conversaciones que dos buenos amigos tienen. Finalmente se excusó y se retiró a su habitación.

Permanecí a solas bastante tiempo hasta que me desperté -me había dormido sin darme cuenta- con el ruido de la puerta que se abría.

Ebrios, Mariana y Tolba Marsuq entraron cantando, y en éstas el hombre me gritó:

-¿Cómo es que sigues aquí, viejo zorro?

Bostecé perplejo y pregunté:

-¿Qué hora es?

Mariana respondió con voz de borracha:

-¡Hace dos horas que estamos en un nuevo año!

De repente el hombre tiró de ella llevándosela hacia su habitación mientras la besaba y abrazaba. Al principio Mariana se resistía, aunque sin mucho convencimiento, y al final la puerta se cerró tras ellos. Sin saber si lo había soñado o no, seguí mirando aquella puerta cerrada.

Por la mañana, a la hora del desayuno, solamente estábamos nosotros dos: Mariana no había aparecido y Sohra se había ido después de poner la mesa. Lo miré y pensé que estaba enfermo, o que parecía estarlo. Le dije bromeando:

-Un día estupendo, ¿eh?

Me ignoró un buen rato, y después masculló:

-¿Estupendo? ¡Horroroso, querrás decir!

Levanté los ojos hacia él con curiosidad, y muy a su pesar se rió y confesó:

-Fue un fracaso, humillante y cómico al mismo tiempo, pero sobre todo, ¡un completo fracaso!

Me hice el tonto:

-¿De qué estás hablando?

-¡Sabes perfectamente de qué estoy hablando, viejo zorro!

-¿Mariana?

De nuevo estalló en carcajadas y me contó:

-Intentamos todo lo imposible, hicimos más de lo

que te puedas imaginar, pero sin resultado alguno... Figúratelo... ¡Cuando se desnudó parecía una momia de cera!, incluso llegué a pensar: «¡Qué asco!».

-¡Es que anoche perdiste el juicio!

-¡Y de repente le vino un cólico renal! ¡Vaya, que se puso a llorar y me acusó de haberle hecho daño!

Después del desayuno me siguió a la habitación. Se sentó en una silla justo frente a mí mientras comentaba:

-Creo que pronto me iré a Kuwait; el difunto ya me lo predijo.

-¿El difunto?

-Sarhán Albuheiri.

Se rió entre dientes y entonces añadió sin venir a cuento, al menos aparentemente:

-Me quería persuadir de la idoneidad de la revolución con absurdas razones.

Lo miré inquisitivo y me explicó:

-Me aseguró que la revolución no tenía más sustituto que los comunistas, o los Hermanos Musulmanes. ¡Se creería que así me ponía entre la espada y la pared!

Yo repliqué convencido:

-Pero es que ésa es la verdad.

Se rió irónico y rechazó:

-En absoluto, hay un tercer sustituto.

-¿Quién?

-¡América!

Grité furioso:

-¿Que nos gobierne América? Pero ¿cómo se te ocurre...?

Respondió con una flema visionaria:

-Bueno, a través de una derecha moderada, ¿por qué no?

Me irrité con sus fantasías y le dije:

-¡Anda, vete a Kuwait antes de que pierdas totalmente la razón!

Ahí está la prensa, que nos trae noticias del crimen. Se suceden una tras otra, extrañas y contradictorias. Mansur Bahi confesó ser el homicida, pero no convenció a nadie del móvil del crimen. Dijo que había matado a Sarhán Albuheiri porque, según él, se merecía la muerte. ¿Y por qué se la merecía? Porque los seres humanos tienen ciertas actitudes y comportamientos despreciables, aunque por supuesto, no eran exclusivos del difunto. Entonces, ¿por qué lo eligió a él precisamente? Pura casualidad, habría podido ser cualquier otro...

Así respondió. ¿A quién podía satisfacerle esa confesión? ¿Es que el joven estaba loco? ¿O es que pretendía estarlo?

Después, inopinadamente, el informe del forense aseguró que la muerte había sobrevenido por un corte con un objeto afilado en las venas de la muñeca izquierda, y no por patadas tal y como había declarado el supuesto homicida, de manera que presumiblemente la muerte fuera consecuencia de un suicidio y no de un homicidio. Por último, se descubrió que el difunto había estado implicado en un intento de contrabando de hilo, lo que vino a corroborar la idea del suicidio.

Nos preguntábamos qué castigo recibiría Mansur Bahi. Seguramente lo condenarían por delito menor y podría reanudar su vida, aunque, ¿con qué corazón? ¿Con qué cabeza? Dije apenado:

-Es un joven extraordinario, pero padece algún tipo de rara enfermedad de la que se tiene que restablecer...

Y aquí está Sohra, tal y como la vi por primera vez de no ser por esas líneas de tristeza. Había madurado en los últimos días mucho más que en todos los anteriores años de su vida. Cogí la taza que me ofrecía al tiempo que ocultaba mi abatimiento con una sonrisa, y ella me informó con un tono natural en la voz:

-Me voy mañana por la mañana.

Yo había intentado disuadir a Mariana de la decisión que había tomado, pero ella se obstinó con terquedad. Por otra parte, Sohra me había dicho abiertamente que ella no aceptaría quedarse, incluso si madame renunciaba a pedírselo. Y volvió a decirme confiada:

-No se preocupe, estaré mejor de lo que he estado aquí.

Le respondí con vehemencia:

-¡Dios lo quiera!

Dejó de sonreírme con ternura, se puso seria y me dijo:

-Ámer bey, no lo olvidaré a usted mientras viva...

Le hice un gesto indicándole que se acercara. Entonces la besé en ambas mejillas con gratitud y se lo manifesté:

-Te doy las gracias de todo corazón, Sohra.

Y le susurré en el oído:

-Ten por seguro que no has perdido el tiempo, y que todo lo padecido no ha sido en vano si has aprendido quién no es conveniente para ti, porque, sin pretenderlo, ahora ya conoces el que sí lo es.

Y como siempre que me sentía agitado, me apresuré a leer la azora del Misericordioso:

En nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso,

ha enseñado el Corán,
ha creado al hombre,

le ha enseñado la palabra.

El sol y la luna marchan según lo calculado,
las hierbas y los árboles se postreran,

Él ha elevado el firmamento y ha equilibrado la Balanza
de la justicia

No transgredáis la Balanza,

determinad el peso con justicia y no disminuyáis la equi-
dad.

Dispuso la tierra para la humanidad,

con frutos y palmeras en flor,

y el grano con bálago y las plantas aromáticas.

Así pues, ¿de qué dones de vuestro Señor renegaréis?